

JUAN DE LA HIRE

El Infierno del Soldado

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

SOLEDAD GUSTAVO



BARCELONA

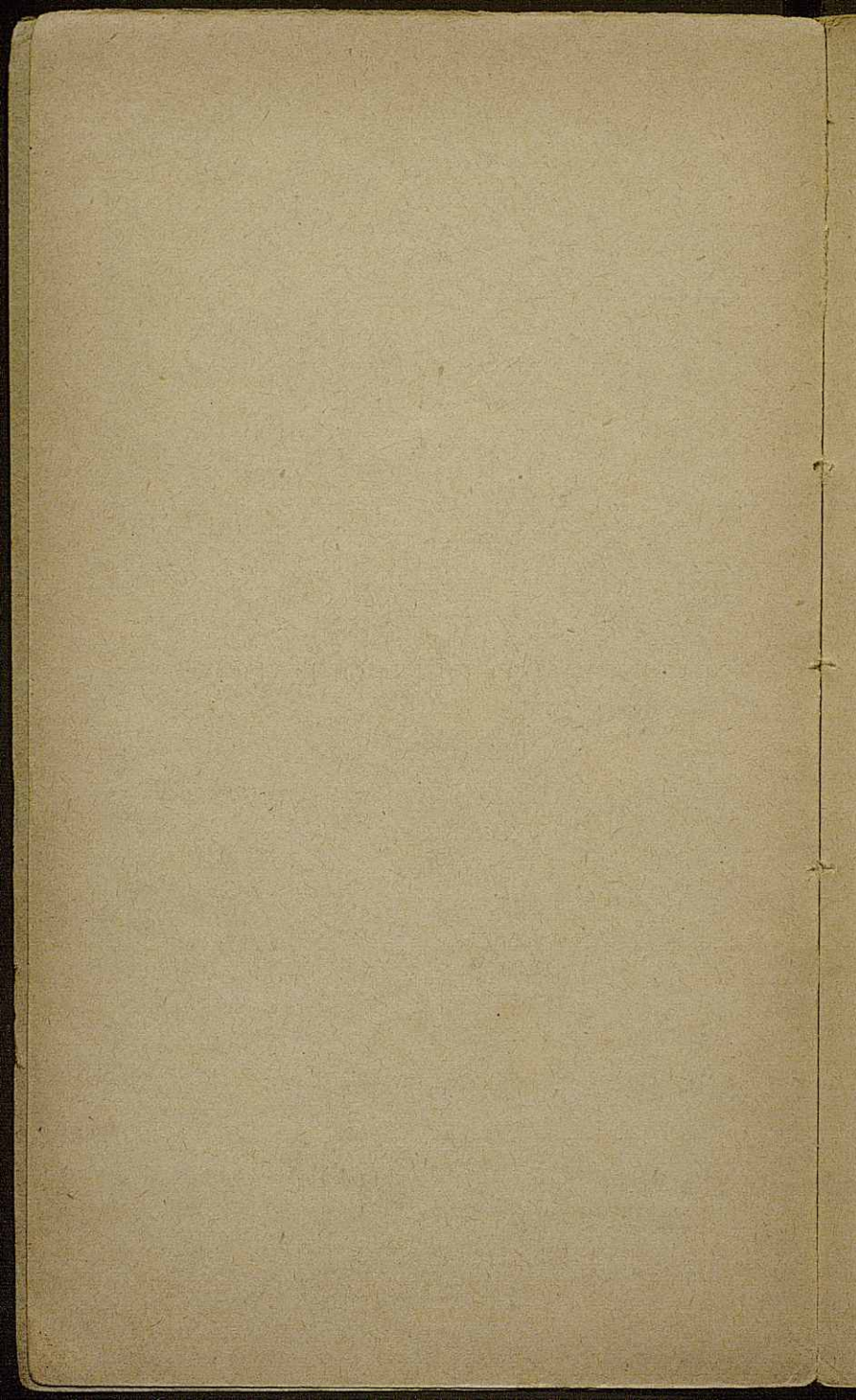
LIBRERÍA ESPAÑOLA DE D. ANTONIO LÓPEZ

Rambla del Centro, 20

1906

40 -
R-1168
No. 13

EL INFIERNO DEL SOLDADO



JUAN DE LA HIRE

EL INFIERNO
DEL SOLDADO

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

SOLEDAD GUSTAVO



BARCELONA

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE D. ANTONIO LÓPEZ

Rambla del Centro, 20

1906

ES PROPIEDAD

Imp. Atlas Geográfico, Consejo de Ciento, 140.—Barcelona

A LAS MUJERES

¿A quién mejor que á vosotras puedo dedicar hoy mis palabras?

Enamoradas por atavismo de los trajes de colores del soldado, y entusiasmadas por ignorancia del aparente esplendor que lleva en pos de sí la etiqueta militar, os ciegan de tal manera esos dos sentimientos, que no veis el infierno que se oculta en la vida del cuartel. En ningún otro caso mejor que en éste puede aplicarse el dicho de que «no es oro todo lo que reluce».

El ambiente que se respira en el cuartel, transforma de tal manera el modo de ser de los individuos, lleven éstos galones de oro y plata en sus bocamangas, lleven simples pantalones encarnados, que los convierte en seres incapaces de preocuparse por el bien ó mal ajenos. La culpa, sin embargo, no es de ellos. La culpa es del sistema social que necesita para subsistir de esas instituciones de fuerza, que si son buenas para sostener á una sociedad corrompida, son inútiles en una humanidad donde reine el amor y la armonía.

Al traducir El Infierno del Soldado he respetado del libro el lenguaje brutal y soez que domina en cuarteles y hospitales militares, sin que me preocupase la idea de belleza en las palabras que escribía. He considerado que no hay mayor belleza que la realidad, aunque ésta sea repugnante y á veces resulte una morbosidad monstruosa.

Por muy sólida que sea la educación de un joven, al entrar en el cuartel, es tal la influencia que pesa sobre él de costumbres que reinan allí, convertidas en una especie de reglamento, que se ve arrastrado

como los demás á ejecutar actos, á consentir acciones que en otro ambiente consideraría como los hechos más despreciables é indignos de un hombre que se estime.

Y como la misión de este libro es demostrar con ejemplos lo que es la vida en un hospital militar, y la influencia que el ambiente respirado en los cuarteles ha de pesar durante toda su vida sobre los individuos, he juzgado que la mujer es la más interesada en conocer las deformidades morales y los vicios sociales que necesariamente han de adquirirse en estos sitios.

Lee, lee, pues, con atención este libro, cualquiera que seas, lectora mía, que de su lectura con seguridad sacarás buenas enseñanzas que te sirvan de guía para ilustrar á tu hijo si eres madre ó para sentir repulsión hacia esos trajes de colorines que tanto te entusiasmaron y que encubren la mayor parte de las enfermedades y vicios dominantes que degeneran y deforman la raza y son causa de tu esclavitud física é intelectual.

Y al leer este libro, ten en cuenta, lector ó lectora, madre ó padre, que aquí se trata de un ejército ilustrado y republicano. ¿Qué serán los demás?

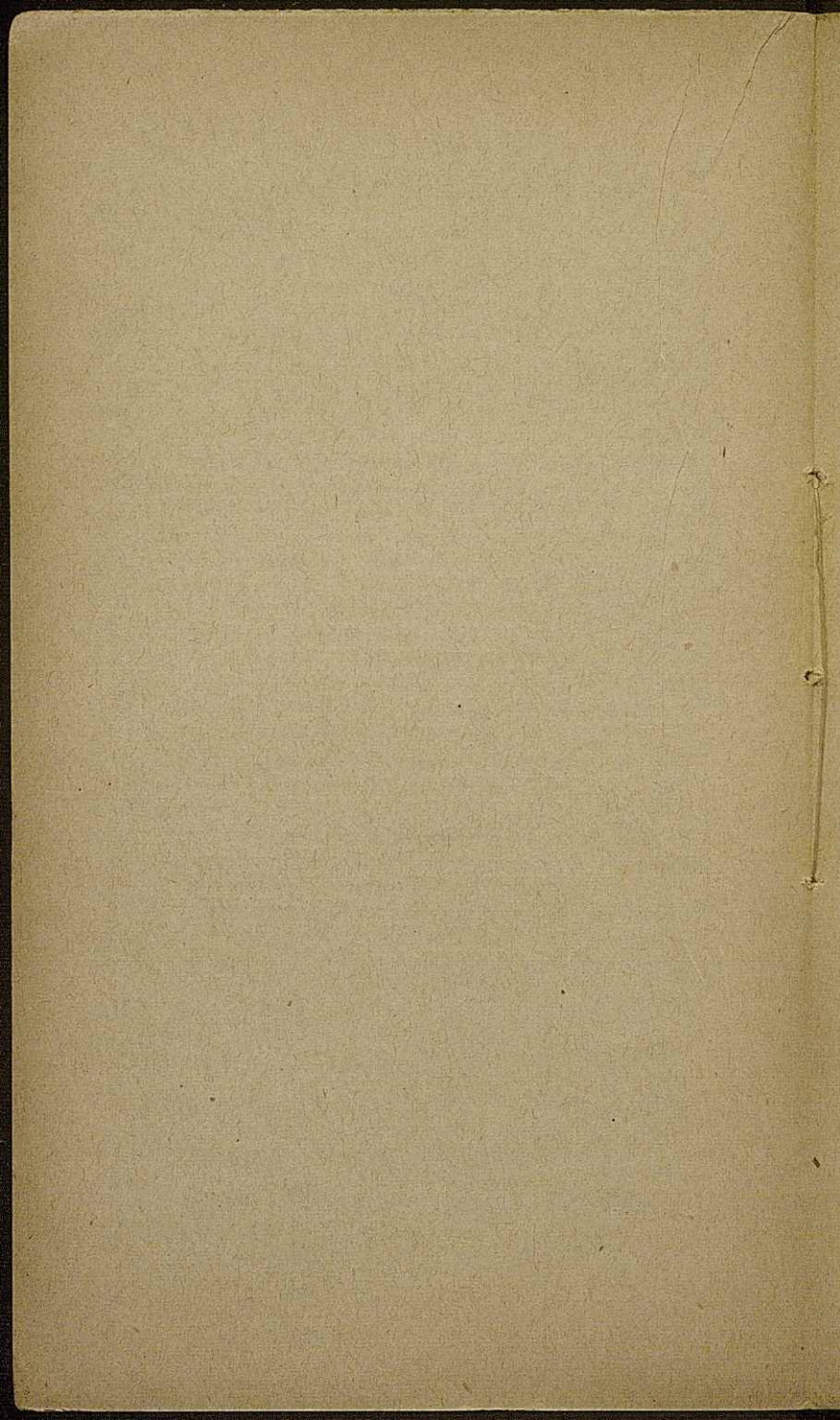
Prefacio á la edición española de 1906

Cuando escribía este libro hace cuatro años, tenía menos experiencia que hoy de los hombres, las cosas y las ideas. Admitía como justos reglamentos que en realidad no son más que instrumentos de tiranía, y creía legítimas varias anomalías que ahora sé son ilegítimas y que, por la marcha de las ideas humanitarias, han venido á ser inútiles.

Es decir, que si escribiese un nuevo Infierno del Soldado no contendría todo lo que contiene la edición francesa de 1902 y en cambio habría en él muchas cosas nuevas.

Tal cual aparece la presente edición española representa mis ideas modificadas por la experiencia. He hecho varias supresiones, tachado calificativos, suprimido juicios demasiado indulgentes. Este Infierno del Soldado ha ganado en rudeza, en intransigencia, pero también en verdad; de aquella verdad cuyas ventajas conoce el hombre poco á poco marchando sin cesar por revoluciones sucesivas y repentinas hacia el Saber, la Conciencia de sí mismo, la Independencia, la Bondad y la Dicha.

JUAN DE LA HIRE



El Infierno del Soldado

LIBRO PRIMERO

I

El asesinato reglamentario

—¡Cabo! ¡cabo! el 43 del 2.º Febricitantes se muere.

—¿Y á mí qué? Eso es cosa del enfermero de visita.

—Es que no está...

—¡Tanto peor para el 43!...

Y el cabo de guardia Colonna se echó de nuevo en la cama renegando y diciendo:

—¡Y este animal que me despierta por tan poca cosa! ¡Como si fuera la primera vez que un número 43 se divierte muriéndose!... Ah! los quintos, los quintos!...

Cogió el cobertor, se lo puso hasta las orejas, se quedó hecho un ovillo y, satisfecho, se durmió de nuevo.

Dupont corrió por todo el hospital en busca del enfermero Santa Clara, de guardia aquella noche. Atravesó catorce salas de enfermos, entró en el cuerpo de guardia, se arriesgó en la obscuridad del patio interior y por fin penetró en la sala del 2.º Febricitantes, donde estaba de plantón cerca de un enfermo gravemente atacado de un «gran mal», como se dice en el hospital. Cuando Dupont llegó de nuevo delante de la cama del número 43 el enfermo estaba agonizando.

Dupont, impotente, se sentó en la mesa de noche cerca del moribundo y esperó. Cincuenta camas blancas se alineaban alrededor de la vasta y alta sala iluminada por un mechero de gas. El embaldosado rojo, encerado todos los días, relucía fosforescente bajo la luz; los cobres de algunas camas brillaban y la sala parecía menos adormecida, menos triste, poblada así de luces oscilantes. Las respiraciones se oían sosegadas ó roncadas y secas, y á veces un lecho crugía bajo un enfermo sacudido por la tos; un brazo salía de las cubiertas de la cama, una mano cogía la escupidera situada en la tablilla superior, y el hombre expectoraba rabiosamente su esputo pegajoso de tísico.

De golpe, en el fondo de la sala se abrió una puerta; la luz de un farol resbaló en el pavimento y apareció un hombre con un gran delantal blanco sobre su capote de soldado, llevando el farol en una mano y teniendo en la otra una caja rectangular.

Su mirada se extendió por toda la sala; después, con voz apenas perceptible:

—¿Hay algo de nuevo?—preguntó.

Dupont con sobresalto:

—¿Es usted Santa Clara?

—Sí.

—¡Por fin! venga usted por aquí, el 43 está agonizando.

Santa Clara cerró la puerta con precaución y se dirigió de puntillas hacia la cama designada. El enfermo respiraba débilmente. El enfermero levantó su farol, proyectando de lleno la luz sobre aquel semblante horriblemente enflaquecido, amarillo, devorado por dos grandes ojos desencajados.

—¡Diablo!—exclamó Santa Clara pasando el farol á Dupont,—¿hace mucho tiempo que está en este estado?

—Una hora al menos; le he buscado á usted por todas partes.

—Arreglaba la cura de un oficial... ¿Y qué tiene este?

Dupont se encogió de hombros.

—No sé... Me han puesto de guardia cerca de él, pero yo no estoy de servicio...

Oyéronse rechinar somiers en la sala. Algunos enfermos levantaron la cabeza, miraron un momento y se hundieron de nuevo en sus camas.

—Al 43 se lo lleva Pateta,—dice uno de ellos.

Estaban casi todos tan habituados al espectáculo de la muerte, que los ronquidos tranquilos continuaron su curso.

Entre tanto Santa Clara cogió la hoja del hospital colocada á la cabecera de la cama y al pasarle la vista refunfuñó:

—Bronco-pneumonía gripal... Entró el 15 de diciembre; hace, pues, ocho días que está aquí...

Colocó la hoja en su sitio, y durante un buen rato, á la luz del farol que levantaba Dupont, examinó al enfermo.

—¿No habla?—preguntó.

—No.

—¿Qué temperatura tiene?

—Hace una hora que se la he tomado... 41°.

—Está perdido, no tengo nada que hacer aquí, me voy...

Se puso bajo el brazo su botiquín, pero Dupont le detuvo.

No le abandone usted así... Es preciso darle alguna cosa.

—Pero ¿qué quieres que le de? Yo no soy médico...

—Ya lo sé, mas ya que es usted enfermero de visita de guardia, debe usted cuidar á los enfermos é impedirles que mueran si es posible...

Santa Clara hizo un gesto de desesperación.

—¡Por tres veces se me ha dicho eso esta noche! ¡Como si fuera médico!...

—Querido mío,—dijo Dupont friamente,—llevo ya dos años de servicio y usted es un quinto. Escúcheme pues. Usted es instruído y por esto le han nombrado visitador en seguida, pero yo, aunque he permanecido simple enfermero explotado, tengo aquí más experiencia que usted, y le aseguro que arriesga ocho días de arresto si este enfermo muere esta noche sin que le cuide...

—¿Y si le mato?

—Quizá no se advierta; pero si se descubre, ten-

drá también ocho días de arresto por haberle cuidado mal...

Santa Clara miró á Dupont con azoramiento.

Entonces el enfermo tosió y abrió los ojos. Vió el farol y los dos hombres de pie delante de él; se levantó un poco para echar una mirada vaga por toda la sala y volvió á caer pesadamente sobre la almohada gimiendo... Santa Clara, más pálido que el propio enfermo, hizo un brusco movimiento de hombros y abriendo el botiquín que había dejado sobre la tablilla que forma meseta al pie del lecho, sacó una jeringa de Pravaz, una jícara y una redomita; echó en la jícara algunas gotas del contenido de la redoma, que volvió á tapar cuidadosamente; sacó en seguida el líquido con la jeringa, á cuyo extremo adaptó una larga aguja de acero previamente pasada por la llama del farol.

—¡Alúmbreme!—dijo con frialdad.

Dupont levantó la linterna, impasible, contento en el fondo por haberle atendido Santa Clara, á quien los enfermeros del hospital respetaban por su riqueza y su instrucción.

Sosteniendo con una mano al aire la jeringa, con la otra Santa Clara descubrió al moribundo. La camisa levantada hasta el cuello, apareció un cuerpo delgado y blanco horriblemente enflaquecido, un esqueleto cubierto de piel apérgaminada... El enfermero vaciló un momento, decidiéndose al fin.

—¡Suceda lo que suceda!—dijo.

Con una muñeca de algodón empapado en sublimado frotó vivamente la piel del enfermo en el grueso del muslo; después le pellizó entre dos dedos de la mano izquierda y con la mano derecha poco á poco le clavó la aguja. Apretó al instante el pistón y todo el contenido de la jeringa penetró bajo la piel. Lavó á continuación el sitio de la cura con la misma muñeca, con una gota de colodión tapó la punzada; Dupont cubrió al enfermo, mientras Santa Clara colocaba la jeringa, la aguja, la redomita y la jícara en la caja que cerró después.

Durante la operación el 43 no hizo el menor movimiento.

—¿Qué le ha inyectado usted?—preguntó Dupont.

—Atropina... una dosis capaz de reventar un buey; eso puede salvarle ó matarle, pero sin ello moriría indefectiblemente... ¡En qué infierno he caído, Dios mío!...

Miró al enfermo, y después dijo tristemente:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches,—contestó Dupont.

Y Santa Clara salió de la sala llevándose la caja y el farol.

Incorporado un mes antes al 138° de línea, Juan de Santa Clara fué destinado á los quince días á la sección 30 de enfermeros militares, porque su gran miopía no le permitía cumplir convenientemente el servicio de las armas. Gracias á poderosas protecciones, fué destinado al hospital militar de Port-Vendres, donde conocía al señor Tremolieres, oficial principal de administración. Amigos influyentes le recomendaron al médico-jefe señor Taglebatt, diciéndole que Santa Clara era muy inteligente, de instrucción y educación nada comunes; joven escritor á quien numerosos artículos de periódicos y una novela habían colocado al lado de los mejores literatos y artistas de París. Se le habían, pues, evitado los servicios penosos que incumben al enfermero ordinario titulado enfermero de explotación. En seguida el señor Taglebatt le tomó como enfermero de visita en su propia sala de enfermos, la división del 1.º Febricitantes. Desde su entrada en el hospital seguía los cursos elementales de medicina y de cirugía que, á ruegos del médico-jefe, tenía á bien hacerle el médico mayor de 1.ª clase señor Lamure, emparentado por parte de las mujeres con la familia de los Santa Clara. Gracias á su inteligente actividad, el protegido adquirió en dos semanas los conocimientos necesarios al servicio de enfermero de visita. Varios hospitales militares, y especialmente el de Port-Vendres, no tienen practicantes mayores, que son sustituidos por los reclutas más inteligentes, quienes pasan á enfermeros de visita, después de tres meses de instrucción. A la verdad, esa instrucción médica y quirúrgica es muy inferior á los conocimientos indispensables á un practicante mayor; á quien el enfermero de visita reemplaza con demasiada frecuencia. Sabrá

hacer vendajes, dar una inyección, escarificar ventosas, tomar temperaturas y analizar la orina, pero nada de eso le hace capaz de suplir á un médico titular ducho. en los diagnósticos é iniciado en la medicación urgente en tal ó cual caso de enfermedad. Así, el empleo de enfermero de visita en un hospital militar donde faltan los prácticos-mayores, es excesivamente penoso, delicado, lleno de peligros para los enfermos y de dolores para los enfermeros. La falta consiste en el sistema de reclutamiento de los prácticos-mayores, que da apenas cada año la cuarta parte de los efectivos necesarios, y en el sistema de reclutamiento de las secciones de enfermeros, donde no están versados en medicina más que un reducido número y aún con un solo año de servicios.

A los ocho días de llevar al cuello de su vestido los caduceos blancos, signos distintivos del enfermero de visita, Juan de Santa Clara comprendía más que nadie la imposibilidad de cumplir su deber. Por primera vez, estando de guardia, se encontraba solo de noche durante doce horas para prodigar los cuidados más difíciles á treinta, al menos, de los doscientos enfermos que contenía entonces el hospital. ¡Había allí heridos, febricitantes, tísicos, venéreos, tifoideos, tuberculosos, locos! Durante el día Santa Clara encontraba menos dificultades en la tarea; tenía para guiarle los ordenanzas del médico-jefe y, en caso de necesidad, los consejos del señor Lamure. Pero por la noche ¡qué sufrimientos, cuántos temores, qué incertidumbres! Hacía cuatro horas que recorría las salas y visitaba á los enfermos. Uno, abrasado por la fiebre tifoidea, murió ante sus ojos en un baño. Otros dos lo habían aterrorizado con su horrible agonía. Ultimamente, el número 43, á quien acababa de inyectar al azar una jeringa llena de atropina!... ¡Y eran apenas las once! ¿Qué sucedería aún hasta las seis de la mañana?

Afligido, tiritando de frío, quebrantado, meditando con pena y dolor sobre todo aquello, Santa Clara se dirigió al cuarto donde debía pasar la noche. Este se encontraba al lado del cuerpo de guardia, muy cerca de la puerta exterior del hospital. Descen-

dió, saltando las escaleras, se introdujo en un largo corredor sombrío, donde sus pisadas retumbaban como en una necrópolis, é iba á penetrar en el patio interior que debía atravesar, cuando una puerta se abrió á dos pasos de él y apareció la toca blanca de una hermana de San Vicente de Paul. Santa Clara acortó el paso, y pasaba después de quitarse la gorra de cuartel, cuando la hermana díjole dulcemente:

—¿Es usted, señor de Santa Clara?

En aquella voz acariciadora de una joven cuyo fresco y bonito rostro de color de rosa iluminaba su farol, el enfermero reconoció á la hermana María de los Angeles, agregada como él á la sala del médico-jefe. Este encuentro imprevisto le hizo mucho bien; olvidó al pronto las horas macabras, y al cabo de unos segundos, con una emoción súbita, profunda, de que él mismo no pudo darse cuenta, Santa Clara contestó:

—¡Ah! hermana mía ¡qué feliz soy al encontrarla!

Ella sonrió á esta ingenua exclamación, y él, animado añadió:

—¡Acabo de pasar los momentos más atroces de mi vida!

Puso tal expresión de sufrimiento en sus palabras, que la hermana abrió con extrañeza sus grandes ojos negros.

—¿Qué le ha pasado á usted?

—Nada, ó, al menos, lo que me acontecerá sin duda alguna cada vez que estaré de guardia. ¡He visto morir á un hombre; agonizar á otros dos; y temo haber muerto á otro, yo mismo, con mi propia mano!...

—¡Dios mío!—exclamó la hermana conmovida,— ¡por qué dice usted eso!... Pero no permanezcamos más tiempo en este corredor, que hay corriente de aire!

Y abriendo la puerta por donde había venido, Juan la siguió, y se encontraron los dos solos en un cuarto cuadrado, amueblado con una mesa, un armario y cuatro sillones. Un gran fuego de leña flameaba en la chimenea, alegrando los ojos y la carne de Santa Clara.

—Es nuestro cuarto de guardia,—dijo la hermana. —No le hago sentar porque está vedado; usted no debe entrar aquí más que para pedirme medicamentos ó informarme del estado de un enfermo... Veamos, hágame su relación,—añadió sonriendo.— ¿Cómo sigue el número 43 del 2.º Febricitantes?...

—¡Precisamente es éste el que temo haber muerto! —exclamó Santa Clara.

Contó su triste aventura.

—¡No se atormente usted,—dijo la hermana siempre sonriente, al concluir el enfermero; tan habituada estaba á oír hablar de muertos y de moribundos;—no se atormente usted! Ha hecho usted lo que ha podido... El médico lo desahució ayer... Ahora subo á ver al enfermo. ¡Váyase usted á descansar, señor de Santa Clara!

Se miraron un momento. ¿Por qué Santa Clara veía en aquella joven el encanto seductor que en París le hacía perseguir á una mujer encontrada en la calle?... ¿Por qué en lugar de pensar que era una hermana de la caridad, inviolable por su carácter religioso y más aún por los reglamentos militares, pensaba que era bella, que al verla se sentía feliz y que ella misma le miraba como le habían mirado en París todas las mujeres antes de ser poseídas?... Pero pronto volvió en sí de esos pensamientos. «Estoy loco», se dijo. Y saludando con su gorra de cuartel, se marchó hacia la puerta.

—Buenas noches, hermana mía.

—Buenas noches, señor de Santa Clara.

¡Qué voz tan dulce! Se volvió; la vió enrojecida, con sus grandes ojos negros fijos en él. Entonces, víctima de una gran turbación, se lanzó al patio interior que atravesó corriendo, y penetró en su cuarto de guardia.

Este cuarto contenía dos camas, una para el enfermero encargado de los cuidados médicos; otra para el cabo ó sargento enfermero-mayor, encargado de la disciplina del hospital, de la comprobación de los fallecimientos ó de la vigilancia de las entradas cuando, lo que ocurría pocas veces, se verificaban de noche.

En una de las camas, el cabo Colonna, enfermero-mayor de la sala del médico-jefe, dormía como un li-

rón. Para no despertarlo Santa Clara envolvió el farol con un pañuelo y sin ruido se echó vestido en la cama. Tardó mucho tiempo en dormirse; la hermana María de los Angeles ocupaba su pensamiento. La veía ante sus ojos sonriente, luego ruborosa y emocionada; recordaba su propia emoción, su felicidad, su turbación. Por primera vez desde que estaba en el hospital sus sensaciones y sus pensamientos se le aparecían claros y precisos. ¿Le amaría ella? ¿iba él á amarla? ¡Imposible! Consagrada á Dios, revestida de un hábito que era el símbolo de renuncia á todos los goces de la vida terrestre, muy joven y sin duda aún exaltada de piedad: ¿cómo habría podido?... Y él mismo ¿osaría hacer la menor tentativa, si acababa por amarla seriamente?... Si, ofendida por una declaración amorosa, la hermana se quejaba, sobrevendría para él la prisión, el envío á las secciones de Africa. ¿Y si consentía?

—¡Estoy loco!—dijo Santa Clara.—Mis nervios excitados me quitan la razón. ¡Vamos, mejor es dormir!...

Pero no se durmió sino después de mucho tiempo, y sus sueños, como sus pensamientos mientras estuvo despierto, estuvieron llenos de la imagen de María de los Angeles.

De pronto Juan de Santa Clara se sobresaltó. Furioso, precipitado, un timbre eléctrico resonaba en el aposento. Al mismo tiempo el enfermero oyó al cabo Colonna renegar mientras se echaba el capote.

—¡Voto á mil bombas! ¡Por todos los diablos! ¡es el vapor! De pie, Santa Clara.

El enfermero se levantó. Frotando sus ojos atontados; recobrado súbitamente por el servicio inexorable, tomó el farol, que conservaba encendido, y precedió á Colonna al patio exterior, diciendo con resignación:

—¡Esta noche no dormiremos!

Desde el anochecer hasta las diez había aguardado en vano el señor Tonneau, oficial de servicio, el maldito barco procedente de las colonias que traía, según decían, trescientos enfermos y convalecientes. Del hospital nadie había podido salir. ¡Y ahora

llegaba á media noche, á la hora en que el sueño es tan dulce y reparador!

—¡Maldito vapor!—gruñía Colonna, golpeando la pared del cuerpo de guardia.

Jurando también, el sargento conserje, Casalba, abrió las dos hojas de la puerta del grande enrejado y el portal del recinto. Por delante de Santa Clara, que tiritaba bajo su capote mal abrochado, veintidós coches de ambulancia pasaron al trote para ir á ponerse en línea en el patio interior. Siguió al último. Ya los doscientos enfermeros del hospital estaban alineados en el fondo del patio, por secciones, con los sargentos, cabos de fila y el oficial Tonneau al frente. El señor Tonneau era un tipo seco como un espárrago y más rojo que una guindilla; hablaba sólo en monosílabos, siempre colérico, sintiéndose ridículo porque su nombre Tonneau (tonel) y su físico contrastaban lo más cómicamente del mundo. Arrebujado en su capuchón con esclavina, el kepis sobre sus ojos fosforescentes y sus bigotes rojos crizados, caminaba á grandes zancadas como si quisiera devorar el espacio. A pesar del huracanado mistral que destrozaba los rostros; á pesar del despertar intempestivo y el frío de la noche, los soldados no murmuraban, porque en tales circunstancias la disciplina era severa; pero cuando los faroles de los graduados iluminaban las caras, Santa Clara veía los labios furiosos, dispuestos á vomitar la injuria ó la rebeldía, las cejas fruncidas, los ojos todavía hinchados por el sueño llenos de una cólera triste y resignada. Oficiales, sargentos, cabos y soldados, todos tiritaban. Los catorce enfermeros de visita estaban reunidos á algunos pasos del oficial Tonneau con Colonna y maldecían en voz baja el transporte cuya llegada les hacía pasar una noche en blanco. En efecto, todos los médicos (excepto el señor Taglebatt, los mayores se alojaban en la población) debían prestar los primeros cuidados á los repatriados.

—¡Ya me las pagaréis todas! ¡Qué de vomitivos voy á daros!—dijo uno de ellos con risa chocarrera.

De golpe las puertas de los veintidós coches se abrieron, los estribos se bajaron con ruido.

—¡Cada cual á su sitio!—gritó el señor Tonneau.

Y comenzó la terrible tarea.

Bajo la dirección de los sargentos, cabos y enfermeros los doscientos hombres, divididos por secciones y escuadras, ayudaron á los repatriados á salir de los carruajes. Treinta ó cuarenta faroles llevados por los oficiales iluminaban siniestramente el vasto patio donde hormigueaban furiosos los hombres. Los impotentes transportados en camillas conducidas por los soldados. Los ligeros de piernas marchaban solos ó apoyados en los hombros de un enfermero. Bruscos y rudos los mandatos militares, castañeteaban entre dientes los juramentos soltados por labios temblorosos de cólera y de frío. Los ojos fosforescentes, la nariz de pico de águila, los bigotes rojos del oficial Tonneau se veían por todas partes amenazadores y temibles. Y durante una hora en todo el inmenso hospital, á través de los pasillos, por las escaleras, en las salas, aquello fué un vaivén tumultuoso de hombres y de camillas; los enfermeros silenciosos y coléricos, los enfermos burlones ó quejumbrosos, respirando con angustia, dando alaridos de dolor ó aturdiéndose por la sorpresa que les causaba todo.

La piel de sus rostros enflaquecidos parecía más amarilla á la luz inquieta de los faroles y de las luces de gas cuyas llamas titilaban á las ráfagas del viento. Los uniformes de color azul oscuro flotaban sobre sus cuerpos descarnados, y de las mangas de sus chaquetas raídas salían unas manos largas, pálidas, enflaquecidas, peladas por el sol y desecadas por las fiebres de las colonias.

Parecían esqueletos recubiertos de viejos pergaminos que hubieran vestido con uniformes de la infantería colonial. No obstante, sus órbitas no permanecían ociosas; sus ojos, agrandados por la enfermedad, estaban iluminados, brillantes de fiebre; pero también del gozo de ver por fin un refugio donde olvidarían las fatigas y los peligros de las guerras lejanas, las angustias de las interminables centinelas en aquellos países extranjeros poblados de hombres salvajes y de bestias feroces... Y sonreían al ver la solicitud que mostraban los enfermeros en cuidarlos.

Pero en las salas, después que los caldos calientes subidos de las cocinas fueron activamente absorbidos, cuando los enfermeros quedaron solos con los enfermos, lejos del oficial y de los sargentos, las actitudes cambiaron. Mientras los válidos se acostaban sin ayuda, los impotentes eran desnudados bruscamente con la impaciencia que los hombres tenían de volver á ocupar la cama abandonada. Empleaban gestos brutales, acompañados de injurias sordamente proferidas por temor á que un sargento ó el oficial Tonneau aparecieran de pronto y les hiciesen pagar sus procedimientos con días de arresto. Los enfermos callaban resignados, dichosos aún de poderse acostar en buena cama después de las semanas de mareos y cabezadas en el barco. Poco á poco los enfermeros volvieron á sus acuartelamientos, y no quedaron en las salas más que los que estaban de guardia, con las hermanas de la caridad para prestar los cuidados necesarios á los enfermos. En el patio resonaron de momento los traqueteos de los coches de ambulancia que emprendían de nuevo el camino de las caballerizas de la plaza. Y el hospital quedó de pronto sumido en un silencio de cementerio.

En el 1.º Febricitantes Santa Clara no había recibido más que doce soldados repatriados, todos convalecientes. Así, pudo ocuparse en seguida de un oficial abandonado por los conductores en una camilla delante de la puerta de la división de oficiales hospitalizados, que dependían, como administración y como tratamiento, de la división del 1.º Febricitantes.

Santa Clara se aproximó, pues, al enfermo y le miró. Pálido, demacrado, roído de fiebre y consumido por la disentería; tenía una barba fina gris, un bigote caído y unos ojos horribilmente tristes. Se ahogaba. Sus brazos desaparecían bajo la morena cubierta.

—Deme usted la mano,—dijo Santa Clara arrojándose,—quiero ver si la fiebre puede aguardar hasta la mañana...

El enfermo no se movió. Entonces Santa Clara levantó la cubierta. En sus mangas había tres galones de oro. Las dos manos estaban crispadas sobre dos saquitos de hule gris. Y como el enfermero hi-

ciera además de cogerle la mano para tomarle el pulso:

—¡No, no, esto es mío!—dijo el capitán.

Y su mirada fué tan expresiva, que el joven le comprendió. El colonial traía en estos dos sacos todo el oro economizado durante largos años de servicio en un país que le mataba.

—Está bien,—contestóle,—no se le quitará á usted su oro. No hay aquí ladrones. ¡Eh! ¡venid!...

Dos hombres de guardia en la sala se aproximaron con paso negligente.

—Llevaldo,—ordenó,—y seguidme.

Hizo poner al oficial en el cuarto número 7, que estaba libre por la muerte de un sifilítico y que había sido desinfectado por la mañana. Después, cuando el enfermo estuvo desnudado y acostado, con mil precauciones para que no temiera que se le quitara el dinero; cuando los enfermeros hubieron partido Santa Clara le hizo sorber una poción calmante y dos sellos de quinina, cerró la puerta y se sentó al pie de la cama.

—Mi capitán,—díjole,—usted no ignora, sin duda, que el reglamento me prohíbe, bajo pena de arresto, dejar dinero, valores ó joyas en posesión de los enfermos, tanto si son oficiales como soldados. Le ruego que me entregue estos dos taleguitos; yo le traeré por la mañana un recibo en buena forma firmado por el oficial principal gestorario. Usted podrá guardarse cinco pesetas.

Y miró al colonial, cuya frente se cruzó de una arruga que amenazaba tempestad.

—¿No le parece á usted?

—¡No!—dijo el oficial colocándose los dos taleguitos debajo de la barba.

—Le advierto que este dinero será depositado en casa del médico-jefe hasta mañana por la mañana, que será depositado en sitio más seguro.

Por toda contestación el oficial dió un gruñido. En las cavidades sombrías de sus ojos las pupilas relumbraron y agarró más fuertemente su oro. Santa Clara, que no estaba aún insensibilizado por el medio en que vivía desde tan poco tiempo, tuvo piedad. Se levantó y con un tono dulce le dijo:

—¡Dispense usted, mi capitán, pero la disciplina me lo ordena! Si todavía se tratara de una pequeña suma, pero...

El oficial, estremeciéndose y mirando al enfermero con una espantosa firmeza, le dijo:

—Veinte mil francos, ¿oye usted? ¡veinte mil francos y alhajas... toda mi vida!... ¿y usted quiere quitármelos cuando yo los he guardado como á mí mismo durante los seis meses que estoy en cama?... ¡Ah! ¡no no! ¡antes morir en seguida!...

—¡Sea!—dijo Santa Clara recobrando su frialdad, ante la perspectiva de quince días de arresto que podría valerle un poco de piedad, si durante el sueño del colonial se efectuaba un robo.—¡Sea! voy ahora á dar cuenta al médico-jefe.

Salió, cerró la puerta con llave, se la metió en el bolsillo y se fué á ver al señor Taglebatt, que ocupaba un pabellón contiguo al ala izquierda del hospital. El ordenanza fué á abrir y á la petición del enfermero decidió despertar al jefe. Cinco minutos después Santa Clara era introducido á una sala que servía de comedor donde, con una palmatoria en la mano, el señor Taglebatt esperaba en calzoncillos y chaquetón abrochado hasta el cuello sobre su camisa de noche.

El médico principal de 1.^a clase, señor Taglebatt, con grado de coronel y dueño absoluto del hospital militar de Port-Vendres, era un hombre de talla más que regular, moreno, nervioso, de cejas duras y pronunciadas, provisto de unos bigotes gris-ros siempre erizados, de nariz prominente y seca y con los cabellos cortados al rape; bajo los cristales de sus lentes brillaban dos ojos de un verde sombrío, pequeños, agudos, que penetraban hasta el alma de los hombres en quienes querían fijarse; el ojo izquierdo, un poco bizco, daba á su fisonomía una expresión de severidad extraordinaria, cuando por un esfuerzo de voluntad el señor Taglebatt hacía converger la mirada de este ojo hacia el hombre ó el objeto que miraba con naturalidad el ojo derecho. Los soldados amaban y respetaban al señor Taglebatt, porque á un afecto inflexible por la disciplina juntaba un deseo de justicia para los enfermeros y una bondad pater-

nal, aunque áspera, para los enfermos; el médico principal, el segundo, Corsoli, le envidiaba y le aborrecía: los otros mayores le obedecían con deferencia y prontitud; las hermanas de la caridad le amaban y respetaban; pero los oficiales de administración, que administraban y vigilaban el hospital, le temían y temblaban todos ante su mirada, porque escudriñaba sus cuentas, comprobaba sus menores acciones y les sometía á todos como á simples soldados á una disciplina de hierro; tenía á los antiguos sargentos y cabos reenganchados por perezosos, alcohólicos é incapacitados. Entre todos solo el señor Tremolieres poseía su estimación, porque era instruído, sencillo, profundamente honrado y bueno, reenganchado además, después de una gran desgracia de familia, por desesperación, como otros se hacen monjes. El señor Taglebatt tenía una voz gutural é imperiosa; no hablaba sino para decir las palabras necesarias.

—¿Qué hay?—dijo, cuando el enfermero de visita, su «protegido» Santa Clara, le hubo saludado militarmente.

—Señor Taglebatt, el vapor ha desembarcado un oficial que he colocado en el cuarto número 7, y que no quiere abandonar, ni un segundo, dos taleguitos que contienen veinte mil francos y joyas. Yo le he recordado el reglamento, pero á menos de pelearme con él...

—¿Qué grado?—interrumpió el médico-jefe frunciendo el entrecejo.

—Capitán, infantería colonial.

—Conozco á esos avaros: ni mandatos ni ruegos les hacen obedecer. Es preciso no dejarle el dinero ni tomárselo á la fuerza. Mientras tenga los ojos abiertos no hay que llegar á una escena extrema que es necesario evitar... Cuando el capitán duerma le quitará los saquitos que guardará usted hasta ser de día. Al levantarse el señor Tremolieres se los entregará usted á cambio de un recibo que al momento llevará usted al capitán. Yo veré después á este oficial. Mientras duerma ponga usted un centinela á su puerta con bayoneta calada. Treinta días de arresto si dejase entrar á persona que no sea usted... ¿Qué le ha dado como tratamiento?

—Poción calmante y dos sellos de quinina.

—Está bien; dóblele la dosis de quinina y una poción de opio... Es la fiebre palúdica ¿verdad?

—Sí, mi jefe.

—¡Está bien, retírese usted!

Santa Clara saludó militarmente, rígido y envarado y salió.

—¡Maldito servicio!—se dijo yendo hacia el cuerpo de guardia donde tomó uno de los hombres.

Colonna dormía. Gruñó de rabia á la demanda de Santa Clara y chilló:

—¡Quítese usted de ahí, tome el centinela y déjeme en paz! ¡Para esto no se necesitaba despertarme! ¡voto á mil diablos!... ¡Maldito servicio!...

Seguido del hombre, que renegaba también, Santa Clara pasó á la farmacia y allí el practicante de guardia, renegando, le dió una poción de opio; tomó con ligereza otra vez el camino de la división de los oficiales, dejando el centinela á la puerta del cuarto número 7 y entró en él. El capitán continuaba despierto, en la misma posición, con los taleguitos apretados sobre el pecho.

—Tenga usted, mi capitán,—dijo Santa Clara.— Tome usted esta poción calmante... Estos dos sellos de quinina... que vaya bien y buenas noches. El médico-jefe vendrá á hablarle por la mañana.

Y salió.

—Ya sabes,—anunció en voz baja al centinela,— son treinta días de arresto por parte del médico-jefe, si dejas entrar á alguien que no sea yo.

—¡Está bien, está bien! ¿Pero cuándo seré relevado?

—¡Ah! no tengo órdenes; probablemente al despertar.

—¡Mil bombas! ¿qué hora es?

—Las dos.

—¡Tres horas de plantón! ¡Brrrr!

Y se apoyó en la pared con triste gesto y el fusil entre piernas.

—A ver si tendré tiempo de dormir un poco,—dijo Santa Clara yendo hacia su cuarto.

Después de haber rogado á uno de los hombres del cuerpo de guardia que lo despertara á las tres,

dejó el farol y se echó en la cama. No pudo dormirse con el temor del triste deber que le incumbía. Probó de chancearse.

—¡Qué lástima que yo no sea ratero de profesión! Habría tenido tiempo y lugar esta noche para verificar el robo... ¡Con tal que el colonial no se despertara!...

Pero sintió que su chanza de encargo sonaba en falso. Se volvió excitado, diciendo más tristemente:

—¡No importa! es una puerca labor...

Pensó entonces en la hermana María de los Angeles, en el número 43. ¡Quizá éste había muerto! Esta idea le obsesionó tanto que no pudo resistir más. Se levantó, tomó su farol y subió al 2.º Febricitantes.

En la sala, á media luz, todo el mundo dormía. Dupont mismo, sentado en la mesa de noche, reposaba su cabeza en la misma almohada en medio de la cual se percibía el rostro del 43. Santa Clara no despertó al ordenanza y se inclinó ansioso hacia el enfermo. Dormía apaciblemente; su respiración era normal y tranquila; gotas de sudor se deslizaban de su frente pálida sobre sus mejillas demacradas...

—¡Vive! ¡duerme!—suspiró Santa Clara,—¿lo habré salvado acaso?

Esto redobló su valor. Descendió al piso bajo donde se encontraba la división de Oficiales y el del 1.º Febricitantes. Cerca de la puerta número 7, escondido en el ángulo del muro, las manos sobre la punta del cañón de su fusil y la barba sobre las manos, el centinela dormía. No oyó venir á Santa Clara. Este le tocó en el hombro; el otro levantó la cabeza atemorizado.

—¡Vamos, despiértate!—gritó el enfermero.—¡Eh! ¡no seas torpe! Dormir, estando de centinela, cuesta quince días de arresto como premio... Pero no tengas miedo, no daré parte... Y ahora, sobre todo nada de ruido.

Poco á poco, con precauciones infinitas, bajo la mirada atemorizada del centinela, dejó el farol sobre el estrado, se descalzó, abrió la puerta del cuarto, entró de puntillas, la cerró de nuevo y se dirigió á la cama deteniendo su respiración...

No osó de pronto mirar al enfermo; pero sus ojos pasaron por todo el cuarto. Estaba vacío, triste y sombrío con la tenue claridad de una lamparilla. Sobre una silla los vestidos del oficial formaban una masa negra, en la que los botones de oro y los galones brillaban débilmente. La cama se extendía inmensa, toda blanca y en la que apenas se veía el cuerpo demacrado del capitán... Entonces, y volviendo la cabeza con precaución, Santa Clara le miró al rostro. Dormía y aún parecía muerto en su horrible palidez amarillenta, los ojos y la boca cerrados, sin aliento, la nariz larga, flaca, haciendo sombra sobre la mejilla... Sólo las sábanas de cuando en cuando, ligeramente movidas, á intervalos iguales, denotaban la presencia de la vida.

La imaginación literaria de Santa Clara se exaltó, haciéndole observar todo el horror del acto que iba á cometer, acto que, sin embargo, legitimaba un reglamento lleno de rigor y que la disciplina hacía inevitable. ¿Y si el enfermo despertaba? ¿si le daba un ataque de locura ó de apoplejía al apercibirse que le robaban su oro?... Santa Clara permaneció un minuto indeciso y tembloroso. Pero la disciplina, esa fuerza terrible que hace milagros y comete crímenes, le empujó.

—¡Vamos!—se dijo —¡tengo orden de hacerlo!

Dió un paso.

Las manos del enfermo, pálidas y demacradas, estaban extendidas sobre la cubierta de la cama.

—Habrá puesto los talegos debajo del almohadón, —pensó Santa Clara.

Entonces, suavemente, con un temblor de todos sus miembros, sudando de emoción y de miedo, de un miedo vago que él veía en su alma, el enfermero marchó hacia la cama. A cada paso, conteniendo el aliento, se detenía. Oía como su corazón latía, pronto á romperse... Cuando estuvo casi para tocar la cama, no osó avanzar más.

—¡Valor, por Cristo!

Pero su miedo aumentaba. Por un momento pensó marchar sin cumplir lo que se le había encargado. Grandes gotas de frío sudor corrían por su frente. Se las enjugó con el revés de la mano, aspiró fuerte-

mente el aire enrarecido de la cámara y entonces, más dueño de sí, extendió un brazo...

Suave, muy suavemente, con gran agilidad, que á pesar de todo parecía poca á Santa Clara, deslizó dos dedos bajo la cabecera, los ojos fijos en el enfermo, asustado al pensar en un despertar brusco... Y su mano no avanzó más.

—¡Vamos! ¡qué gallina mojada estoy hecho!

Bajo de la cabecera sus dedos buscaron. Tocó una tela dura... Los ojos siempre fijos en el oficial, cogió el saquito y tiró de él suavemente...

El enfermo dormía con una inmovilidad de cadáver.

Cuando Santa Clara se apoderó del saco su pecho se dilató. Puso el talego en su mano izquierda y su mano derecha se metió otra vez bajo la almohada. La segunda maniobra fué más fácil, porque el enfermero se había serenado por completo. El segundo saquito siguió muy pronto al primero y Santa Clara se apresuró á salir del cuarto, cerró la puerta sin ruido y dijo vivamente al centinela:

—¡Vuélvete al cuerpo de guardia, has concluído!

Y él mismo corrió hacia su cuarto como un ladrón. ¡Qué noche más atroz! Ni tuvo siquiera la curiosidad, tan aniquilado estaba, de mirar el contenido de los sacos; los metió—*¡como el otro!*—bajo la almohada y se durmió pronto con profundo sueño. Soñó que un esqueleto que tenía sobre sus hombros la cabeza del número 43 avanzaba hacia él y dulcemente sus óseos dedos buscaban los saquitos. Gritando, despertó sobresaltado, los ojos fuera de las órbitas, asombrado de no ver el esqueleto en su habitación. Buscó los sacos debajo la almohada y allí estaban. Al verlos Santa Clara sonrió débilmente y se levantó.

El día clareaba. Sin duda el toque de diana había sonado ya. Tomó Santa Clara los saquitos y los llevó el señor Tremolieres, quien los lacró, los encerró en una caja de hierro y extendió de todo ello un recibo.

El enfermero atravesó el patio interior para ir á la cocina á tomar una taza de café. El cielo estaba cubierto de negras nubes, el aire era húmedo y pesado. Tristes y sucios los hombres de servicio barrían perezosamente el suelo. Santa Clara, sudando

la gota gorda y con el alma en un hilo se ahogaba de angustia. Subió á la división de los Oficiales y con el recibo en la mano abrió sin apresurarse la puerta número 7.

—¡Tomad, mi capitán!....

Pero al momento se detuvo y retrocedió espantado.

El colonial estaba boca abajo sobre la cama, los brazos metidos entre la almohada y el colchón, la cara vuelta hacia la puerta, una cabeza desfigurada, con la boca y los ojos horriblemente desencajados. El oficial había muerto.



II

La Visita

El hospital militar de Port-Vendres está edificado fuera de la población, sobre una llanura que desciende en declive suave hacia el mar. Está compuesto de un edificio principal rectangular, flanqueado de dos alas avanzadas. La altura sólo es de tres pisos cuyo tercero está abohardillado, pero muy alto de techo. El edificio central lleva el nombre de edificio A; el ala derecha, á la cual está exteriormente unido el pabellón del médico-jefe, se llama edificio B; y el ala izquierda, edificio C. Alrededor del patio interior, comprendido entre los tres edificios y un enrejado de hierro que une las dos alas, se suceden arcos romanos bajo los cuales los enfermos se pasean en tiempo de lluvia. Todo el espacio libre entre el enrejado y el muro del recinto lleva el nombre de patio exterior. El pabellón del sargento conserje y el pabellón del cuerpo de guardia y las oficinas de entrada flanquean la puerta monumental, que se abre ante el mar en el camino del departamento. Alrededor del muro del recinto é interiormente, las caballerizas, lavadero y el pabellón habitado por las hermanas de San Vicente de Paul, forman una continuación de pequeños edificios, independientes unos de otros. Detrás del pabellón de las hermanas se extiende un vasto jardín plantado de viejos plátanos, en el fondo existe un pabellón bajo que le llaman impropriamente anfiteatro y que está ocupado por la sala de disección, de autopsia y el almacén de féretros. Por último, á los lados y detrás del hospital, el espacio dejado libre entre los edificios y el muro del recinto constituye el camino de ronda. Detrás del pabellón del médico-jefe y enfrente del jardín, el recinto se extiende hasta formar un patio rec-

tangular bastante extenso para que los enfermeros puedan hacer allí el ejercicio.

La división de los Oficiales hospedados y la del 1.º Febricitantes, de que el señor Taglebatt era el médico tratante, Colonna el enfermero mayor y Santa Clara el enfermero de visita, ocupan los dos ángulos del primer piso del edificio C, y estaban unidos uno á otro por un corredor lleno de cuartos destinados á recibir los enfermos contagiosos que el médico-jefe, en lugar de enviarlos á la división de los Aislados, quería conservarlos en su servicio, á causa del interés científico que podía ofrecer la marcha de la enfermedad.

La sala del 1.º Febricitantes contiene sesenta camas. Es rectangular, con las paredes pintadas al óleo de un color azul muy pálido, embaldosada de rojo, con veinte ventanas que le dan luz, diez al Oeste que dan al patio interior, y diez al Este frente al mar; doce columnas delgadas de hierro en dos filas sostienen el techo y dividen la sala en tres partes. En las de los lados están alineadas las camas, en la del medio se levantan dos grandes estufas monumentales de porcelana blanca, separadas por una mesa muy larga rodeada de sillas.....

Sobre esta mesa, á las ocho de la mañana, mientras la hermana María de los Angeles y cuatro enfermeros hacían la limpieza y colocaban las camas, Juan de Santa Clara arreglaba las vendas, preparaba el algodón y los lienzos de curar con una actividad que nadie hubiera creído que había pasado la noche con tantas emociones y en vigilia.

Al instante de haber comprobado la muerte del colonial, fué á dar cuenta de ella al señor Taglebatt, quien le contestó lacónicamente:

—¡Está bien! ¡vuelva usted á su servicio!

Y Santa Clara había efectivamente vuelto á su servicio. Antes de la visita diaria, que tenía lugar entre ocho y media á nueve de la mañana, el cabo Colonna, que era un corso alto, velludo y barbudo como un macho cabrío, Santa Clara, la hermana María de los Angeles y los cuatro enfermeros de explotación agregados á la división, debían proceder cada día á un enorme trabajo; curar, limpiar y dar el desayuno á cuarenta y seis enfermos, que aquella mañana se encontraban en

la sala; rehacer y guarnecer las camas, reemplazar las sábanas sucias por otras limpias, encerar el embaldosado hasta hacerlo relucir como un espejo, desempolvar y cepillar la inmensa alfombra que corría al pie de las camas, alrededor de la sala, frotar con lienzos secos los cristales de las ventanas, pasar un plumero ó escoba-esponja por las paredes y techo; en una palabra, la sala con todo lo que contenía, objetos y seres humanos, debía estar fresco, sosegado, limpio y reluciente como una compañía de escogidos para una revista.

Si el cabo Colonna y los cuatro enfermeros de explotación se ocupaban de la limpieza general, la hermana María de los Angeles estaba encargada de la ropa y á Santa Clara sólo le incumbían los cuidados médicos. El asunto del colonial le había retrasado aquella mañana. Disponía apenas de una hora para arrancar y curar veintitrés vejigatorios, tomar é inscribir cuarenta y seis temperaturas, analizar las orinas de doce enfermos. Ni siquiera tenía un minuto para consagrar á cada hombre.

Así, azotado por la necesidad del servicio, no sentía su fatiga ni pensaba en el colonial ni en el 43. Mientras veintitrés enfermos conservaban el termómetro debajo el sobaco, aplicaba los vejigatorios que habían sido pegados á la vigilia en las espaldas de veinte hombres atacados de pneumonía. Porque á pesar de su denominación de 1.º, 2.º, 3.º, 4.º Febricitantes, las salas de los hospitales militares reúnen cada una toda clase de enfermedades, excepto la división de los Heridos, cuyo nombre es bastante significativo; la división de los Vénereos, donde sólo son admitidos los víctimas del amor; la división de los Aislados, reservada á las enfermedades contagiosas; la división de los Detenidos, donde se mete, guardados por fuerte reja y una guardia armada, á los enfermos indisciplinados, y la de los Locos, que no comprende más que una docena de chozuelas.

Pero, aplicando los vejigatorios, Santa Clara sufría más que los pacientes mismos. Obligado á ejecutar rápidamente y á levantar los vejigatorios ó la cura de la vigilia sin la menor precaución, hacía chillar de dolor á los infelices, y cada gemido ó cada grito le

torturaba. Viéndolo tan sensible, Colonna que dirigía silbando su cuadrilla de limpiadores, le decía:

—¡Bah! parece usted una damisela, querido ¡Pero dentro de dos meses desollará usted á un hombre fumando un cigarrillo!.....

Terminados los vejigatorios, Santa Clara visitó los termómetros, anotó las temperaturas y metió los tubitos graduados bajo el sobaco de otros veintitrés enfermos. Después recogió en probetas la orina de doce hombres designados por las prescripciones de la vigilia y fué á su gabinete para analizarla.

Contiguo á cada división hay dos gabinetes frente por frente. El uno está destinado al almacenaje y al lavado de la enorme vajilla necesaria á la sala, el otro está reservado al enfermero mayor y al enfermero de la división. Allí es donde el primero mete á diario las anotaciones de los diversos estados del material, de las entradas, de las salidas, de los fallecimientos; el segundo redacta los cuadernos de visita, prepara las curaciones delicadas, encierra y conserva los instrumentos de cirugía y las provisiones medicinales y procede á los análisis ordinarios.

Cuando Santa Clara entró en su gabinete, que había de conservarse muy limpio, el cabo Colonna estaba sentado delante de su mesa en la que los rayos de un tibio sol de invierno rasgaba las nubes que el viento dispersaba. La ventana, que era grande, estaba abierta, á pesar de la estación, y la sombra del cabo se destacaba negra sobre el azul del mar cuyos olores acres llegaban por ráfagas. Devoraba un copioso café con leche, extraído del pequeño desayuno de los enfermos.

—¿Tiene usted todavía que analizar todas esas suciedades?

—¡Evidentemente, puesto que está prescrito!

—¡Es usted muy inocente, querido! Es preciso que yo le ponga al corriente, si no no acabará nunca á la hora señalada y se desacreditará..... Deme usted una probeta cualquiera.

Santa Clara le entregó una probeta llena de un líquido amarillo un poco turbio. Colonna lo calentó á la llama de una lámpara de alcohol. Cuando la orina

estuvo en ebullición levantó la probeta ante la ventana y dijo:

—¿Ve usted esta nube blanca? es la albúmina ¿Qué cama?

—28.

—Escriba usted en el cuaderno: 28 albúmina. A otra.

Repitió la operación con una segunda probeta, y después de poner en ella dos gotas de ácido acético, dijo:

—Esta da un precipitado blanco: azúcar. ¿Qué número?

—30—dijo Santa Clara, no sabiendo donde Colonna iba á parar.

—Ponga usted: número 30: albúmina y azúcar. Ahora tiene usted doce probetas. Tomemos un término medio razonable: dos tendrán albúmina y azúcar; cuatro albúmina y las otras nada. ¡He ahí el análisis completo! ¡Es bien sencillo!

—¡Pero así se engaña al mayor!—exclamó Santa Clara—¿Cómo quiere usted que saque la nota segura de la enfermedad?

Colonna miró con piedad al enfermero.

—¡Evidentemente! ¿pero cree usted que eso tiene importancia? ¡Cá, hombre! ¡No he hecho yo pocas así! Los que deben morir, mueren, los que deben curar, curan. Ni los médicos ni los análisis hacen nada aquí. Usted imitará muy pronto á los demás enfermeros, porque los enfermos le serán indiferentes y porque buscará ante todo la tranquilidad y tener el mayor tiempo posible para fumar su pipa en este gabinete! ¿La orina? analizará la de los enfermos más graves, y respecto á las observaciones sobre el estado de los demás, establecerá un término medio. ¿Las temperaturas? Tomará dos ó tres y establecerá las otras basándose en las de la noche anterior! y en todo lo mismo. Recetas, antisepsia, temperaturas, análisis, ¡qué formidables mentiras, pobre amigo mío! Se morirá ni más ni menos en nuestra sala que en las otras, ¡ya lo verá usted! Le concedo un mes para ponerse al corriente.

—¿Pero si el mayor se apercibe de estas infames supercherías?.....

—Ante todo no son infames, porque están impuestas; el tiempo material le faltará á usted si quiere seguir exactamente las prescripciones y será castigado por no haber concluído la tarea á la hora citada. Además el mayor no se apercibe nunca de nada, porque debería verificar muchas cosas y no tiene tiempo ni ganas de hacerlo; si de vez en cuando, en un momento de conciencia exagerada ó de mal humor, se entretiene en verificarlo ¿quién nos impide decir que la temperatura ha bajado ó subido después de haberla tomado? ¿y qué ha de contestar? En un análisis de orina, reconoce usted que se ha equivocado y basta. Y, ó no dice nada, ó le castiga, lo cual no pasa de ocho días de arresto. Pero castigo por castigo arriesga usted menos con las supercherías que con los retrasos. Se ha de cuidar la forma, querido, de lo contrario será usted castigado; si quiere obrar con rectitud no querrá reconocerse, créame. Por lo demás es inútil iniciar á usted en la vida del hospital; ella misma le iniciará, y no podrá resistirla.

Terminado este discurso, Colonna cogió la taza y sorbió de un trago el resto de su café con leche. Santa Clara estaba más estupefacto que indignado, tan enorme le parecía lo que acababa de oír. Pero Colonna le recordó de nuevo las necesidades presentes:

—Son las nueve menos cinco minutos, complete usted pronto sus anotaciones de temperatura, inscriba el resultado de los análisis sin escrúpulos, siguiendo mis indicaciones. No hay tiempo de hacerse el virtuoso.

Maquinalmente Santa Clara tomó una pluma y ejecutó la orden del cabo.

—¡Muy bien! y ahora vístase usted, tome su cuaderno de visita y su libro de apuntes y vámonos á la sala: el patrón no tardará.

El decoro quería que la visita de la mañana todo estuviese con la más exquisita pulcritud, como para cubrir la repugnancia de las enfermedades bajo el agradable aspecto de las cosas. Así, después de haber procedido á la compostura de los enfermos, los enfermeros se ocupaban de sí mismos todavía con más cuidado. Sobre su chaquetilla de soldado, Santa Clara

y Colonna pusieron un amplio delantal blanco, que terminaba sobre el pecho en punta, en la que había un ojal por el que pasaba el botón superior de la chaqueta. En la cabeza, con los cabellos cortados al rape, las gorras de cuartel tomaban una inclinación elegante. Se lavaron las manos, se limpiaron las uñas, se atusaron el bigote.

Colonna puso en el bolsillo de su delantal un libro de anotaciones donde había escrito los asuntos administrativos y reglamentarios del médico-jefe. Deslizó bajo su brazo la caja del termocauterio y pasó á la sala detrás de Santa Clara, llevando sobre una tablilla los cuadernos de visita.

¡Qué espectáculo tan reposado y alegre! Regocijaba aquella vista de cubiertas blancas sobre las camas, de grandes cortinajes blancos también en las ventanas, estufas relucientes, esbeltas columnas reflejadas claramente en el encerado rojo, mientras el sol acariciaba con fulgores rosados las cabezas de los enfermos, tranquilos y reposados sobre las almohadas mullidas. Las tazas, los botes de tisana, las escupideras de porcelana estaban cuidadosamente alineadas sobre las tablillas á la cabecera de las camas. Un olor de regaliz y de malvavisco impregnaba la tibia atmósfera de la sala. No se oía ningún ruido, ni tos, ni estertor, ni suspiro: parecía que la enfermedad misma hacía tregua en espera del médico-jefe.

Al pie de la cama número 1, Máximo, el enfermero de explotación, con chaqueta y delantal blanco, estaba de pie con una servilleta sobre el brazo. Era éste un hombrecito rubio, afeitado como un cómico, con movimientos flexibles y que conocía el oficio por haber sido antes de su servicio enfermero retribuido en un hospital civil de París; ayudaba con frecuencia á Santa Clara en los vendajes difíciles; pero el novelista se guardaba muy bien de tener con él la menor familiaridad, porque se decía que era aficionado á amores especiales renovados de la 2.^a égloga de Virgilio. El nombre del oficial de administración de 1.^a clase Dulaurier se unía al suyo cuando se hablaba en voz baja de estas cosas en los acuartelamientos del hospital y en las tabernas de la población.

Después de Máximo, la hermana María de los Angeles desplegabá el saco marrón que debía ponerse el médico-jefe. Cuando Santa Clara entró, la hermana levantó la cabeza sonriente, y muy emocionado avanzó hacia ella Santa Clara.

—Buenos días, hermana. No la he visto llegar.

—Hace, sin embargo, más de una hora que estoy en la sala—contesta ella ruborizándose—¡Pero estaba usted tan ocupado!..... Tengo que darle una buena noticia..... ¿Sabe usted, el 43 del 2.º Febricitantes, que temía usted haber matado esta noche?..... ¡Pues está curado!.....

Santa Clara, pálido de alegre sorpresa y con ademán incrédulo, dijo:

—¿Curado?.....

—¡Oh, no come y no se levantará tan pronto, pero la atropina ha producido una revolución en él..... Está salvado; la curación no es más que cuestión de tiempo y de cuidados..... ¿Está usted contento?

—¡Oh sí, hermana mía, y le doy las gracias..... ¡tenía tanto miedo!.....

La hermana bajó la voz y sonrió replicando:—¿Y por eso ha llegado usted tarde esta mañana?

Comprendió el joven la razón de este tono más bajo que establecía entre ellos como una especie de intimidad de relaciones secretas, vió también la sonrisa y emocionado contestó:

—No, pero he tenido que hacer que bajaran al anfiteatro un oficial que ha muerto esta noche de una manera horrible.....

Al recuerdo de la espantosa aventura Santa Clara se puso pálido. La hermana le miró con ojos amorosos—inconscientemente quizá—tan cariñosos y tan buenos, que el joven se sintió de nuevo como impregnado de dicha. ¡Oh, esta mirada! conocía él muy bien la primera mirada misteriosa y clara á la vez y tan emocionante de la mujer que ama. No contestó á Colonna que le interrogaba con motivo de un detalle de servicio, y el pensamiento loco y acometido todavía de un amor posible é inesperado, cuando un paso resonó en la meseta de la escalera ante la puerta de la sala.

—¡El patrón!—exclamó Colonna.

Los tres hombres se cuadraron; la hermana se apartó un poco; los enfermos respiraron; un gran silencio dominó en la sala, y de pronto entró el señor Taglebatt. Los tres hombres saludaron militarmente con un ademán rápido y vivo; la hermana se inclinó; el médico-jefe se detuvo, levantó negligentemente la mano hasta su kepis cinco veces galeado de oro, inspeccionó la sala de una ojeada circular; hizo converger su mirada fría hacia el grupo de los tres enfermeros, y satisfecho, se dirigió hacia la cama número 1. La hermana le tendió el saco que se puso; colocó los instrumentos en el ancho bolsillo abierto al nivel de la cintura; aseguró los lentes sobre la nariz, toma el cuaderno de visita que le presentó Santa Clara, y como vió desocupada la cama número 1.^o, se dirigió á la señalada con el 2.

Hizo el paseo diario.

Seguido de la hermana, que con voz dulce daba las noticias sobre el estado de los enfermos; de Santa Clara, que inscribía las prescripciones y precisaba los detalles suministrados por la hermana; del cabo Colonna que llevaba el termocauterio encendido; de Máximo que colocaba una servilleta sobre la espalda ó el pecho de los enfermos que habían de ser auscultados, el señor Taglebatt iba de cama en cama, minucioso y frío preguntando sin cesar, comprobando de una ojeada la limpieza de las sábanas, de la mesa de noche y del embaldosado; examinando las escupideras, inspeccionando los vendajes, haciendo visajes ante tal orina ó permaneciendo impenetrable delante una hoja de temperatura de zigzags demasiado caprichosos, señalando las convalecencias y las salidas, reprendiendo mucho, felicitando poco, castigando nunca, encolerizándose contra su pluma que raspaba al escribir al margen del cuaderno de visita sus observaciones médicas, contra su lente que caía ó contra el termocauterio cuyo largo tubo de caut-chouc se le énredaba en las manos.

Como había dicho Colonna, el médico no comprobó ninguna temperatura ni se sorprendió de ningún análisis. Santa Clara se sentía á la vez avergonzado y agradablemente tranquilo: avergonzado de la falta que él sabía haber cometido, y tranquilo al ver que,

en efecto, su ingrata labor se simplificaba, sin causar daño. Y mientras que su conciencia se indignaba, su egoísmo, que habían despertado los consejos de Colonna, corrompido él mismo por el medio, le hacía entrever la posibilidad de pasar días tranquilos sin cansancio, sin alarmas, sin castigos, con largas horas deliciosamente pasadas con los libros, la conversación con Colonna, el sueño y el tabaco en el aislamiento del gabinete de visita. Bastaría para ello que hiciera como todo el mundo, no ejecutar sino la parte más importante y aparente de las prescripciones, escogiendo las artimañas secretas que empleaban los otros enfermeros. Y si su conciencia se rebelaba, su egoísmo le replicaba bien pronto que después de todo su trabajo no era pagado, que él mismo estaba allí contra su voluntad y que no había nacido con la insignia de la abnegación. Sin razonar estas consideraciones, Santa Clara sufría la influencia desmoralizadora, y quince días de presencia en el hospital le bastarían para que este medio singular le orientase hacia el mal, tan tiránico y poderoso no estando su acción contrarrestada por la de ningún otro medio. Inconscientemente, el enfermero se deslizaba sobre la pendiente de la infamia en la cual vivían en paz todos los enfermeros del hospital.

Aquel día no ocurrió ningún incidente. El estado de los enfermos se mantenía en una medianía tranquilizadora, la sala estaba limpia: el señor Taglebatt contento, dignándose demostrar su satisfacción. Concluida la visita se detuvo en el umbral de la puerta de división de los Oficiales, y, volviéndose contempló la sala; después, con la cabeza baja y las manos detrás murmuró un «¡está bien!» entre sus bigotes erizados, giró sobre sí mismo todo de una pieza y pasó al corredor. Colonna y Santa Clara únicamente le siguieron, pues la anciana hermana Angela, especialmente dedicada al cuidado de los oficiales, relevaba á la hermana María de los Angeles. Santa Clara quedó triste porque echaba de menos el fresco y sonrosado rostro de la gentil hermana y porque no oiría su voz, en la que parecía sentir una caricia continua, ni podía rozar sus ropas con las suyas. Pero pronto el servicio le llamó á la realidad.

—¡Santa Clara!—preguntó el señor Taglebatt,— el capitán fallecido esta mañana está en el anfiteatro, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Ha hecho usted la declaración del fallecimiento al señor oficial?

—Sí, señor.

—¡Está bien!

Y esta fué toda la oración fúnebre: no debía hablarse más del colonial.

Visitó á los oficiales; no eran más que tres y pocos enfermos; las tres consultas duraron apenas cinco minutos.

En la meseta de la escalera, una vez fuera de la división, Colonna y el enfermero saludaron al señor Taglebatt y volvieron á su servicio. Redactaron la nota de los medicamentos y alimentos prescritos, que llevaron á la farmacia y á la cocina. Fué hecha en seguida la distribución de los medicamentos por Máximo y su camarada Lauriston, bajo la vigilancia de Santa Clara. Después, llevando en una cesta las porciones de pan blanco, en cazos y platos de metal las legumbres y la carne, todos los enfermeros de la división mandados por Colonna, guiados por Santa Clara y por la hermana María de los Angeles dieron la vuelta por la sala y distribuyeron á cada enfermo los alimentos que le correspondían. Dejaron en libertad á los enfermos que pudieran y quisieran levantarse que se sentaran al pie de la cama sobre la mesa de noche formando á la vez silla y mesita; comieron unos hablando entre sí á media voz, mientras otros menos fuertes, apoyados en las almohadas, sorbían despacito un caldo ó una taza de leche, remojaban un pedazo de pan en un huevo pasado por agua ó roían un blanco muslo de pollo.

Por las grandes ventanas con los cortinajes blanquísimos el sol, un suave sol meridional de diciembre, entraba en largos rayos de luz animada; el encendido rojo relumbraba; las cubiertas de las camas y la porcelana de las estufas enviaban reflejos brillantes. Toda la inmensa sala estaba en alegre calma, dando una impresión de paz y serenidad en su decoración reposada, con los grandes cortinajes sombrea-

dos de azul, camas limpias y bien ordenadas, con sus enfermos tranquilos, y la toca ligera de la hermana, yendo de aquí allá como un pajarillo bate gozoso sus alas acariciadoras. En esta hora de sosiego en que la enfermedad descansa y el orden es perfecto, en que los mismos «grandes enfermos» ocultos bajo las sábanas, bien extendidos, gustan las dulzuras de la somnolencia, jamás un visitador habría podido pensar que aquella sala tan bella de hospital, de un aspecto tan sonriente y que parecía el refugio de la felicidad, era cada noche desde las seis de la tarde teatro sombrío de atroces sufrimientos, y que se morían allí por término medio veinte hombres jóvenes por mes!.....



III

La muerte del soldado

Hasta las tres de la tarde fué para los enfermeros la sucesión de los acontecimientos de cada día. A las diez, el desayuno en el gran refectorio desmantelado y blanco que daba al patio interior. Después, el servicio en los acuartelamientos: hacer la cama, limpiar las armas, repasar y cepillar los efectos militares, baldear con abundancia de agua el pavimento. A la una la lectura de la memoria, efectuada por el sargento más antiguo de la sección, ante los doscientos enfermeros del hospital, colocados en dos filas, con los pies juntos, los brazos estirados y el dedo meñique sobre la costura del pantalón. Luego cada uno volvía á su servicio.

En el 1.º Febricitantes, el cabo Colonna leía Lamartine, fumando enormes pipas, cuyo humo llenaba de espesa nube el gabinete de visita; el enfermero Santa Clara administraba los medicamentos, arreglaba los vendajes, preparaba las inyecciones hipodérmicas y escarificaba las ventosas, según las prescripciones de la visita de la mañana.

Si la terminaba antes de las tres ó las cuatro podía retirarse al gabinete de visita, donde fumaba cigarrillos y Colonna le leía versos. El corso pretendía ser literato, y no sin razón, pues estaba dotado de una imaginación poética verdaderamente extraordinaria.

Era para él una dicha tener á Santa Clara á su servicio, pues el novelista le daba consejos y le prestaba libros, corregía sus poemas y aun le prometía hacerlos insertar en *El Faro Poético*, una joven revista que publicaba mensualmente la juventud sentimental de Port-Vendres, con los cuales

Santa Clara, escritor notable, estaba en relaciones. Por aquella parte el enfermero había adquirido sobre el cabo-poeta, su superior jerárquico y muy poderoso en el 1.º Febricitantes, como enfermero mayor de la división, una influencia profunda, incontestable. Vivían como camaradas. Esto para Santa Clara atenúa el disgusto de estar bajo las órdenes inmediatas de un hombre que intelectual y moralmente le era inferior, y le ponía al abrigo de las reprensiones enojosas y de los castigos irritantes con tanta frecuencia infligidos por la menor bagatela por los subalternos de un hospital. En cambio de la libertad absoluta que le dejaba Colonna en el servicio, Santa Clara era generoso en libros, en cigarros, en consejos literarios y en promesas de protección cerca del director de *El Faro Poético*.

Si Colonna trabajaba en sus producciones en lugar de leer en alta voz, el novelista escribía su correspondencia ó tomaba notas para un libro futuro. Eran los únicos buenos momentos de la jornada. En el gabinete reluciente, los rayos oblicuos del sol regocijaban todas las cosas. Por la ventana se veía á unos doscientos metros el término de las olas del mar, que se extendía hasta tocar el cielo muy azul, gris ó verde, según los días, surcado de velas triangulares de los barcos de pesca y por los vapores que salían ó entraban en Port-Vendres, cuya escollera aparecía á la derecha con su faro que resplandecía con el sol. Soplabla la brisa trayendo los olores marinos y el anhelo del espacio, tan dulce y tibia que no parecía estuviésemos en pleno invierno.

Aquel día Colonna no leyó sus versos y Santa Clara dejó sus cartas por contestar porque le pareció más agradable permanecer en la ventana mirando al mar y pensando en la hermana María de los Angeles. Pero á las tres y media el joven debió abandonar su grato placer para poner al día los cuadernos de visita. ¡Qué tarea tan pesada!

Eran éstos unos cuadernos grandes, divididos en columnas y estaban destinados á llevar anotadas las prescripciones y las indicaciones de toda clase dadas por el médico en la visita de la mañana; descripción y marcha de la enfermedad, medicamentos ordena-

dos, tratamiento seguido, designación y cantidad de los alimentos señalados á cada enfermo; todo se encontraba en ellos, porque tienen un valor muy grande como piezas de contabilidad y constituyen la justificación fundamental de toda clase de consumo. Estos cuadernos, renovados todos los meses, comprendían el número de hojas que se creían necesarias para el servicio á razón de una página por cama de la enfermería; son dos, uno para los días pares y otro para los impares. Al pasar la visita el médico llevaba en la mano el cuaderno de la noche anterior, mientras que el enfermero inscribía las prescripciones en el cuaderno del día. Todas las tardes, á las tres, Santa Clara se dedicaba al trabajo de recopiar en el cuaderno del día las prescripciones dadas por la mañana, escritas á la ligera bajo el dictado del mayor en un librito de memorias particular. Este servicio le ocupaba hasta las cuatro, hora de la contra-visita ó visita de la tarde, destinada sobre todo á los enfermos entrados en el hospital después de la primera visita. En el 1.º Febricitantes la hacía ordinariamente el médico principal de 2.ª clase señor Corsoli, médico-tratante de la división del 2.º Febricitantes y segundo jefe del hospital militar de Port-Vendres.

¡Qué asombroso tipo de estúpido era este tal Corsoli! Ex-médico-jefe de las salas militares del hospicio mixto de Trois-Moutiers, se había hecho tan odioso por su injusticia y su crueldad, que se le envió en desgracia á las colonias, donde dejó, cuando se le llamó á Francia, el recuerdo de un torturador más que de un médico. En Port-Vendres sufría mucho por tener que estar bajo las órdenes de un superior, y esta humillación, siempre presente, le tenía en continuo mal humor; cuidaba á los enfermos á «tambor batiente», mandaba la división del 2.º Febricitantes como una compañía de disciplinarios. Esa manera de ser, según la expresión popular, «venía de familia». Su padre, médico mayor de un regimiento, había sido declarado de reemplazo por hechos de horrible crueldad. Brutal con los enfermos, no les reconocía tales hasta último extremo. Corsoli padre vino á ser célebre porque un día, durante una

marcha militar, había seguido al paso de su caballo un soldado que, abrumado de calor y de fatiga caía aniquilado por la marcha. El mayor obligaba al desgraciado á ponerse solo en pie y prohibía que sus camaradas le socorrieran. Dos días después murió el soldado. Su padre no pudo verlo: el mayor lo prohibió terminantemente (1).

Tales hechos eran conocidos en Port-Vendres, y Corsoli llevaba allí, con el peso de su propia infamia, la vergüenza de su padre. Así sus contra-visitas al 1.º Febricitantes eran un espectáculo diario al cual no dejaban nunca de asistir todos los enfermeros de la división.

Mucho antes de las cuatro, Máximo, Lauristón y sus dos camaradas estaban en la sala. Para pasar el tiempo, contaban chismes que, examinados con seriedad, son sencillamente actos de barbarie civilizada, pero que el medio y la costumbre hacen que en los hospitales se les considere como rasgos de ingenio.

—¿Habéis visto,—decía Lauristón,—el macabeo que se descuartizó ayer en el anfiteatro, ese héroe de la división Marchand?

—Un buen tipo,—exclamó Máximo.—¡Tienen una piel esos negros!..

—Pues bien, amigo mío, tú sabes que Caillote, el enfermero del anfiteatro, detesta á los negrillos.

—Se comprende, pues ha estado seis meses en Argelia.

—Adivina la idea que ha tenido.

—Explicáte.

—Ha cortado una ancha faja de la piel del negrillo; es como si fuera cuero de Rusia, pero mucho más fina. Pretende secarla para fabricar de ella una cartera... ¿Qué te parece esto?

Los cuatro enfermeros rieron estrepitosamente la ocurrencia. Algunos enfermos convalecientes, en círculos alrededor del que contaba, hicieron coro, encontrando el caso muy original. Pero en aquel momento la puerta se abrió y dos hombres aparecie-

(1) Véase apéndice: nota A.

ron; llevaban una camilla sobre la cual estaba tendido un soldado respirando con ruido.

—¡Bueno! ¡todavía uno que entra!—dijo Máximo, —¡el diablo se lo lleve!

Y dirigiéndose á los angarilleros:

—¡Podéis volveros eso, amigos! el cabo no quiere más.

Los angarilleros dejaron la camilla sobre el embaldosado y tomando una silla se sentaron tranquilamente.

—¡Ah!—exclamó uno de ellos,—esa sí que es buena! Hace al menos una hora que lo llevamos por todo el hospital. Nadie lo quiere. ¿Tienes tabaco, Lauristón? Tengo deseos de fumar uno de los tuyos.

Lauristón le observó que era la hora de la contravisa y que al que el principal sorprendía fumando ya podía estar seguro de no gozar de libertad ocho días.

—¡No me importa!—contestó el otro.—¡Llevo á costas veinte días de castigo! ¡ocho más ocho menos!... ¡Hace una hora que no he fumado, dame tabaco! Si el principal llega, el tabaco, es mío, quedamos conformes. Por otra parte, el señor Lamure dice que la nicotina es antiséptica, el humo también, pues los enfermos se encontrarían mejor si pudieran respirarlo un poco ¡está claro!...

Se celebró el chiste. Pero el otro angarillero que no fumaba quería dejar el enfermo en la camilla é irse. Lauristón le detuvo y propuso á Máximo quedarse con el enfermo. Máximo rehusó. Iba á pronunciar imprecaciones, cuando apareció el cabo Colonna. A la vista de la camilla cargada y abandonada al medio de la sala, exclamó inmediatamente:

—¡Mil bombas! ¡todavía uno! Largo de ahí, no lo quiero.

—Pero cabo...—arriesgó el angarillero fumador.

—Largo de ahí ¿habéis oído?

—Hemos ido á todas las salas, nadie lo quiere.

—Yo tampoco ¿Creéis acaso que no tenemos bastantes? ¡Que se muera si no encuentra sitio!... ¡Marchen!

—¡Ay amigo mío,—dijo el angarillero apostrofando al enfermo,—qué pesado eres!...

Y los conductores, resignados, levantaron la camilla, cuando entró Santa Clara, vió la escena, la comprendió y dijo á Colonna:

—No puede usted desechar un enfermo sin saber lo que tiene... ¿Dónde está su papeleta de enfermería?

Dejaron la camilla sobre el embaldosado. Uno de los angarilleros tendió al enfermero un papel grisiento. Santa Clara lo desdobló y leyó:

—¡Bronquitis! eso no es gran cosa. ¡Veamos!... ¡Pero si es una congestión pulmonar!—exclamó después de haber examinado al enfermo minuciosamente y haberle tomado su temperatura. He visto el mismo caso hace ocho días... Está muy grave; es preciso acostar á este hombre inmediatamente.

—¡Cómo acostarlo!—protestó el cabo.—No me conformo.

—¿Y por qué?

—Tenemos bastantes ya. Dos entradas hoy, sin contar los doce repatriados de la noche última. Si cree usted que quiero deslomarme se equivoca... ¡Pero mire usted! ¡casi no hay camas vacías, mientras en las otras salas no tienen nada que hacer!...

Santa Clara insistió. Expuso el riesgo que corría el enfermo á no cuidarlo inmediatamente... Quizá fuera demasiado tarde. Desde luego, que el despedirlo era la muerte.

—¡Que reviente, á mí qué!—exclamó Colonna,— ¡después de todo no es mi padre!

—¡Cabo!—dijo Santa Clara indignado.

Pero la hermana María de los Angeles entraba en la sala diciendo con su voz dulce:

—¡Atención, hijos míos! El principal sube la escalera.

Hubo un momento de confusión. ¿Despedirían ó conservarían el enfermo? No se decidía nada, cuando Santa Clara tuvo una idea, y, atrayendo el cabo al alféizar de una ventana:

—Colonna,—dijo en voz baja,—este hombre se muere dentro de una hora si no se le cuida inmediatamente. Despídalo usted, pero no corregiré más sus versos y no aparecerán en el *El Faro Poético*.

Tal amenaza debía ser terrible para Colonna, porque bajó la cabeza y murmuró resignado:

—¡Está bien! ¡acostadlo, y pronto, en el número 6!

En un abrir y cerrar de ojos fué ejecutada la orden. De la camilla el enfermo pasó á la cama. Se le desnudó en un instante; se le puso una camisa que la hermana fué á buscar en un armario de ropa situado á la entrada de la sala en el corredor. Los angarilleros cogieron la camilla y desaparecieron por una puerta, mientras que, resonando sus botas con espuelas, tieso y seco, muy alto, con su saco de tela gris, el médico principal, señor Corsoli, entraba por el otro lado.

Colonna, Santa Clara y los cuatro enfermeros se cuadraron y saludaron con un mismo movimiento.

—¿Nada de nuevo?—dijo el principal.

—Tres entradas, señor mayor.

La fisonomía flaca y pálida del señor Corsoli tomó una expresión de formidable dureza; sus cejas se juntaron; bajo su bigote pintado, el labio superior pellizcaba el inferior y marchó hacia la cama número 1, que con un ademán el cabo le señalaba.

Sentado, el enfermo tenía un aspecto tímido y lastimoso de perro que teme ser apaleado. El señor Corsoli no le miró siquiera.

—¿Qué tiene éste?

—Incontinencia de orina, señor mayor.

—Todavía un meón en la cama!

Y lo dijo con un tono arisco que hizo temblar al enfermo. «Vamos á reirnos», pensaron los enfermeros diseminados en la sala. El interrogatorio empezó.

—¿Desde cuándo se mea usted en la cama?

Tímidamente, en voz baja, el número 1 balbuceó:

—Desde que estoy en el regimiento, señor mayor.

Con un movimiento brusco el señor Corsoli se puso tieso. Fijó sus ojos fríos sobre el paciente y con mofa dijo:

—¡Ah, era de presumir! Antes no se meaba usted, naturalmente. Es la licencia lo que quiere usted ¡eh! ¡Pues bien! no seré yo quien se la firme, mocito!.... Mientras el médico—jefe hace de usted lo que le plazca he ahí mi receta: cabo, ordenará usted que se le quite el colchón y el sommier de esta

cama; este hombre que duerma sobre la tabla con una manta de campamento. Si estuviese á mi servicio le concedería tres días para dejar de mearse en la cama, y si se obstinaba en ello lo enviaría á mear á Africa en las compañías disciplinarias..... ¡Allí mearía sangre!.....

—Señor mayor—murmuró el número 1—es el caballo quien me hace mear.....

—¡Cállese usted, yo monto á caballo todos los días y sólo meo en las letrinas..... No creo en esas enfermedades, en esas futesas! Eso es propio de gastrónomos, y á los gastrónomos los envío á Africa. ...

Entonces, la hermana María de los Angeles se adelantó y con dulzura dijo:

—Pero, sin embargo, señor mayor.....

—¿Qué hay, hermana? ¿Acaso usted también se mea en la cama?

La hermana se sonrojó y bajó la cabeza. En la sala, detrás del mayor, enfermeros y enfermos reían á no poder más..... Santa Clara miró á la joven, y su mirada era tan poderosa de afección, que la hermana se penetró de ella. Levantó la cabeza, sus ojos se encontraron y se dijeron tantas cosas profundas, que Santa Clara palideció. ¡Le amaba, pues, aquella virgen sin defensa! Pero la voz áspera del señor Corsoli le hizo volver á su servicio.

—Si es así.....—dijo el mayor—es lógico ¡creo yo! ¿Cuál es el otro entrante?

—El número 4.....

Se oye un estertor prolongado.

—¿Quién hace este ruido?—preguntó el señor Corsoli.

—El número 6, señor mayor, un entrante.

—¡Bueno! se le verá cuando le toque el turno; id á decirle que no respire tan fuerte, que molesta.

Santa Clara fué al número 6, lo examinó y volvió en seguida.

—Señor mayor—le dijo—el número 6 me parece que está muy mal.

—¿Qué hay en su papeleta de entrada?

—Bronquitis.

—¿Una simple bronquitis? Eso no es nada.

—Pero señor mayor.....

—Se le verá á su turno, he dicho ya!

Y se aproximó al número 4.

—¿Qué tiene este?

—Reumatismo articular; viene con licencia.

—¡Ah, ah!

Y el señor Corsoli ríe estrepitosamente.

—¿Viene con licencia? ¡muy bien! ¿Desde cuándo está usted enfermo?

El número 4, un grueso campesino mofletudo, contestó con lentitud:

—Hará como unos ocho días, señor mayor.

El mayor levantó los brazos al cielo:

—¡Oh! ¡admirable! ¡admirable! Me divierte usted sobremanera, muchacho!.... Y eso no le ha impedido!....

Un estertor terrible procedente del número 6 detiene la palabra del señor Corsoli.

Santa Clara corrió y exclamó:

Señor mayor, el número 6 agoniza.

—¡Usted está loco!—contestó el mayor enojado por haber sido interrumpido en mitad de su discurso.— Agonizar por una bronquitis ¡esos enfermeros son admirables! Respira difícilmente, he ahí todo. Así continuemos la visita; ocúpese usted del enfermo que examino. ¡Palabra de honor! desde que estoy aquí no oigo hablar más que del número 6! Esto es insufrible!.... Veamos: decíamos pues, señor reumático, que su reumatismo, viejo de ocho días, no le ha impedido gozar hasta el fin de su licencia ¿eh?.... Después, llegado al regimiento, como quiere mejor gaudular en una cama que ir al ejercicio, se ha hecho traer enfermo. Es un resto de diversión ese reumatismo. Conocemos eso, muchacho!....

—Pero, señor mayor!....

—¡Cállese usted! y felicítese de no haber sido hospitalizado en mi sala. Tengo un excelente tratamiento á disposición de usted: dos horas de marcha por la mañana y dos por la tarde, en el patio, mochila á la espalda, con cargamento completo, fusil al hombro, sin bayoneta, por supuesto! Y como aperitivo una buena dieta láctea: no hay reumatismo de licenciado que resista á ese tratamiento. Al cabo de dos días curación radical!....

—Pero señor mayor.....

—¡Cállese usted!..... El médico-jefe hará de usted lo que le acomode. Yo no le reconozco por enfermo.

Y sin examinar siquiera al número 4, el señor Corsoli le volvió la espalda..

—¿A quién ahora?

—Al número 6, señor mayor.

—Ah! veamos la famosa bronquitis.

Lastimado, indignado de todo lo que oía y de lo que veía, á pesar de que lo oyó y lo vió por vigésima vez, Santa Clara siguió al señor Corsoli. Dos enfermos habían sido «visitados» y su cuaderno de visita estaba virgen de prescripciones!.....

Una vez ante el número 6, el mayor le hizo sentar, le auscultó, examinó su hoja de temperatura establecida precipitadamente por Santa Clara, profirió un juramento, auscultó más cuidadosamente, dió muchos golpes repetidos, luego con interés y abandonando al enfermo:

—Santa Clara ¿desde cuándo este hombre está en la enfermería?

Después de consultar la papeleta de entrada el enfermero contestó:

—Es cabo, señor mayor..... Está en la enfermería desde el día 17, estamos á 24, hace 7 días.

El señor Corsoli se volvió al número 6.

—¿Qué tenía usted cuando entró en la enfermería?

Con una voz ronca, baja, muy penosamente y con ligeros hipos el número 6, que era un guapo joven, contestó:

—Un poco..... de dolor al costado..... señor.... mayor.....

—¿Qué le dieron como tratamiento?

—Nada los tres primeros días..... Después yo sufría mucho..... cada vez más..... no podía comer..... ni respirar..... Me pusieron un pequeño vejigatorio..... En seguida tuve mucha fiebre y perdía..... la cabeza..... Creo que el mayor prescribió la quinina, pero no me la dieron..... No dormía..... nunca..... sufría de una manera atroz..... Después, como yo no podía..... respirar se me ha enviado al hospital..... y no sé más..... creo que no..... se me quería.....

Un hipo le interrumpió. Su cabeza que tenía levantada para hablar cayó pesadamente.

—Inscriba usted—ordena el señor Corsoli á Santa Clara.—Congestión pulmonar doble con fiebre muy alta. Tratamiento: poción de quinina; doce ventosas escarificadas, seis en cada lado; dos sinapismos á las pantorrillas..... Dieta absoluta.

Después, volviéndose hacia Colonna, añadió friamente y sin bajar la voz:

—Envíe usted un telegrama á la familia.

Era una sentencia de muerte.

—Sólo tiene su madre, que vive en Port-Vendres, dijo Santa Clara,—que había interrogado al enfermo.

—Entonces envíe usted un ordenanza..... ¿Este es el último entrante?

—Sí, señor mayor.

—¿Hay algún caso grave entre los otros enfermos?

—No, señor mayor.

—Deme usted el bono de medicamentos para firmarlo.

Después de haber firmado, con paso tieso y seco, entre el chis chas de sus espuelas, el mayor salió sin saludar.

La contra-visita estaba pasada.

Santa Clara y Máximo corrieron á la farmacia. Quince minutos después volvieron con los medicamentos ordenados al número 6; el enfermero puso y escarificó las ventosas, aplicó los sinapismos, lo que pareció aliviar al enfermo.

A las cinco y media la campana tocó á comer. Colonna, Máximo, Lauristón y sus camaradas precedieron á Santa Clara al refectorio, porque éste debió esperar la llegada del hombre que aquella tarde debía estar de guardia en la sala. El ordenanza resultó ser el mismo Dupont, que Santa Clara había visto la noche anterior en el 2.º Febricitantes. Según costumbre tolerada en el hospital, Dupont reemplazaba á cambio de algunas monedas á algún enfermero que no encontraba caro el pagar tres francos por el placer de ir una vez más á la población.

—He ahí la consigna,—dijo Santa Clara á Dupont,—sentarse cerca la cama número 6 y vigilar al enfermo con mucha atención.

—¿Por qué?

—Parece que se morirá muy pronto. Es inútil molestar por él al enfermero de guardia: no tiene nada que hacer aquí. Cuando empiece la agonía avisar al momento á la hermana de servicio. Eso es todo. Buenas tardes.

—Buenas tardes,—dijo Dupont.

Y se sentó al pie de la cama.

Juan de Santa Clara descendió al refectorio. Comió la porción de carne y de macarrones que se le había reservado; luego subió al acuartelamiento para vestirse y salir. Veinte minutos después, á eso de las seis, se encontró alineado con los otros salientes delante del pabellón del sargento-conserje. A la luz de los dos reverberos que iluminaban el pequeño espacio comprendido entre el pabellón del sargento-conserje y el pabellón del cuerpo de guardia brillaban los botones de los capotes así como la empuñadura bruñida de las bayonetas y los zapatos vigorosamente enlustrados. Entre los doscientos enfermeros del hospital apenas había unos treinta por día que pudieran beneficiarse de la salida reglamentaria de las seis á las diez. Los demás estaban retenidos para asegurar las guardias, purgar los castigos ó los servicios reglamentarios. Y todavía entre los treinta salientes el sargento-conserje Casalba se divertía en escoger dos ó tres á quienes impedía salir bajo pretexto de que los botones no estaban bastante lustrosos, que llevaban el pelo más largo de lo prescrito, que los tirantes estaban demasiado flojos ó que la empuñadura de la bayoneta tenía una mancha de moho. Tocaron las seis en el reloj del sargento-conserje; la campana del patio interior resonó por tres veces.

Entonces Casalba apareció en el umbral de la puerta de su pabellón. Se levantaba de la mesa, pues los pómulos de su rostro flaco estaban enrojecidos y mascaba todavía alguna cosa. Hizo caer de un capirotazo las migas de pan detenidas sobre su túnica y avanzó hacia los enfermeros. Pasó por delante y detrás de la fila. Meticulosamente inspeccionó á los hombres de pies á cabeza. Dos veces se hizo oír su voz de falsete.

—Rancoule, vuestros botones están negros, saldrá usted mañana..... ¡Media vuelta!

Resignado Rancoule giró sobre sus talones y pasó la reja que separaba el patio exterior del patio interior.

—Lauristón, vuestros pantalones están manchados de grasa. Vaya usted á limpiarlos. Saldrá mañana..... ¡Media vuelta!

Furioso, con la cabeza baja, los puños cerrados y paso rabioso, Lauristón siguió á Rancoule.

Terminada la revista, Casalba abrió el portal grande.

—Por el flanco derecho—gritó—¡Adelante..... marchen!

En la calle los enfermeros se desbandaron.

Suspirando de gozo, respirando al fin con libertad después de cuarenta y ocho horas, no sintiendo ya la fatiga de una noche de vela de emociones violentas, de una jornada de trabajo, Juan de Santa Clara se dirigió hacia la calle de Rosales, donde estaba su habitación. En su gozo de libertad, olvidó el 43 curado por casualidad, el colonial asesinado reglamentariamente y el número 6 que iba á morir, porque el cruel egoísmo de los enfermeros le había echado fuera de sala en sala. De haber recibido á tiempo el auxilio necesario habríase salvado.

El mistral de la noche precedente había cesado. A pesar de la estación avanzada el aire era tibio, perfumado de olores marinos. El murmullo del mar obsequiaba al crepúsculo. Bien rebujado en su capote, Santa Clara tenía calor; un delicioso bienestar penetró en él.

—¡Ah,—dijo,—aquí se respira!

Andando, encendió un cigarrillo y se puso á pensar en la hermana María de los Angeles. ¡Qué aventura tan extraordinaria! ¡Amarle una religiosa! Lo había revelado muy bien durante aquellos segundos en que sus miradas se encontraron después de la grosera broma del mayor! Sería, pues, posible que encontrase el amor, y un amor raro, en este hospital donde las brutalidades del egoísmo, el rigor de la disciplina, el miedo á los castigos y los hierros de la religión y del reglamento encadenaban

las almas, y que reprimiendo los impulsos generosos machacaban los corazones hasta comprimirlos y endurecerlos para siempre!

Entre la calle del Hospital y la de Rosales se encontró con una joven y se detuvo. También ella se paró en la acera. A la luz del reverbero próximo la vió bonita, fresca y sonriente, deseable con sus ojos negros, su boca diminuta, su cuerpo pequeño que él adivinaba flexible y regordete. De un temperamento ardoroso que la reclusión del hospital privaba de las satisfacciones necesarias, el joven olvidó la virginal y aun intangible hermana María de los Angeles por no pensar más que en aquel cuerpo de mujer presto á darse.

—¡Psst!—dijo.

La joven no esperaba otra cosa: se le acercó y tomó su brazo.

—¿Dónde vamos?—preguntóle con voz que denotaba un ligero acento meridional.

—A mi casa hasta las diez.

Ellá le besó y le siguió.

La habitación del joven estaba en el primer piso de una grave casa burguesa. Daba á la meseta de la escalera y permanecía independiente del aposento de un grueso comerciante port-vendrés á quien Santa Clara le había alquilado al precio de veinte pesetas al mes. Con una amplia cama donde dormir y gozar de las delicias del amor los domingos y las raras noches de permiso, un sofá, tres sillas, un armario, un tocador y una mesa componían el mueblaje. El escritor se encontraba allí muy bien, porque se había hecho remitir de París sus libros, los cuales llenaban una biblioteca de cristales á un lado y se apilaban á derecha y á izquierda, al azar en los anaqueles. Láminas originales de Rops, Bourdelle, Rodin, Odilon Redon; un retrato de Pedro Louys por Henry Bataille; grabados de Fragonar y de Boucher; un cuadro al óleo de Aristides Maillol; una hermosa fotografía de *Olimpia* de Manet ornaban las paredes tapizadas de un papel blanco con flores azul pálido. Sobre el mar se abría una ventana muy grande.

Después que el joven hubo encendido la lámpara se volvió hacia la muchacha que había conducido y

la examinó detenidamente. Iba vestida de negro; sus cabellos, que no estaban cubiertos por ningún sombrero (1), le hacían un casco obscuro que lucía por partes; su cara era como la de una hermosa muñeca rubia; caderas fuertes, y su pecho, en lo que él adivinaba, debía competir con los ojos, los labios y las manos.

—¿Cómo te llamas?

—Denise.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—¿Eres de Port-Vendres?

—Sí, pero partí de aquí hace tres años con mi padre para ir á París. Mi padre murió allí. Yo tenía aquí un tío que me reclamó, pero se murió un mes después de mi vuelta; hace esto cinco semanas..... Ahora estoy sola.

—¿Y qué haces?

—Soy obrera florista..... pero no amo el trabajo, luego.....

—Luego reclutas soldados por las aceras. Es lástima, eres demasiado gentil para este oficio.....

—¡Es necesario vivir!

Ella se había dejado caer en el sofá con indolencia y abandono. Santa Clara se desabrochó su cinturón; se quitó el capote, echó el kepis sobre una silla. Deseaba violentamente á aquella muchachita todavía con sonrisa ingenua, tan joven y tan fresca. Desnudó á Denise en un abrir y cerrar de ojos, sorprendiendo el ardor amoroso de aquella niña. Era á la vez impúdica y ruborosa. Se mostró deseosa de caricias acariciando á la vez muy emocionada.

—¡Toma!—se dijo Santa Clara—esta pequeña podría ser una excelente querida.....

Lo hizo tan bien durante tres horas, que Santa Clara, se separó de ella con pesar. Y como la muchacha continuase en la cama, tuvo piedad y no quiso echarla fuera.

Sin pensar que tenía en su cuarto objetos de valor que aquella desconocida podía robar y huir:

(1) No se olvide que la mujer francesa pobre y rica va con sombrero, sobre todo en la región de París.—N. de la T.

—Quédate,—dijole.—Cuando te marches mañana, entregas la llave al pastelero de abajo....

Después, colocando una moneda de cinco francos sobre la mesa:

—Y he aquí para comprarte un sombrero. Buenas noches, bonita.

—Tú eres muy lindo, ¿cómo te llamas?

—Juan.

—¿Juan qué?

—Juan de Santa Clara.

—¿Así, eres noble?

Santa Clara se sonrió.

—Sí.

—¡Ah, yo te quiero; yo le quiero á usted!

Se agarró á su cuello, le rodeó con sus brazos desnudos, frotó su delicada garganta en la tela ruda del capote.

—¡Vamos, yo también te quiero!—dijole él riendo siempre.—Buenas noches, duerme bien...

—Igualmente. ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Cuando quieras. Todas las tardes á las seis, excepto los viernes y los martes; todos los domingos á medio día, excepto el primer domingo de cada mes, salgo del hospital para venir aquí... Vamos, buenas noches, tengo prisa.

—¡Buenas noches, buenas noches!

Se abrazaron, y Santa Clara corrió á fin de no faltar á la lista de las diez. Entonces únicamente pensó en la hermana María de los Angeles; pero su naturaleza sensual fué pronto la más fuerte. Con aquella ligereza que la vida de París le había habituado á poner en los asuntos pasionales, con el secreto menosprecio de la mujer innato en todo meridional, se dijo sonriendo:

—¡Bah! la una no impide á la otra. María de los Angeles será para las noches de hospital y Denise para las tardes de salida... Cada una tiene sus encantos particulares. ¿Por qué la posesión de Denise ha de impedirme amar y procurar poseer á María de los Angeles?...

Había llegado al acuartelamiento. La llamada de su nombre por el cabo de sala puso fin á su monólogo: Contestó: ¡presente! y subió pronto al

1.º Febricitantes para ver si el número 6 había muerto.

Mientras Santa Clara se divertía en brazos de Denise, una escena terrible perturbaba la sala del 1.º Febricitantes.

Después de dos horas de tranquilidad durante las cuales el capellán del hospital, señor Lanceste, hombre de genio alegre, le había confesado cuidadosamente, el número 6 se puso en pie repentinamente sobre su cama y comenzó á lanzar gritos roncós, ahogados, luego cayó de nuevo y pareció amodorrarse. Dupont, el enfermero de guardia, se le aproximó, no viendo de momento más que dos grandes ojos muy abiertos que miraban fijamente á lo lejos en el misterio con una espantosa fijeza: Dupont se inclinó sobre el enfermo y murmuró:

—¿Qué tal, está mejor?

Los grandes ojos se volvieron lentamente hacia él, y con voz opaca y entrecortada de hipo, el enfermo contestó:

—¡Oh, sí, mucho mejor!... ya estoy bueno...

—Entonces, duerma usted.

—Sí...

Pero los ojos permanecieron abiertos, inmensos, en aquella cara enflaquecida y aniñada, como llenos del vasto y misterioso más allá.

De repente, haciendo un esfuerzo, el enfermo se levantó de nuevo para caer otra vez gritando:

—¡Uno, dos! ¡uno, dos!

Los ojos continuaron abiertos y sus labios morados se entreabrieron para contar cadenciosamente el paso acelerado...

—¡Vamos, duerma usted!—dijo Dupont.

Pero el enfermo continuó delirando; su voz ronca aumentaba á medida que la respiración se hacía más ruidosa y más difícil; en vano Dupont trataba de distraer el pensamiento del moribundo que continuaba contando sin cesar, como en una marcha de compañía perfecta.

Pero á los terribles gritos de aquella voz cascada, en la inmensa sala obscura algunos enfermos se despertaron. Se quejaban de no poder dormir.

—¡Enfermero, hacedlo callar!
—¡Qué animal! ¡basta! ¡déjanos tranquilos!
—¡No véis,—decía otro de corazón más sensible,
—que este infeliz está perdiendo la piel! no es culpa
suya si grita.

Pero con ese egoísmo natural en el hombre y que desarrolla la vida de regimiento, muchos replicaban:

—¡Basta! ¡nos aburre!
¡Qué reviente y que nos deje en paz!

Algunas formas blancas se alzaban en las camas, viéronse brazos que gesticulaban en la semi-obscuridad. Impasible Dupont, no contestó á nadie y no trató ya de hacer callar al número 6, quien seguía gritando con aquella voz siniestra:

—Uno, dos, tres, cuatro...

Toda la sala estaba furiosa. Arrancados tan desagradablemente á su sueño, los enfermos no escuchaban los consejos de algunos compañeros de corazón sensible, enternecidos por la próxima muerte del número 6, cabo del 268 de línea, que casi todos conocían.

Sin embargo, aquella repetición lúgubre de los números parecía no acabar nunca y Dupont mismo comenzaba á impacientarse. El moribundo estaba en el 48. A los 50, á pesar de su repugnancia, el ordenanza gritó muy fuerte:

—¡Alto ahí! cabo; ya no hay más...

—¿Ya... no hay... más?...

—¡No, no hay más cifras, no hay más números, todo acaba á los cincuenta!

Los grandes ojos se desviaron, miraron al techo con extravío y los labios morados se abrieron de nuevo:

—¿No hay más... entonces .. empiezo de nuevo...
Uno... dos.. tres... cuatro...

Era una desesperación. De todas las camas salían imprecaciones, maldiciones, burlas groseras, y estalló una estrepitosa carcajada cuando el cabo, al llegar de nuevo á cincuenta cambió de tema y ordenó:

—Por el flanco derecho, por fila izquierda...
¡Marchen!

—¡Oh, oh!—grita uno;—no estás enseñando el ejercicio, amigo! ¡procura dejarnos tranquilos!

Pero las voces de mando continuaban entre dos estertores:

—Cambio de dirección á izquierda... ¡marchen! A tres pasos, abren!...

El desgraciado se creía en la escuela de escuadra: las invectivas de los demás enfermos no conseguían ahogar su voz irritante. Entonces Dupont corrió á avisar á la hermana María de los Angeles, quien siguió al enfermero.

—¿Dice usted que está muy malo?

—Sí, hermana mía.

—¿Respira difícilmente?

—Sí, hermana mía.

—Vamos en seguida...

Penetraron en la sala; el chis-chas de su rosario cargado de medallas de cobre hizo callar á los descontentos. Sólo el número 6 continuaba gritando:

—Estrechad las filas, ¡vive Dios!... ¡marcad el pasol!... Dos días de arresto... Paso acelerado... ¡marchen!

Su voz se hacía por momentos más ronca, su respiración más difícil; frecuente hipo le interrumpía.

La hermana encendió la bujía y la aproximó á la cara del moribundo; la linda cabeza, blanca y sonrosada bajo las grandes alas, se inclinó sobre la cara contraída del cabo, murmurando:

—¡Dios mío, tened piedad de él!...

Arrodillada, empezó con voz dulce la plegaria de los agonizantes. Dupont permanecía en pie cerca de la cama con la cabeza descubierta.

Los ojos se ensancharon aún más, empañados ahora por un atroz pavor; ¿qué terrible misterio vería en la nada?

Como era más frecuente el hipo, se debilitaba cada vez más. Los mandatos militares se espaciaban con largos silencios en que no se oía más que la respiración oprimida, ruidosa y seca...

—Por el flanco izquierdo. . ¡Marchen! Arma al hombro...

Resonó un ruido extraño... Los ojos se desencajaron horriblemente, toda la faz se contrajo... El moribundo levantó la cabeza gritando con esfuerzo:

—¡Adelante... marchen!... ¡Ah!... ¡Ah!... Escua... Escua... alto!...

Su cabeza cayó pesadamente.

La hermana hizo la señal de la cruz, se levantó y dijo en voz baja:

—Ha muerto...

Y su delicada mano pesó sobre los párpados. La cara del cabo estaba tan blanca como aquella mano; los rasgos contraídos se aflojaron expresando una grave placidez.

Tranquilamente la hermana extendió la sábana sobre la cabeza del muerto, tomó su farol, su bujía...

—Buenas noches, enfermero, haga usted lo que sea necesario...

Y se fué con paso rápido entre el vuelo de las alas blancas de su blanca toca y el chis-chas de las medallas de su rosario...

Pero la puerta se abrió con estrépito, y á la luz de un farol que traía Santa Clara apareció una mujer pálida y desencajada. Dirigió miradas enloquecidas á toda la sala; viendo á la hermana corrió á ella, le tomó la mano y dijo con voz angustiada:

—¡Hermana mía! ¿dónde está mi hijo?... ¿qué se ha hecho de mi hijo?

La hermana se volvió lentamente y levantó un brazo indicando la cama donde brillaba una bujía...

La madre dió un grito:

—¡Ah!... ¡muerto!

Se precipitó y cayó sollozando sobre el número 6.

Santa Clara la siguió, y sintiéndole cerca de sí, exclamó sollozando.

¡Muerto, señor; está muerto?...

Santa Clara, que miraba la puerta por donde María de los Angeles acababa de salir, se volvió conmovido y con voz sorda de tristeza murmuró:

—¡Sí, señora; muerto por la Patria! (1)

(1) No deja de tener todos los caracteres de un sarcasmo la contestación de Santa Clara, pues bien sabía él que el número 6 murió por la ausencia de todo sentimiento que se observa en los hospitales, tan bien retratados por el autor.

—*N. de la T.*

IV

El envilecimiento

Después de los acontecimientos que hicieron ver á Juan de Santa Clara lo que era la existencia de un enfermero de visita, durante todo el invierno el hospital militar de Port-Vendres no fué teatro de más incidentes que los ordinarios. En el 1.º y 2.º Febricitantes, en los Venéreos y en los Heridos se vió morir por término medio un enfermo cada dos días, ó más bien, cada dos noches, pues á causa de la ausencia de médico, las defunciones eran mucho más frecuentes de noche que de día. Los meses de enero, febrero y marzo pasaron lentamente ocupados en la fastidiosa labor diaria. Colonna vió uno de sus poemas publicados en *El Faro Poético*; Santa Clara dió inyecciones, puso y escarificó ventosas, observó temperaturas, analizó orinas y distribuyó alimentos y medicamentos. Pronto se acostumbró á esos trabajos, llegando poco á poco á hacerlos maquinalmente como todo el mundo, sin interés, aunque con el cuidado indispensable para que no pudiese acusársele de «negligencia culpable en el servicio.»

Y su corazón, como el corazón de todos los enfermeros, se cerró á los sufrimientos ajenos y se endureció é insensibilizó. Sus dedos no temblaban ya al cerrar los párpados de los muertos; ¡cerraba tantos ojos vidriosos y fríos! Le faltaba el tiempo necesario para la ejecución exacta, completa y concienzuda de las prescripciones y escuchaba cada día con más favorable predisposición los consejos de Colonna, de Caillotte y de Máximo. «Se acostumbra uno á ver hacer el mal y á dejarlo pasar, dice Balzac en *Esplendores y Miserias de las Cortesanas*; se empieza por aprobarlo, se concluye por cometerlo.» Santa Clara se deslizó con rapidez por la pendiente

de la abdicación de toda dignidad. Para no ser castigado y demostrar que estaba «á la altura» de su misión, para vivir tranquilo y gozar lo más posible de horas agradables en el gabinete de visita, dejó desarrollar su egoísmo en detrimento de su honradez. De vez en cuando, en un momento de lucidez, prometíase resistir; pero los malos fermentos adormecidos en el corazón del hombre, malos fermentos despertados en él por el medio en que vivía, le empujaron y engrandeciéronse constituyendo una especie de vegetación salvaje y frondosa, que ahogaron las flores delicadas de los sentimientos generosos, y Santa Clara fué al fin un enfermero «modelo,» para emplear la expresión consagrada.

Indigna y conscientemente cometió aquellas irregularidades que con frecuencia se convierten en crímenes. Para tener su desayuno de la mañana, como Colonna, extrajo un tazón de café con leche de las raciones destinadas á los enfermos. Para beber, después de la comida de las once, el vaso de alcohol, que alegra la sangre, puso de lado un poco de las pociones de Todd prescritas en la sala y que tienen un gusto de *scherry-brandy*. Para abrir el apetito, sustrajo pociones de quina, y para satisfacer su estómago, descontó de lo ordinario, vigiló la distribución de los alimentos en la sala, é hizo que un tazón de caldo, una tajada de carne asada, una ración de verduras y legumbres ó un plato de excelentes macarrones fuesen extraídos y encerrados en el armario del gabinete de visita. Colonna, Cailotte, Máximo, Drouet enfermero del 2.º Febricitantes, Gloriot sargento enfermero-mayor de la misma división, Dufan sargento enfermero-mayor de los Venéreos, Patenne su enfermero de visita, Janteau de la Farmacia, todos los enfermeros de visita, todos los graduados practicaban diestramente esas raterías que llegaban á considerar como legítimas. ¡Puesto que los enfermos daban tanto trabajo á los enfermeros y eran causa de frecuentes castigos, les parecía justo ser indemnizado por los mismos enfermos!...

Y Santa Clara aprendió y cometió todas las negligencias sabiamente ocultas bajo un celo aparente, todas las faltas prudentemente disimuladas. Supo,

como los otros, manejarse para tener por la tarde dos ó tres horas de recreo. Para ello adoptaba la artimaña de establecer un término medio en la toma de temperaturas y en el análisis de las orinas; «pintó» las inyecciones hipodérmicas que exigen cuidados y tiempo: una simple picadura de alfiler en el muslo mientras dormía el enfermo ó estaba adormorado, un pegote de algodón empapado en colodión sobre la picadura y todo quedaba arreglado! Perdió su escalpelo de escarificación, y para evitar el trabajo de contabilidad que pide la substitución de ese instrumento y para no ser castigado por su pérdida, sin motivo admisible, no lo declaró y escarificó las ventosas con la navaja con que Colonna y él mismo se afeitaban. Y acabó por abandonar toda antisepsia, porque «asepsia y antisepsia, decía Colonna, son invenciones que no nos dejarían un minuto de libertad.» Verdad es que los enfermeros tenían buenas razones para burlarse de la antisepsia. En el 2.º Febricitantes el mayor Corsoli usaba de un rigor feroz: exigía de su enfermero Drouet un respeto á la asepsia que venía á ser una verdadera manía. Antes de la menor inyección, antes de escarificar la más pequeña ventosa, de aplicar el más infimo vejigatorio, Drouet había de lavar con sublimado la parte del cuerpo interesada, después con agua bórica, luego frotarla con una muñeca de algodón empapado en éter. Su escalpelo, sus agujas de Pravaz estaban conservadas en frascos llenos de sublimado; sus materiales de curación, cuidadosamente arrollados y envueltos en papel glaseado, se guardaban en botes de hoja de lata herméticamente cerrados. Antes de toda operación, el enfermero debía lavarse las manos con jabón, después remojarlas en el eterno sublimado y durante la operación habían de conservarse todavía húmedas.

Pero con todas esas precauciones, Drouet no daba tres inyecciones sin provocar al menos un absceso, y su lujo antiséptico tenía las mismas consecuencias que la más negligente de las suciedades. Corsoli castigaba á Drouet. Drouet asepsizaba á más y mejor y los abscesos florecían cada vez más. Todos los enfermeros del hospital reíanse de ello y desdeñaban

la antisepsia. La ironía de la casualidad les daba razón, pues los abscesos eran raros en los Heridos, poco frecuentes en los Venéreos y en el 1.º Febricitantes jamás se habían visto!...

Tres meses después de su llegada á Port-Vendres, Santa Clara sólo se distinguía de sus brutales camaradas en que tenía más elegancia, más corrección en el lenguaje y más erudición en el cerebro. Había resultado tan diestramente un *vivo*, que no solamente tenía cada medio día tres horas de libertad, sino que aun iba todas las noches á la población, á menos que estuviese de guardia, lo que le obligaba entonces á no salir, porque un enfermero de visita no podía hacerse reemplazar con dinero como lo hacían los enfermeros de explotación.

Fuera del hospital veía regularmente á Denise, quien había concluído por instalarse en el cuarto de Santa Clara, y á la cual destinaba doscientos francos cada mes para la mesa y el tocador. Aquella muchacha resultó muy pronto una excelente querida, bestia de placer y perfectamente complaciente, que satisfacía la sensualidad del joven, á quien el régimen substancial del hospital y su regularidad de existencia, sin grandes preocupaciones intelectuales, hacían exigente en voluptuosidades amorosas.

Pero si los apetitos de su cuerpo encontraban en Denise un alimento suficiente, su vanidad de varón afortunado no estaba satisfecho en sus deseos de amor caro, pues la hermana María de los Angeles permanecía inviolable, aun después de haberle confesado su loco amor una noche que estaban los dos de guardia. El servicio, tanto como su voluntad, les había puesto uno frente á otro en uno de los cuartos habilitados en el largo corredor que une la sala del 1.º Febricitantes á la división de los Oficiales. La hermana lloró de amor, de vergüenza y de alegría ante una cama en que acababa de morir un hombre... Y él, á dos pasos del cadáver, no intentó poseerla en el único momento en que tal vez ella no se hubiera defendido. Después se veían con frecuencia en secreto día y noche, en los cuartos desocupados ó en el fondo del jardín, por la noche detrás del anfiteatro. Mas siempre la encontraba á la defensiva, deci-

dida á permanecer en un amor platónico, amenazando con gritar á la menor tentativa. Y él, á quien la vida militar le había hecho miedoso, no intentaba nada temiendo ser descubierto y enviado á una sección de Africa. He ahí la prueba patente del cambio profundo que Santa Clara había sufrido en el hospital. ¡Para que joven tan amado de las parisienses engañosas, el psicólogo de sus novelas vacilase en poseer una mujer que le ha confesado su amor, para que creyese en las amenazas de llamar ó de denunciarlo es necesario que estuviese muy degenerado, muy comprimido y muy acobardado! Y este amor, sin resultado le producía una rabia sorda. María de los Angeles le gustaba; él la quería tanto como se puede querer cuando mil consideraciones extrañas al amor hacen que se vaya hacia una mujer. Además, ella era para él el fruto eternamente prohibido, cuyo sabor se perfumaba violentamente de sacrilegio. ¡Ah! ¡poseer una hermana de la caridad! ¡enseñarle el amor, sus refinamientos y sus perversiones! ¡arrebatar aquella alma pura y aquel cuerpo virginal al Jesús celoso! ¡Qué excitante para Santa Clara, que había conservado de su antigua fe religiosa un muy profundo misticismo y que buscaba los amores raros por vanidad, por diletantismo y por curiosidad!... Sin contar que la hermana María de los Angeles amaba, suspiraba, lloraba, devolvía con pasión los besos que le daba Santa Clara, pero no se entregaba.

Otras de las causas que obligaban además al enfermero á sufrir el rigor muy natural de la hermana María de los Angeles, provenían del mismo origen que las que habían insensibilizado su corazón y deformado sus sentimientos: el medio en que vivía no era solamente indiferente y cruel á las miserias de los otros, egoísta y vil; era también vicioso. Vicio anormal, muy á propósito para impulsar á Juan de Santa Clara á seducir á una mujer de las prohibidas.

Era notorio que Máximo encontraba cerca del oficial de administración de 2.^a clase, Dulaurier, jefe de la oficina de entradas y salidas una indulgencia más que afectuosa y una protección en todos los

instantes. Nadie ignoraba que las noches que Dulaurier estaba de guardia en el hospital, Máximo no dormía en el acuartelamiento, por tanto no se le anotaba la falta en las listas de llamada del oficial. Además, Máximo, era huérfano y pobre, sin embargo, siempre tenía dinero. En fin, una noche, haciendo una ronda el enfermero Caillotte, pasó por delante del cuarto del oficial y tuvo la curiosidad de mirar por el agujero de la cerradura. Probablemente vería cosas muy interesantes, porque al día siguiente, cada vez que se encontraban los enfermeros cambiaban alguna chanza en obsequio á Dulaurier y á Máximo. En medio del patio, después de la información del medio día, Caillotte mismo osó gritar á Colonna:

—¡Eh! ¿sabes que Máximo no es huérfano como se creía: tiene una tía!...

Con su indiferencia viciosa de pilluelo parisién, el mismo Máximo se adelantó á las insinuaciones, las desafió; y cuando se probó que Dulaurier «le protegía», él mismo se alababa de ello y amenazó con castigar á los que le molestasen. Al fin se le tuvo miedo y se le dejó tranquilo.


Desde entonces, fijado, reconocido, respetado y como estampillado su vicio pasó por una de tantas astucias que le ponían al abrigo de los castigos distribuidos pródigamente por «aquel rocín de Dulaurier». ¿Fué el contagio del ejemplo ó un segundo caso de inmoralidad natural despertada por un precedente?... Es el caso que una noche Colonna sorprendió á Caillotte en la cama número 16 del 1.º Febricitantes en compañía de un húsar atacado de bronquitis ligera, guapo muchacho, con rostro y manos de damisela y al que altas protecciones hacían hospitalizar durante tres meses cuando su enfermedad exigía apenas quince días de cuidados. Colonna no denunció á Caillotte, que era su amigo. No despertó al hombre de guardia que dormía á un lado ni encendió la lamparilla y no habló de su descubrimiento más que á Santa Clara, y aún pasado algún tiempo. Cuando Santa Clara llegó al hospital el húsar bonito había salido, pero gracias á la indiscreción de un hombre de guardia, todo el mundo sabía que el número 8 del 2.º Febricitantes, un cazador de caballe-

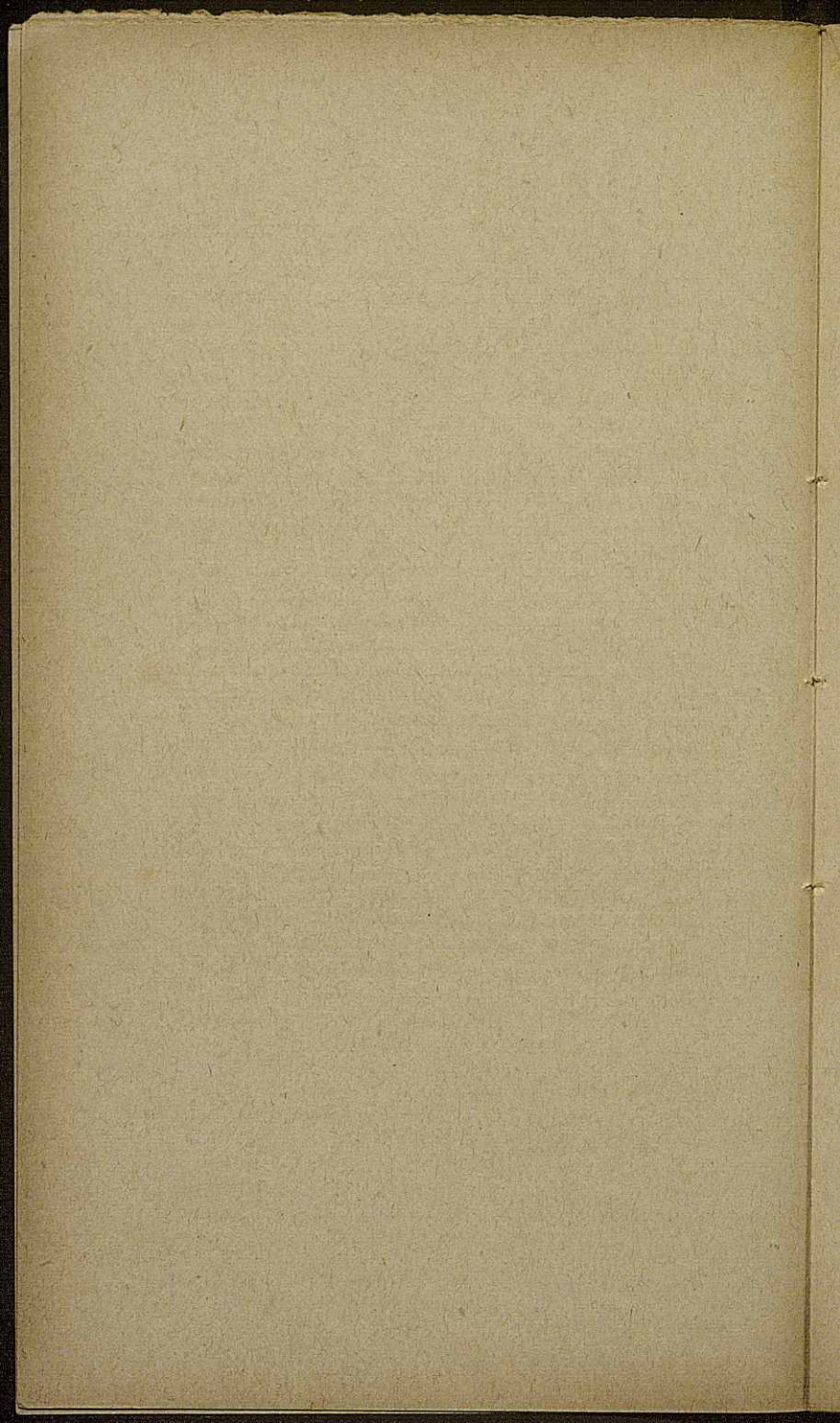
ría era quien ahora distraía los ocios del enfermero Caillotte.

Estos hechos escandalosos, y que no producían escándalo, constituían la comidilla de todas las conversaciones en las horas de descanso. Bien pronto el número de los tales aumentó, sobre todo entre los soldados con frecuencia castigados. A veces permanecían dos meses sin ir á la población y aprovechaban la promiscuidad forzosa de la sala de castigo para satisfacer entre ellos la necesidad de mujer. Juan de Santa Clara oía hablar de todo ésto; de momento le produjo una gran vergüenza, después, como los demás, tomó el partido de reirse, y llegó á serle indiferente.

Entre tanto el cabo salía con frecuencia del hospital y podía hacer y hacía numerosas conquistas entre las niñeras y nodrizas de Port-Vendres. Por su parte Santa Clara se contentaba con Denise. Pero el vicio que triunfaba á su alrededor influía tanto como era posible en sus amores, es decir, le hacía desear de antemano la posesión anormal, y peligrosa si se descubría, de una hermana de la caridad. Así, perseguía sin cesar á María de los Angeles, quien oscilando entre el amor real y sus votos de castidad hechos con la sinceridad de un alma pura, pensando que el amor puede existir sin el pecado, resistía, sin embargo, y si había prestado sus labios y sus manos á los besos de Juan, no le había permitido traspasar la bñrrera sagrada del hábito religioso.

Tal era el estado moral de Juan de Santa Clara á mediados de Abril de 1895, cuatro meses después de su entrada en el hospital militar de Port-Vendres.





LIBRO SEGUNDO

I

La marcha á la muerte

El 18 de abril, el señor Taglebatt partió con cinco semanas de licencia. Las divisiones del 1.º Febricitantes y de los Oficiales se confiaron á los cuidados del médico principal de 2.ª clase señor Corsoli, quien acumuló esas nuevas funciones con las de médico-tratante del 2. Febricitantes. No había recuerdo de que jamás fueran tan felices los enfermeros ni tan desgraciados los enfermos como durante aquellas cinco semanas. En efecto, el principal afectaba no ocuparse más que á la fuerza de su nuevo servicio. Reservó toda su solicitud, como antes, hacia la división del 2.º Febricitantes. No ejerció casi ninguna vigilancia en el piso de abajo ni en el resto del hospital; los enfermeros hicieron lo que se les antojaba. No faltaba más para acabar con la sensibilidad de Santa Clara. Otro elemento de desmoralización se unió aún á la falta de vigilancia en las salas de los enfermos, consistente en la severidad excesiva del oficial Dulaurier en la parte de servicio puramente militar á que estaban sujetos los enfermeros de explotación, los de visita y los graduados. Además de los instrumentos de medicina, los soldados empleados en un hospital militar tienen armas y bagajes, como los demás soldados, y se les somete al ejercicio, dos horas diarias, en el patio del hospital; donde sufren dos revistas de conjunto y de detalle—armas, ropa y paquetaje,—que es lo más fastidioso y absorbente del servicio militar. Con los cuidados á los enfermos compiten fusil, bayoneta, ropa, efectos de equipo

inútiles, que es preciso manejar, limpiar vigilar, conservar: cargas tan propensas á provocar castigos, que ningún enfermero titubea en abandonar un enfermo para dar un frote á su fusil ó una última cepillada á su correa, á fin de presentarlo todo bien limpio y reluciente á la revista semanal y evitar así cuatro ú ocho días de arresto.

Estas obligaciones militares ocupaban al enfermero en detrimento del servicio de las salas de enfermos, y bien inútilmente, puesto que en tiempo de guerra los enfermeros no están armados. ¿Entonces, para qué el fusil, la bayoneta y todo el trabajo que trae consigo el manejo y conservación de estas armas?

En Port-Vendres el servicio militar del hospital no tenía exigencias rigurosas. Pero de momento el oficial Dulaurier, que estaba especialmente encargado de esto, despertó de su apatía, y los ejercicios y las revistas se multiplicaron, y aumentaron los castigos con una rapidez espantosa. Este furor inesperado del oficial provenía de que una noche, estando de guardia, sorprendió la conversación de dos enfermeros, en la que él mismo y Máximo quedaban muy mal parados. Entonces sacó las uñas; Colonna, Caillotte, Santa Clara y el sargento Gloriol fueron severamente castigados por «haber presentado en una revista su fusil en un estado de suciedad manifiesta». Durante ocho días la sala de castigo rebosó de hombres y se llegó á encerrar muchos en un cuarto de la división de los detenidos. Un soplo de terror pasó por el hospital, del cual fueron principalmente víctimas los enfermos. Los enfermeros aprovechaban cualquier cuarto de hora de no vigilancia para correr al acuartelamiento, donde á más y mejor limpiaban fusiles y bayonetas, daban lustre á las correas, cosían los botones, remendaban chaquetas, pantalones, calzoncillos y camisas, mientras los enfermos se morían de abandono.

Bajo el gobierno del señor Taglebatt, tal estado de cosas habría sido imposible, puesto que hubiera reprendido fuertemente á Dulaurier por su exceso de celo. Pero el señor Corsoli dejaba hacer, y aparte del servicio antiséptico de su división, no veía nada ni de nada se enteraba.

Al cabo de quince días, el amigo de Máximo se calmó, aparte de que le habría sido difícil castigar más tiempo, ya que todos los efectos militares relucían como soles, estaban limpios como el agua pura de un manantial, y en tan buen estado como un objeto nuevo en el escaparate de un bazar. En el ejercicio se maniobraba con una precisión y un conjunto capaz de dejar estupefacto de admiración á un sargento instructor de la antigua guardia. Pero el término medio de las defunciones había aumentado. Más de ciento cincuenta enfermeros de los doscientos estaban castigados y privados de salir en un mes. En las salas se había tomado la costumbre de hacer precipitadamente todas las cosas, y de dar menos importancia á la agravación del estado de un enfermo que á la aparición de una mancha de moho en el cañón de un fusil ó en la guarnición de una bayoneta.

En el 1.º Febricitantes, en tanto que el señor Corsoli reinó allí sin gobernar, el desbarajuste fué completo. Habíase empezado por una negligencia nacida de las obligaciones militares impuestas por el señor Dulaurier, continuóse por escenas de una inverosímil inconsciencia y se terminó por un drama. El señor Corsoli representó en él el infame papel de Esther matando sin querer al padre Goriot, con la diferencia que Esther había sido impulsada en su conducta por grandes pasiones, mientras que el señor Corsoli no obedecía más que á su necedad y á su crueldad.

El 5 de Mayo, á las dos de la tarde, Santa Clara y Colonna leían y fumaban en su gabinete, cuando Máximo entró precipitadamente.

—¡Traen un oficial enfermo,—les gritó;—venid pronto, el principal está allí!

Tiraron los libros en un cajón, las pipas en una caja de hoja de lata especialmente reservada para este uso, y, arreglándose el vestido, corrieron á la división de los Oficiales, siguiendo á Máximo, que les guiaba hacia el cuarto número 7. Allí encontraron al señor Corsoli, la hermana Angela, dos angarilleros y en la cama desvanecido un teniente de infantería en uniforme.

—Santa Clara,—dijo el principal,—este teniente es sifilítico en tercer grado... Debe usted reanimarlo

por todos los medios: inhalaciones de éter, golpes con una servilleta mojada, bofetadas. Quizá cuando se reanime sufra crisis de furor epiléptico. ¡Cuidado que pueda herirse! ¿Tienen una camisa de fuerza?

—Sí, señor mayor.

—Sírvese usted de ella si es absolutamente necesario. Dieta absoluta. Mañana á la visita lo examinaré y prescribiré entonces un tratamiento. Buenos días, hermana.

El principal y sor Angela salieron, dejando á Máximo, Santa Clara y Colonna delante del oficial desvanecido. Cuando dejó de oirse el ruido de los pasos, Colonna cerró la puerta y se plantó con las manos sobre las caderas á dos pasos del teniente. Las blancas cortinas de la ventana estaban abiertas. El sol entraba en dos grandes rayos paralelos que daban luz violentamente á la cama. La cabeza del oficial se destacaba con la luz: cabeza fina, de líneas aristocráticas, enflaquecido por los sufrimientos que el joven debía haber pasado desde muchos años por no revelar su horrible enfermedad: vergüenza reprensible, que le ponía hoy en un estado deplorable. Colonna no se hizo estas reflexiones; la cara demacrada del teniente no le inspiró más que dos palabras:

—¡Pobre hombre!

—Sifilítico en tercer grado,—dijo Máximo,—pues está podrido hasta la coronilla.

—Podrido ó no,—dijo á su vez Santa Clara,—es preciso reanimarlo. Ante todo lo desnudaremos.

Con viveza y sin ninguna precaución, con demostraciones de repugnancia, los tres hombres desnudaron el pobre cuerpo roído por aquel terrible mal: estaba horriblemente demacrado y blanco; manchas rojas marcaban el pecho, y en la ingle, los ganglios hinchados, negros, tenían un aspecto repulsivo de cosa mónstruosa.

—Corsoli va á hacer uso del bisturí,—dijo Santa Clara.—¡Vamos, á trabajar! Máximo, dame una servilleta mojada.

—¡Aquí está... y pega fuerte! se te relevará cuando te canses... Cabo, ¿un cigarrillo?...

Y el parisién tendió á Colonna una lujosa petaca llena de cigarrillos de tabaco turco.

Se sentaron al pie de la cama, encendieron los cigarrillos y miraron al enfermero, quien, ora con una mano, ora con otra, azotaba con la servilleta mojada la cabeza inerte del teniente. Cuando se cansó Santa Clara, le reemplazó Colonna, después Máximo. Pero el oficial permanecía desvanecido. Se le hizo respirar éter; ni siquiera se estremeció.

—¡Abofeteémosle!—dijo Colonna,—eso es más fácil.

Se instaló cómodamente y con fuerza rítmica, aplicó bofetadas en la mejilla izquierda del enfermo contando:

—Una, dos, tres, cuatro...

A cincuenta se detuvo y Máximo abofeteó la mejilla derecha.

El oficial continuaba desvanecido.

Entonces se miraron unos á otros, y, excitándose con el juego, reían á carcajadas entremezclando las risas y bofetadas con palabras groseras é insultos. Injuriando—por orden—un oficial en síncope, aquellos soldados se consolaban del pesar de obedecer á otros oficiales.

Pero ni bofetadas, ni risas, ni insultos, reanimaban al teniente.

Lauristón, que pasaba por el corredor, oyó la batahola y entró; después de éste entró Caillote, que venía de ver á su «protector» del 2.º Febricitantes. Se unieron á los tres camaradas y abofetearon también al teniente. Se le pegó entonces en todo el cuerpo, primero con burlas, después con una especie de rabia contra aquella masa inerte. Y la escena vino á ser innoble; orgía de risas, de gritos, de bofetadas y de insultos. Pero los alaridos de júbilo y de risa subieron de punto cuando el teniente, en no se sabe qué sueño amoroso movió los labios y envió besos ruidosos, innumerables, con una contracción cómica de toda su cara.

—¡Una mujer! ¡una mujer!—gritó Colonna,—pide una mujer.

—¡Que vaya Máximo!—dijo con sarcasmo Santa Clara.

—¡Usted dispense! cedo el puesto á Caillote, que es mi superior!—contestó el astuto parisién.

No se abofeteó más; se destornillaban de risa ante aquellos labios flácidos que despedían besos.

De pronto el teniente se estremeció, abrió los ojos y, movido por una brusca tensión de nervios, se sentó.

Viendo aquellos cinco hombres apoyados á la pared, sentados á caballo en las sillas ó sobre la mesa de noche y riendo á carcajadas, el oficial permaneció un momento pasmado. Las risas se calmaron, y el enfermo, comprendiendo lo que pasaba á su alrededor, exclamó:

—¡Ah, tunantes!

Peró muy pronto, sobrecogido por un ataque de nervios, dió un salto y quedó extendido en el suelo.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Colonna,—¡atención!

El oficial echaba espuma por la boca. Sus párpados desencajados no dejaban ver más que las escleróticas vidriosas. Los enfermeros cogieron el cuerpo sacudido por horribles estremecimientos y lo echaron en la cama. Esperaban el final de la crisis cuando Santa Clara gritó:

—¡He olvidado el número 10!

—¿El del divieso en la oreja?—dijo Colonna.

—Sí. Y son las tres; va á pasar la contra-visita.

—No hay quien nos quite ocho días de arresto; dejemos éste y vamos pronto á dar la inyección al otro.

—¡Pero yo no puedo aguantarlo solo!—protestó Máximo.

—Y yo me voy,—dijo Caillotte;—he de preparar un macabeo para la autopsia.

—Yo también me voy,—dijo Lauristón;—he de fregar noventa platos.

Todos se miraron perplejos.

—¡Pues bien! ¡trae la camisa de fuerza, Máximo!

—ordenó secamente Santa Clara.

Diez minutos después el teniente estaba sólidamente atado con la terrible camisa, sujeto por fuertes correas á los hierros de la cama.

—Ahora,—dijo Colonna,—vamos á cuidar el 10. ¡Hasta luego, Caillotte!

—¡Hasta luego, amigos!

Y abandonaron al teniente, cuyos nervios se vieron obligados á calmarse.

El cuarto del número 10 estaba ocupado por un viejo capitán de dragones, que padecía un forúnculo en el fondo de la oreja izquierda. A la visita de la mañana, Corsoli había prescrito lavado de agua bórica tibia, después con una infusión de adormidera. Y como para ello se necesitaba una jeringa hidrocele, el enfermero y Colonna fueron á buscarla en su gabinete y en la sala, y no pudieron encontrarla. El tiempo pasaba; el reloj del patio interior dió las dos y media, Corsoli llegaría pronto para la contra-visita y querría probablemente ver al capitán. Si no encontraba sus prescripciones ejecutadas les infligiría, al menos, ocho días de castigo al enfermero y á Colonna, á quien le faltaban todavía cumplir treinta y cuatro horas de los cuarenta que por diversos motivos le había impuesto el señor Dulaurier.

—¡Oh! ¿Cómo me arreglaré si no encuentro la jeringa?

Registraban los cajones, trastornaban los armarios, se golpeaban la frente, locos, desesperados, temiendo que el señor Corsoli, por poco que estuviese de mal humor, les colgaría algunos días de arresto. De pronto Colonna dió un grito.

—¿La ha encontrado usted?—preguntó Santa Clara.

—¡No, pero tengo una cosa que puede servir de jeringa hidrocele!

Y Colonna mostraba triunfalmente una especie de jeringa pequeña de cristal, amarilla, sucia todavía de permanganato y de que él se servía asiduamente hacía ocho días «para hacer volver atrás, decía, una antigua blenorragia que algunas veces trataba de sacar la nariz á la ventana»—«Una nariz gotosa!»—añadía Santa Clara.

—¡Ya está!—dijo el cabo al enfermero sorprendido.—¡Mucha atención, señores! Tomamos delicadamente entre el pulgar y el índice nuestra elegante jeringa provisionalmente hidrocele... La introducimos hasta los tres cuartos de su longitud en un tubo de caucho tomado del termocauterio... Tendremos buen cuidado de dejar libre el atacador... En seguida,

apretando con precaución la cánula, le adaptamos exactamente al otro cabo del tubo... Y la operación, señores, es de las más sencillas... ¡Escúchenme bien! Mientras que un enfermero introducirá el pico de la cánula en la oreja del paciente, un segundo enfermero empujará el atacador, y el líquido contenido en la jeringa pasará lo más natural del mundo al tubo de caucho, adquiriendo en la cánula una fuerza de propulsión considerable y se extenderá en seguida en la oreja del paciente... ¿Qué les parece, señores?...

Colonna, que había obrado tal como decía en la primera parte de este discurso burlesco, cambió de tono y dijo:

—¿Viene usted?

—¡Pero,—observó Santa Clara riendo,—no ha puësto usted nada en la jeringa!

—Es verdad; ¿qué ha de ponerse?

—Agua bórica, primero; después infusión de adormidera.

—¡Aquí está el agua bórica!

Y Colonna sacó un frasco del armario.

—En cuanto á la infusión de adormidera, no tenemos tiempo de hacerla, pues yo no tengo adormideras aquí... Esa infusión es de un blanco ligeramente lechoso; un poco de agua de jabón la reemplazará con ventaja...

Llenó un vaso de agua clara y agitó allí un pedazo de jabón. Cuando el agua estuvo bastante blanca, dijo:

—¿Viene usted?

—¡Vamos!

Y los dos enfermeros se dirigieron á la división de los Oficiales.

El capitán de dragones, un buen viejo que iba á pedir el retiro, se extrañó de que no se le hubiese curado antes.

—¡Ah! mi capitán,—contestó Santa Clara,—hoy hemos estado cargados de trabajo... Además el principal no había prescrito hora exacta para el lavado de la oreja.

Y muy serios el cabo y el enfermero echaron en la oreja del buen hombre, mediante una jeringa de blenorragia, agua bórica primero, después agua con

jabón, que bautizaron pomposamente con el nombre de infusión fuerte de adormidera. Por prudencia, Santa Clara absorbía el líquido que caía sobre la mejilla del enfermo con una muñeca de algodón, y como éste se admirara de la forma inusitada del instrumento, Colonna contestó con la mayor gravedad:

—Es una jeringa de reciente invención, perfeccionada por un enfermero de los hospitales; el tubo de caucho es mucho más fácil de aseptizar que la jeringa vulgar de hoja de lata.

Terminada la operación, los dos enfermeros volvieron á su gabinete, riéndose de aquella infamia que podía convertir en grave el anodino divieso del oficial.

Acababan apenas de desmontar el instrumento de su invención, cuando Máximo les anunció la contra-visita. A toda prisa se fueron á la sala, llegando al mismo tiempo que el señor Corsoli. Ningún nuevo enfermo había entrado aquel día, ningún incidente amenizó la contra-visita, que por este hecho, no tuvo lugar realmente. Antes de marchar, Corsoli se informó del capitán del divieso:

—¿Le han hecho ustedes los lavados prescritos?

—Sí, señor mayor.

—Con la infusión de adormidera ¿verdad?

—Sí, señor mayor.

—Pues bien, ya le veré mañana.

Al día siguiente el señor Corsoli visitó á los oficiales antes de pasar á la sala. Examinó la oreja del capitán y dijo:

—Mejoría, aunque muy leve, el mismo tratamiento por hoy... Un poco más débil la infusión de adormidera, ¿entendido?... Vamos á ver el número 7.

A estas últimas palabras, Santa Clara palideció. El número 7 era el teniente sifilítico, y el enfermero se había olvidado de quitarle la camisa de fuerza por la noche antes de ir á acostarse á la sala de castigo. Colonna se acordó también y miró á Santa Clara.

—Nos hemos ganado ocho días de arresto,—susurró á la oreja del enfermero;—y puede que Taglebatt los triplique cuando regrese!...

Nunca se había encontrado Santa Clara en situación tan penosa. Sus piernas temblaban mientras se

dirigían al cuarto número 7. Pero de repente le acudió una idea; entrevió la posibilidad de salvarse y deslizó estas palabras al oído de Colonna:

—No arriesga nada si usted confirma todo lo que yo diga.

—¡Entendido!

Los dos cómplices se estrecharon furtivamente la mano y entraron en el cuarto.

Santa Clara se hizo cargo de la situación en una ojeada y suspiró de alivio; el teniente dormía; así no hablaría; y si se despertase, si hablara, siempre podría acusársele de exageración, de error y poner sus palabras en duda por un síncope, un ataque de nervios ó una pesadilla.

—¿Por qué le ha puesto usted la camisa de fuerza, Santa Clara?

Santa Clara se cuadró para contestar con calma.

—Señor mayor, ha tenido tales crisis epilépticas, que me he visto absolutamente obligado á ello. Se la puse ayer por primera vez, á las tres. A las seis se la quité, antes de la salida. Vine á las diez, antes de acostarme, y encontré al teniente furioso, por lo que tuve que llamar al cabo Colonna para que me ayudara á ponerle la camisa de fuerza otra vez. Por último, he venido por la noche con intención de quitársela, pero el teniente dormía y no quise despertarle...

—¡Muy bien!—dijo el señor Corsoli sin disimular su satisfacción.

Santa Clara se avergonzó. Por muy insensible, por muy pervertido que estuviese, un elogio recompensando tal negligencia, acompañada de tantas mentiras, le impresionó brutalmente y le llenó de vergüenza. Pero el gozo de haber evitado un castigo grave, ahogó sus remordimientos al momento: era un hecho que el joven se había embrutecido completamente dominado por la bajeza, la ruindad y la corrupción ambientes.

Entre tanto, con un ligero golpe en la mejilla, el señor Corsoli despertó al oficial. El desgraciado abrió los ojos, quiso moverse y se sintió atado á la cama. Se miró y sintió vergüenza al verse desnudo y sujeto por la camisa de fuerza.

—¿Dónde estoy?—balbuceó.

—¡Quitadle la camisa!—ordenó el principal sin contestar.

Colonna y Santa Clara obedecieron. En la sorpresa que expresaba la fisonomía del joven oficial, comprendieron que su víctima inconsciente no se acordaba de nada y con una sonrisa se felicitaron mutuamente.

El señor Corsoli empezó su lucha con la enfermedad. Tentó los ganglios hinchados, los examinó, los apretó; interrogó al teniente y concluyó:

—Los abriremos otro día. No están aún bastante maduros. Santa Clara, se limitará usted á hacer en la ingle y en los ganglios fricciones y un masaje de unguento mercurial dos veces al día... Inscriba usted: diez gramos de yoduro de potasio para hoy, once gramos mañana y así continuar gradualmente hasta veinte... Como alimento denle del primer grado.

El régimen del primer grado era el menos copioso, el más ligero, el más sedativo y el más delicado. Santa Clara inscribió rápidamente. El señor Corsoli se volvió hacia el oficial, y con una voz de mando como si la enfermedad reconociera también la jerarquía militar.

—Usted, teniente,—dijo,—tenga más calma. Sería enojoso, sobre todo para usted, haber de recurrir á la camisa de fuerza...

—Pero, señor principal...

—¡Buenos días, teniente!

Y volviendo la espalda al oficial, el señor Corsoli se dirigió con paso firme á la sala del 1.º Febricitantes.

Acaba precisamente de ser admitido un hombre, y Máximo lo había acostado en el número 60, último de la sala, que quedó libre la noche anterior por la muerte de un tuberculoso.

Después de haber pasado la visita sin incidentes, seguido de Santa Clara, que no perdía la menor ocasión de estrechar á hurtadillas la mano de la hermana María de los Angeles, el señor Corsoli se detuvo delante del número 60.

—¿Un entrante?

—Sí, señor mayor.

—¿Qué tiene?

Santa Clara leyó la papeleta de entrada:

«Desviación de la columna vertebral; pero se cree que representa un astuto y enérgico fingimiento. Este hombre está puesto en observación rigurosa en el hospital por orden del comandante general del cuerpo de ejército.»

—¡Ah! ¡ah!—rugió el señor Corsoli.—¡Un embustero! ¡Se nos envía uno que finge estar enfermo! ¡Perfectamente! Vamos á desenmascararlo, y pronto... ¡Siéntese usted, muchacho!...

A aquellas fuertes voces, á aquellas palabras que presagiaban un espectáculo interesante, todos los enfermos levantaron la cabeza, los enfermeros se aproximaron al grupo formado por el señor Corsoli, Colonna, Santa Clara, Máximo y sor María de los Angeles. Con esfuerzo, suspirando y gimiendo, el número 60 se había sentado en su cama; tenía la espalda encorvada, el tronco violentamente plegado sobre la derecha, la cabeza hundida entre los hombros, y miraba al principal con ojos estúpidos y suplicantes. Tenía el pelo negro y la piel morena, la anchura de la espalda atlética, los músculos salientes, con manos largas, nudosas y sucias, la fisonomía ósea y cerrada de los montañeses.

—¿Cómo se llama usted?

—Catraro.

—¿Es usted corso?

—Sí, señor mayor.

—¿Y qué tiene usted?

El hombre miró fijamente á Corsoli, después á los enfermeros, luego á la hermana; pareció reflexionar un momento y volviendo á su mirada estúpida y suplicante, con una especie de jerga balbuceó:

—Señor mayor, al venir del ejército monté al gimnasio, mochila á la espalda y fusil al hombro, cartucheras llenas .. había escarcha en el pórtico... resbalé, caí, no pude marchar... En la enfermería, el mayor me dijo...

—Que era usted un farsante ¿verdad?

—No... no, señor mayor.

—¡Levántese usted!—ordenó el señor Corsoli.

—No puedo...

—¿Cómo, pues, ha venido usted aquí?...

—Se me ha conducido...

—¡Está bien! Colonna, Máximo, levanten ustedes este hombre de la cama y sosténganle!...

La hermana María de los Angeles se volvió de espaldas mientras el cabo y Máximo cogían á Catraro por los hombros y lo sacaban de la cama. Después hubieron de hacer grandes esfuerzos para sostenerle, pues doblado en dos se inclinó sobre la derecha, guardando exactamente la misma posición que cuando estaba en la cama.

—¡Ande usted!—ordenó el señor Corsoli.

Penosamente, suspirando de dolor, el corso dió algunos pasos, cojeando y sostenido por Máximo y Colonna.

—¡Dejadlo!—dijo Corsoli en voz baja á la oreja de los dos enfermeros.

Hizo una señal, los enfermeros se separaron y Catraro rodó por la alfombra gimiendo y gritando. Toda la sala seguía el experimento con interés. Levantóse al enfermo, se le volvió á la cama, sin que la posición deformé y grotesca de su cuerpo se modificase. Entonces el señor Corsoli le palpó, le auscultó, le examinó cuidadosamente de todas maneras y todo el cuerpo. En la sala se podía oír el ruido de una mosca, y en medio de aquel solemne silencio de viva curiosidad dijo el principal.

—¡Muchacho, es usted un farsante! Tiene usted la columna vertebral en tan buen estado como la mía; las costillas están intactas; no tiene usted, estoy seguro, la menor lesión interna. Pero yo seré aquí el amo bastante tiempo para poderle curar. Santa Clara, inscriba usted el tratamiento.

Fijó su fría mirada sobre la fisonomía de Catraro, que permanecía silencioso y estúpido; después con voz colérica:

—Dieta láctea; nada de medicamentos, ni tisanas, ni fricciones, ¡nada! Pero se le pondrá un vigilante, que será relevado cada dos horas, para que se le observe rigurosamente noche y día. Yo mismo infligiré quince días de arresto al hombre de guardia que se alejase de esta cama, se durmiera ó la perdiese de vista un solo minuto. Colonna, vendrá usted cuatro veces al día á hacer una información sobre el estado de Catraro...

Después, volviéndose hacia el corso:

—¡Es usted muy fuerte, muchacho! pero aunque lo fuera mil veces más, no conservará durante ocho días y ocho noches esta posición encorvada. Cuando el médico-jefe venga trataremos de enviar á usted á las compañías de disciplina... Un hombre enérgico y musculado como usted prestará allí excelentes servicios.

Y el señor Corsoli se retiró.

Las prescripciones fueron ejecutadas al pie de la letra. Es de suponer, sin embargo, que los hombres de guardia, por la noche, cerca del número 60 no se privaron de dormir entre dos rondas de oficial; pero no se supo. Pasaron tres días y al menos en las informaciones de Colonna no constaba que ni un minuto Catraro dejase su posición encorvada. No se quejaba, no hablaba nunca; bebía, sin pedir nada más, los dos litros de leche que se le daban diariamente sin azúcar y sin pan.

Ante tanta resistencia, el señor Corsoli pensó en mezclar á la leche de Catraro una dosis de opio bastante para adormecer á la fuerza al fingidor y quitarle toda voluntad durante algunas horas. Pero el señor Corsoli tenía una buena cualidad, era fiero, pero le repugnaba usar de tales medios para triunfar de un soldado estúpido. Después, una vez despierto, Catraro disimularía mucho mejor y en adelante desconfiaría más de sus guardianes. No se podía, por otra parte, conducirsele hasta Argelia por angarilleros ó golpearlo con un bergajo para obligarlo á ponerse derecho y marchar. El principal pensó en reducir al corso por medio del hambre, pero se hubiera visto obligado á vigilar él mismo, pues conocía á los enfermeros y sabía perfectamente que todos hubieran ingeniado algún medio para dar de comer al fingidor. El señor Corsoli no se hacía ilusiones sobre la abnegación del soldado para con su jefe, pues, durante su carrera, se había visto detestado por sus subordinados y no dudaba que eran muchos los soldados que harían cualquier sacrificio para encontrar un oficial digno de afecto y de estima y para burlarse del que les fuese antipático. Viendo pues, que sólo podía contar consigo y sin medios

francos y correctos para llegar al fin de la enfermedad de Catraro, el señor Corsoli se encolerizó primero, después dudó. Le pareció imposible que un grosero campesino pudiese disimular hasta tal punto. Y aquella «historia» del tratamiento del enfermo, de la que todo el hospital se ocupaba y que hasta había llegado á la población, le disgustaba mucho, tanto más, cuanto que se unía á la muerte del teniente sífilítico. En efecto, al cuarto día de estar en el hospital se encontró ahorcado al joven oficial en la ventana de su cuarto, con una larga faja de seda. Verdad es que el capitán de dragones había curado de su divieso en la oreja; pero era aquella una cura sin importancia debida únicamente á la virtud de la «infusión de adormidera» y que no consolaba al señor Corsoli de la muerte del teniente sífilítico y del fingimiento de Catraro.

—¡Oh!—exclamó la mañana del quinto día de la entrada en el hospital del fingidor, ¡si ese hombre me engaña, yo le obligaré á desenmascarse á sí mismo; si está verdaderamente lesionado lo sabré muy pronto.

Con este fin y para no ser el único «que cargara con el muerto» en caso de que Catraro estuviese verdaderamente enfermo, llamó en consulta general á los cuatro mayores del hospital. Si aquella consulta concluía con la culpabilidad de Catraro, el señor Corsoli estaba decidido á no ocuparse más del simulador y á remitirlo con una información detallada y circunstanciada á manos del señor Taglebatt; después que hubiese salvado su propia responsabilidad, se lavaría las manos sobre todo lo que pudiese ocurrir.

La fecha de la consulta se fijó para el 14 de Mayo.

Aquel día la sala del 1.º Febricitantes estaba más limpia y reluciente que nunca. Colonna y su cuadrilla de enfermeros habían hecho maravillas, pues cuando la vanidad está en juego, la emulación tiene más fuerza que la disciplina para la observación estricta y completa de los reglamentos. Además, Colonna, Santa Clara, Máximo, Lauristón y sus camaradas querían demostrar á los mayores del hospital que el señor Taglebatt tenía buenos enfermeros. Así, cuando á las ocho llegó Corsoli, el embaldosado era un es-

pejo que reflejaba un techo y unas paredes de inmaculada limpieza, las camas brillaban por su blancura, las alfombras semejaban nuevas y todos los enfermos parecían estar buenos. El principal no pudo menos de felicitar á Colonna por «la buena impresión que causaba la sala y la limpieza de los enfermos.» Aprovechó esto para pasar la visita más rápidamente. Llegado al número 60, envió á Máximo á advertir á los mayores de las otras salas.

El primero que llegó fué el señor de Lamure, médico tratante de los Venéreos y de los Aislados, amigo de Santa Clara. Alto, delgado, de tipo muy elegante, se quitó su kepis de cuatro galones de oro para saludar á la hermana, estrechó la mano del señor Corsoli después de haberlo saludado, alisó su fino bigote negro y colocándose los lentes, dijo:

—¡Ah! ¡ah! ¡ese Catraro me hace el efecto de un bandido de Calabria!... ¡Es curioso, verdaderamente curioso!

El señor Lamiral, médico-tratante de los Heridos, hizo una entrada modesta, con su cara pálida y sonriente, su actitud tímida, su corta estatura y su uniforme de corte defectuoso con los cuatro galones deslucidos por su vejez. Se inclinó profundamente ante la hermana, saludó militarmente á su superior y á su colega, miró á Catraro y murmuró con una voz indecisa:

—Hermosa anatomía al parecer.

Pasaron tres minutos antes de ver entrar á Duponseau, médico-tratante de los 3.^o, 4.^o y 5.^o Febricitantes cuando había enfermos en la última sala, vacía la mayor parte del tiempo. Se hacía preceder de un vientre enorme, sobre el cual su cara enrojecida parecía un grueso tomate puesto encima de un tonel. Era pequeño, con piernas cortas, grotescas y rápidas. Dió el buen día á todo el mundo con un ademán alegre y exclamó con tono de falsete, aun antes de haber mirado á Catraro:

—¡Oh, me parece que he visto esa cara no sé dónde!

Seguíale de cerca el señor Mansoni, que acudió excusándose por su tardanza. Era un hombre alto y flaco, de tipo pálido. Sólo llevaba tres galones y se cuidaba de la división de los Sargentos, de la de

Detenidos y en caso de necesidad de la de Locos. Saludó reglamentariamente, miró á Catraro y no dijo nada.

Los cinco mayores rodearon la cama, que había sido aislada de las otras. Colonna, Santa Clara, Máximo, Lauristón y sus camaradas estaban colocados en línea á una distancia respetuosa. Sor María de los Angeles estaba sentada al extremo opuesto de la sala.

—¡Santa Clara,—dijo el señor Corsoli,—descubra usted al enfermo!

El enfermero ejecutó la orden y quedóse á la cabeza de la cama para ver mejor.

Primeramente se había levantado la camisa á Catraro. El cuerpo todo desnudo apareció á la vista de los médicos, negro, velludo y los músculos salientes. Continuaba doblegado é inclinado sobre el lado derecho. Con el aspecto estúpido que le era habitual, el corso miraba á los cinco jefes.

—Señores,—dijo Corsoli,—aquí tenéis el sujeto en cuestion. Las fotografías tomadas de su cuerpo con los rayos X en el hospital militar de Bastia, donde ha estado un mes en tratamiento y observación, no demuestran ningún traumatismo, ninguna fractura, ninguna lesión, ninguna apariencia de desviación en la columna vertebral. Aquí están las fotografías.

Sacó de su bolsillo una docena de pruebas radiográficas y las pasó al señor de Lamure y circularon hasta llegar al señor Mansoni.

—Evidentemente,—dijo el primero,—este cuerpo está intacto y naturalmente perfecto.

—Soy de la misma opinión,—exclamó el señor Lamiral.

—Yo no seré de opinión contraria,—murmuró Duponseau.

—Y yo pienso como los señores,—afirmó prudentemente el señor Mansoni.

—Creo, pues,—continuó el principal,—que estamos ante un caso, único según mi parecer, de simulación. La energía que ha debido desplegar este hombre para engañar á mis colegas de Bastia y á mí mismo, para no descubrirse ni un segundo en siete días que hago ejercer sobre él la vigilancia más rigu-

rosa, es enorme y debemos deplorar que no se emplee en mejor causa. Como yo estimo el caso de mucha gravedad, este hombre debe ser examinado con las luces de muchas inteligencias, y les he convocado, señores, para que cada uno de ustedes le vea, le interroge, le palpe, le estudie. Así, la autoridad superior podrá obrar pronto con todo conocimiento de causa...

El señor de Lamure sonrió, alisó nuevamente su bigote, se aproximó á Catraro y le preguntó:

—¿Cómo diablos ocurrió, mi buen amigo, ese desgraciado accidente?

Sin moverse, sin que un músculo de su fisonomía se estremeciese, el corso contestó lentamente:

—Señor mayor, al venir del ejercicio monté al gimnasio, mochila á la espalda y fusil al hombro, cartucheras llenas... había escarcha en el pórtico... resbalé, caí, no pude marchar... En la enfermería, el mayor me ha dicho...

—¡Bien! ¡bien! ¿y pide usted el reemplazo con pensión, sin duda?

—No sé...

—Sí, bien sabe usted que al obtener el reemplazo, se puede retirar á Córcega, á su casa; casarse con una joven encantadora, tener varios hijos y ser feliz, porque con la pensión del gobierno se puede vivir sin trabajar.

Los cinco mayores miraban fijamente al enfermo. Esperaban un movimiento, un gesto, una palabra que traicionase el pensamiento del simulador pensando en el gozo, en la perspectiva de la felicidad próxima que le mostraban las insidiosas palabras del señor Lamure. Pero tuvieron una decepción. Estúpidamente, Catraro respondió:

—No sé...

—Decididamente,—dijo el señor de Lamure,—ese muchacho es muy fuerte. ¡Lo admiro! ¡Veamos!

Lo examinó, lo palpó, lo auscultó, lo volvió de todos lados y concluyó:

—¡Se burla de nosotros!

Después de haberlo examinado, palpado, auscultado, disertado los señores Lamiral, Duponseau y Mansoni expusieron la misma opinión.

—¡Bien!—dijo el principal.—Vamos á ensayar un procedimiento, después del cual yo daré mi opinión definitiva. ¡Vigilen bien al enfermo, señores!... ¡Colonna!

El cabo se acercó.

—¿Tiene usted fuerza?

—Creo que sí, señor.

—Coja usted á este hombre por los pies.

Colonna rodeó con sus largas manos nudosas los pies de Catraro.

—Santa Clara, Máximo,—ordenó Corsoli,—coja cada uno á este hombre por debajo los sobacos... Ante todo atravesadle en la cama... ¡Así, está bien!... ¡Atención á la voz de mando!... Cuando yo diga: ¡Adelante, marchen! usted, Colonna, tirará de mi lado y ustedes Santa Clara y Máximo del lado del señor de Lamure... Y ahora, muchacho,—añadió dirigiéndose á Catraro,—si sorprendemos en las facciones de usted el menor indicio de un esfuerzo de resistencia, firmo dentro de quince días, en el próximo consejo de reemplazo, una demanda de envío á las compañías disciplinarias á favor de usted bajo la inculpación de simulación grave y obstinada. ¿Ha comprendido?... ¡Atención!... Uno, dos, tres, adelante... ¡marchen!...

Los enfermeros tiraron con fuerza; Catraro gritó, se retorció y se les escapó de las manos.

—¡Mal, mal!... ¡oh!... ¡me han hecho daño!...—gemía Catraro frotándose las costillas.

Pero su fisonomía no se contrajo más que de dolor, y su cuerpo no tuvo la menor desviación de la línea curva que describía.

El señor Corsoli quedó aturdido.

—¿Qué piensan ustedes?—preguntó:

—Yo pienso,—dijo el señor de Lamure riendo,—que si el ejército francés estuviese formado de tipos como este y quisieran orientar su fuerza según los intereses de la pátria, en veinticuatro horas tomaríamos la Alsacia y la Lorena... En cuanto á este caso concreto estimo que se trata de un gran farsante. Merece tres meses de licencia por su valor y veinte años de trabajos forzados por su indisciplina...

—Tendrá el presidio sin la licencia,—contestó el señor Corsoli.—¡Les doy las gracias, señores! ¡Santa

Clara, que continúe la misma vigilancia y el mismo tratamiento!

Y el señor Corsoli primero, y después los cinco médicos salieron de la sala.

Ocho días pasaron: Catraro enflaquecía, pero no capitulaba. Por todo el hospital era causa de risas y comentarios sin fin. Mayores, oficiales, sargentos, cabos y soldados se preguntaban unos á otros:

—¿Qué tal va el simulador?

—¡Disimula!—contestó un día Santa Clara al señor de Lamure.

El señor Corsoli estaba furioso; no dormía, humillado al verse burlado por un campesino corso, á pesar de su voz terrible, sus amenazas y sus cinco galones de plata y oro. Le produjo aquello tal obsesión, que por todas partes veía simuladores. En la visita y en la contra-visita interpelaba á los entrantes con esta amenazadora frase: «¡mucho ojo!»

—¡Ah, un entrante! ¡Mucho ojo, muchacho! procure usted estar verdaderamente enfermo, porque sino le envío al Africa!

Una mañana, cuatro días antes de la vuelta del señor Taglebatt, Colonna le detuvo delante del número 10, donde había un entrante que tenía «malo el pie derecho.» Suspicious ante un diagnóstico tan poco científico, el señor Corsoli examinó el pie del número 10, un pobre campesino raquíto, y no le encontró nada.

—¡Todavía un tragón! ¿Qué le duele á usted?

—El pie, señor mayor.

—¿Por qué?

—En el ejercicio, saltando un foso, caí y no pude levantarme.

—¿Y qué ha dicho vuestro mayor?

—Que no sabía...

—¡Pues bien! yo soy más ducho que él,—rugió Corsoli.—Usted tiene una simulatitís aguda, ¿comprende?

El número 10, no comprendiendo aquel lenguaje, quedó como un estúpido.

—Escuche usted, muchacho,—continuó el principal,—no se obstine... Le aconsejo que esté curado mañana.

Y se retiró sin recetar. Al día siguiente el número 10 no estaba curado; su pie no había cambiado de forma ni de aspecto; parecía muy sano, aunque un poco vuelto hacia dentro...

—¿Está usted mejor?—preguntó el señor Corsoli.

—No, señor mayor; me duele mucho más.

—¡Cállese usted, embustero! Yo sé mi oficio mejor que usted y estoy seguro de que no le duele nada... ¡Levántese y ande!

El número 10 se levantó; dió algunos pasos sobre la alfombra apoyándose en un enfermero; cojeaba, y cada vez que había de apoyarse en el pie enfermo retenía con pena un grito de dolor.

—¡Ande usted! ¡cojee más! ¡más fuerte, más fuerte!—gritó el señor Corsoli.

Y el principal se precipitó sobre el número 10, apoyándose pesadamente sobre sus hombros. El desgraciado vaciló, gimió y cayó de rodillas. Ante aquella escena feroz los enfermos palidieron y los mismos enfermeros dejaron de reirse.

—¡Levántese, imbécil!—gritó el señor Corsoli.

Pero el número 10, al ver que era imposible levantarse solo no pudo menos de exclamar con cólera:

—¡Que se me ayude!... Solo, no podré nunca.

Aquello fué una explosión de rabia como no se había visto jamás. El señor Corsoli pálido, sus ojos inyectados en sangre y con una voz entrecortada por el furor dijo:

—¡Ah! ¡también usted! ¡Y por no andar prefiere ser el bufón del cuartel! Pues bien, muchacho; de mí no se burla nadie dos veces. No tiene nada en el pie, absolutamente nada, ni aún una esguince, ¿comprende usted? Si mañana no declara que está curado, le envío inmediatamente á las compañías disciplinarias, y allá romperá guijarros en vez de burlarse de mí!...

—Pero, señor mayor,—gimió el desgraciado,—yo no puedo tenerme en pie...

—¡Los romperá de rodillas!

Y marchó rabioso renegando.

A la noche siguiente Santa Clara estaba de guardia. Pasaba, hacia las once, por el camino de ronda, bajo las ventanas del 1.º Fabricantes, balanceaba

nuevamente su farol silbando una frase de Schumann, cuando tropezó.

—¿Qué es esto?—refunfuñó.—¿Se barre todos los días el camino de ronda?

Se inclinó, dirigió hacia sus pies la luz del farol y dió un grito: un cuerpo de hombre yacía destrozado en el suelo.

Corrió al cuerpo de guardia, despertó á Colonna, avisó á dos hombres de una camilla y todos se dirigieron hacia el camino de ronda...

Al día siguiente, en el parte diario, constaba que el llamado Delon Augusto-Pablo-María, hospitalizado en el número 10 en la sala del 1.º Febricitantes, se había suicidado durante un acceso de calentura, arrojándose por una ventana. Había aprovechado un momento de ausencia del enfermero de guardia, Máximo, soldado de 2.ª clase, que fué castigado con quince días de arresto «por negligencia culpable en el servicio».

—Su calentura,—dijo Colonna al oído de Santa Clara,—se llama en francés: miedo á las compañías disciplinarias.

Y no se supo jamás que el mal del difunto número 10 estaba en el pie derecho, pues, la autopsia descubrió en él sólo una papilla compuesta de carne sangrienta y de huesos rotos.

Entre tanto, Catraro continuaba con energía su fingimiento.



El triunfo del Cristianismo

El 1.º de junio, terminada su licencia, el señor Taglebatt volvió al ejercicio de sus funciones, el señor Corsoli subió á su servicio y no se le vió en el 1.º Febricitantes más que en las contra-visitats. Con una memoria circunstanciada, remitió á Catraro á manos del médico-jefe, quien, sin brutalidades inútiles, estudió con detenimiento al simulador. Interrumpió la dieta lacteada prescribiendo alimentos substanciales. Sin embargo, á su vez hubo de reconocer que el corso no tenía herida ni enfermedad alguna. No se dejó llevar por cóleras vanas y dijo simplemente á Catraro:

—No tiene usted absolutamente ningún mal. Usted disimula adrede y esto aumenta su culpabilidad. Le doy un mes para reflexionar. Si dentro un mes no ha renunciado á esta ridícula deformidad que podría, por otra parte, convertirse en real, le someteré á un consejo de reemplazo que no vacilará en enviarle á Africa. Pero si capitula, firmo un mes de permiso á fin de que vea usted que no somos inquisidores. Entonces verá cuán indigna de un hombre es su conducta.

Luego, llamando aparte á sor María de los Angeles, el señor Taglebatt demostró conocer más el corazón humano que el señor Corsoli, diciendo:

—Ruego á usted, hermana mía, que trate á Catraro con toda amabilidad. Introdúzcase en su conciencia hablándole con dulzura y cariño de su juventud, de su madre, de Dios. No dudo que usted pueda conducirle así al arrepentimiento. ¡La mujer es con frecuencia todo-poderosa en los casos en que el hombre es impotente.

Y el señor Taglebatt apreció no ocuparse de Carraro.

Entretanto, castigado por una chaqueta descosida, luego por una mancha de moho en su fusil y últimamente por un cinturón poco lustroso, Juan de Santa Clara llevaba ya cinco semanas sin salir. Colonna, Lauristón y muchos otros le hacían compañía. El señor Dulaurier, parecía haber castigado á todo el hospital. Máximo, Caillotte y sus amigos no sufrieron gran cosa con la reclusión, pues entre sí se arreglaban. Pero aquellos á quienes repugnaban tales arreglos convinieron en ayudarse para salir fraudulentamente á la calle en busca de las dulzuras del contacto femenino. Precisamente detrás del anfiteatro, en el fondo del parque, la pared del recinto era poco elevada. Una escalera de mano rezagada en el jardín facilitaría también la escapatoria. Echaron suertes, y fué convenido que Colonna saldría durante la noche del 4 al 5 de Junio, Lauristón durante la del 5 al 6 y Santa Clara la noche siguiente. A las cuatro de la madrugada los dos reclusos coordinarían la manera de ayudar al otro á entrar, pues les era fácil á aquella hora evadirse del acuartelamiento sin ser sorprendidos por la ronda del oficial.

En una hermosa y clara noche de luna, perfumada la tierra de olores marinos y fragancias campestres, Colonna pudo saltar las tapias y entrar en el hospital, sin alarmar á nadie y harto de placeres para tres meses. La noche siguiente Lauristón tuvo el mismo éxito á la salida; pero á la vuelta, en el momento en que llegaba á lo alto de la escalera que le tendían Colonna y Santa Clara, la luz de un farol resplandeció entre los árboles del parque.

—¡Dulaurier!—murmuró el cabo.

—¡El muy puerco! ¿es él quien está de guardia?

—Sí, acaba probablemente de dejar á Máximo...

—O va á buscarle...

—Nos sorprenderá...

De repente la luz del farol llegó hasta ellos.

—Nos ha visto. Viene...

—Estamos perdidos... ¡Sálvese quien pueda!...

Los tres saltaron, corrieron en diferentes direccio-

nes, á través del jardín, mientras Dulaurier, indeciso, se detenía y gritaba:

—¿Quién va?...

Dos minutos después, desnudados en un abrir y cerrar de ojos, los tres cómplices se colocaban en sus camas. Dulaurier les seguía de cerca; pero cuando pasó por allí roncaban como los demás.

—¡Alarma! ¡Alarma!—gritó el oficial, golpeando violentamente con la mano en la puerta.

Todo el acuartelamiento se despertó. Los cabos hicieron la llamada en los cuartos; se pasó lista á los hombres de guardia y á los castigados á sala de limpieza ó á prisión: ni un hombre faltaba. Dulaurier había sido burlado. Pero el señor Taglebatt, informado de la escapatoria, que quedaba impune, hizo atar á un árbol la escalera provista de una cadena de candados, prescribió que durante un mes ocho rondas, por la noche, vigilasen á lo largo del muro del recinto, y Santa Clara debió renunciar á las distracciones de un paseo nocturno.

Al día siguiente recibió una carta de cuatro grandes páginas que concluía así:

«Estoy, pues, bien segura, querido mío, que no me guardarás rencor por dejarte, toda vez que he encontrado un amigo serio que me tranquilice sobre el porvenir y que no me dará trabajo excesivo. Quizá nos veamos cuando regreses á París, donde marche mañana con mi nuevo protector. Bien sabes que no le amaré jamás y que te querré siempre. Quiero decir que si me vuelves á ver... ¿comprendes? Dejo la llave de tu cuarto al panadero. Hasta más ver, querido mío y dispénsame; ya sé que tú no querrás comprometerme en lo que representa mi porvenir. Tu querida que te abraza,

DENISE.»

Entonces, entristecido un poco por aquella noticia inesperada, excitado por violentos apetitos de amor que conservaban y aumentaban en la primavera la vida regularizada del hospital y la ociosidad intelectual, Santa Clara persiguió con nuevo ardor á sor María de los Angeles.

✓ A causa de las rondas, no podía utilizar el jardín

como lugar de cita. María de los Angeles procuraba estar de guardia lo más posible; Santa Clara falsificó las listas del servicio de visita nocturna y pudieron verse en secreto una noche á las dos. A media noche, después de la ronda de oficial, se encontraron en un cuarto desocupado al fondo del corredor de la división de los Locos. Era la parte más aislada del hospital y la más desierta, porque los que encerraban allí no hacían más que detenerse provisionalmente y al instante pasaban á la Casa de Alienados de Argelés, situada en la montaña, á dos leguas de Port-Vendres.

Santa Clara llegaba siempre el primero, sin farol. Seguía con precaución el corredor oscuro y entraba en la habitación donde encendía una bujía cuya luz era interceptada por el lado de la puerta por una densa y ancha pantalla de cartón negro. Aguardaba poco. Oíase un ligero golpecito en el tabique. Poco á poco tiraba de un pestillo cuidadosamente untado de aceite y María de los Angeles entraba. La puerta se cerraba, se abrazaban y las dos cabezas unidas desaparecían bajo las grandes alas blancas de la toca.

Estas citas excitaban más á Juan de Santa Clara y sólo le proporcionaban ligeras satisfacciones. Les contó y á la octava aún no había adelantado nada. Un acontecimiento inesperado que cubrió con la aureola de un poder y un prestigio singular la figura de sor María de los Angeles, acrecentó el deseo del joven, quien entonces resolvió precipitar sus ataques y poner á la religiosa en la alternativa de entregarse ó renunciar al amor.

Según las órdenes del señor Taglebatt, sor María de los Angeles no había cesado de rodear á Catraro de una solicitud afectuosa y dulce. A pesar de todo, el campesino coerso se mantenía firme. Pero aquella joven tan bonita, que sonreía y le hablaba con tanta benevolencia de la familia, de Dios, de los ángeles, del cielo y del infierno, conmovió muy pronto el corazón del pobre hombre. Respondió á las preguntas de la hermana; le habló de su madre, que estaba en Córcega, en un pueblecito escondido en el fondo del bosque; escuchó sus consejos piadosos, y una tarde consintió al fin en confesarse.

A esta noticia, el señor Taglebatt sonrió de contento. Llamó al capellán del hospital, el grueso y placentero Lanceste, y le dió, no órdenes, sino «indicaciones». El cura fué docil, pues cuando Catraro en el gran silencio nocturno de la sala hubo concluido la lista de sus pecados, Lanceste reflexionó un momento:

—¡Olvidas una falta grave, hijo mío!—díjole melosamente.

El corso abrió sus grandes ojos.

—Sí, la gran mentira de tu enfermedad...

Catraro vió el peligro, y sin comprender que la insinuación del cura era la consecuencia de las bondades de la hermana, se rehizo contra el enemigo que tenía delante, el capellán, y exclamó estúpidamente:

—No sé...

Lanceste insistió, pero no sacó otra cosa. Avergonzado de haber sido vencido, el capellán se levantó diciendo:

—Me veo obligado, hijo mío, á no poderte absolver, puesto que no quieres confesar tu pecado mayor. Ruego á Dios que haga la gracia de darte más valor para la próxima vez... ¡Buenas noches, hijo mío!...

Al día siguiente, con todo el candor de su alma tierna Catraro dijo á sor María de los Angeles que el capellán se había negado á darle la absolución. Utilizando el poder del disimulo innato en algunas mujeres, que lo saben poner maravillosamente en ejecución cuando creen que el interés, la pasión ó el deber les obliga, sor María de los Angeles levantó los ojos al cielo y exclamó lo más ingenuamente del mundo:

—¿Y por qué, Dios mío?

El corso expuso la razón de la negativa.

—¡Cómo!—dijo la religiosa,—¿acaso no está usted enfermo? ¿Me engañaría usted después de quince días de cuidarle tan cariñosamente? Eso está mal hecho, amigo mío, eso está mal hecho... si su madre lo supiese no estaría satisfecha de usted, yo lo aseguro!...

Y tomando un aspecto tristemente enojado la her-

mana se alejó de Catraro. Durante tres días sistemáticamente y ateniéndose á los consejos del médico-jefe, que sostenía estrechamente los hilos de la intriga, María de los Angeles no se aproximó al corso. No le miró siquiera una vez ni le dirigió una palabra; le privó de las pequeñas dulzuras á que se veía acostumbrado. Catraro sufrió mucho con aquel abandono. Las palabras del cura y las de la hermana hicieron camino en su ánimo. Se vió maldecido por su madre, condenado por Dios, arrojado del cielo y despreciado por la hermana María de los Angeles. Entonces una noche, no pudiendo sostener más tal disposición, llamó al hombre que estaba de guardia en aquella sala y le dijo.

—Vaya á buscarme el capellán.

—¿Para qué?

—¡Quiero confesarme!

El enfermero obedeció. Diez minutos después Catraro se acusaba al confesor «de haber mentido y desobedecido» simulando un mal que no tenía. El confesor puso un semblante grave y replicó:

—No podré darte la absolución, hijo mío, hasta que hayas cumplido la penitencia que te voy á imponer: Mañana, á la visita, declararás tu engaño al señor jefe... ¡Oh, nada temas! ¡no te castigará! Es más, estoy seguro que te dará un mes de permiso... Irás á ver á tu madre...

¡Ah! el día siguiente ocurrió una escena que no se olvidará en mucho tiempo en el hospital militar de Port-Vendres! Por la mañana Catraro había llamado á sor María de los Angeles para darle cuenta de la confesión del día anterior. Lo hizo con un fervor tan inocente que la hermana, cuya fe era profunda, dió gracias á Dios por la vuelta del hijo pródigo. Pero con una coquetería propia de mujer y de mujer joven, suplicó á Catraro que no volviera á las andadas, y que para que ella pudiese concederle su estimación debía, cuando el médico pasase por delante de su cama, levantarse, cuadrarse y decir: «¡Señor médico, estoy curado, me arrepiento y le pido perdón!»

—Si hace usted esto,—añadió la hermana con mimo,—yo le daré para su madre un rosario de olivas de Jerusalén con indulgencia y bendecido por el Papa.

Y el buen Catraro, vencido por la religión y por la mujer, capituló como la hermana le pedía. Fué aquello un admirable golpe teatral. Cuando terminó la visita el señor Taglebatt pasó ante el número 60, se detuvo, como lo hacía cada día, y dijo la frase acostumbrada:

—¡Y qué! Catraro ¿Continúa usted enfermo?...

Volvióse para marcharse, cuando el corso saltó rápidamente de la cama, se cuadró, manteniéndose firme sobre sus piernas musculadas y saludando militarmente, dijo:

—No, señor médico, estoy curado, me arrepiento y le pido perdón...

Un hermoso sol iluminaba alegremente la escena. Visto á la luz, y en camisa, Catraro parecía más alto, sobrepujando la cabeza al mismo Colonna.

—¡Ah! ¡bah!... dijo el señor Taglebatt.

No esperaba tan pronto este desenlace. Pasado el primer momento de estupefacción el médico-jefe rió de buena gana. Santa Clara le imitó, después Colonna, y Máximo, y toda la sala. Aislada en un extremo de la sala, sor María de los Angles gozaba de su triunfo.

—¡Pues bien! muchacho,—dijo al fin el señor Taglebatt,—acuéstese, duerma, y coma usted; voy á firmar hoy un mes de licencia. Después se incorporará tranquilamente á su regimiento... Pero entiéndalo bien, no hay que empezar de nuevo...

Dijo las últimas palabras con un tono seco y frío que no dejaba duda sobre su sentido. Catraro lo comprendió: vió el peligro á que había escapado; sin la bondad del médico-jefe su confesión le habría valido el consejo de guerra y los batallones de Africa. Así, contestó con emoción:

—Señor médico, le doy las gracias y le juro no reincidir...

Y se acostó.

Estuvo largo tiempo pensativo; ¡quizá sentía haber capitulado! ¿Con un poco más de obstinación no habría podido obtener la licencia? ¿Quién hubiera podido probar de una manera cierta que disimulaba?... Pero ese arrepentimiento se desvaneció, cuando sor María de los Angeles se aproximó á él.

Le traía un chocolate odorífico y una caricia de sus manos bonitas.

Ante los maravillosos efectos de la ternura de sor María de los Angeles, Santa Clara estaba exasperado por no poseer todavía aquella mujer. Puesto que había tenido tal seducción para aquel Catraro ¡qué delicias reservaría para su amante!...

Así, la noche misma de la partida de Catraro, Santa Clara y María de los Angeles se encontraron en la habitación de la división de los Locos. Santa Clara le suplicó ardientemente con todas las fuerzas de su deseo; pero la religiosa lloró negándose. Y como él la colocase sobre una cama sin que resistiese mucho, Santa Clara tuvo una sospecha que pronto vió confirmada. Inspirándose en lecturas ó en consejos jesuíticos, sor María de los Angeles, si no había podido oponerse á la entrega de su corazón, impedía la posesión de su cuerpo y precavía su propia debilidad llevando un pantalón cerrado de gruesa tela, atado al talle por fuertes ligaduras y anudado de tal manera que Santa Clara no pudo deshacerlo.

—¡El diablo te lleve con tu ridícula virtud!—exclamó.

Y se marchó bruscamente, dejando á la hermana María de los Angeles en un mar de lágrimas y casi arrepentida. ¡Por qué se había marchado! Ella misma habría probablemente deshecho los nudos. ¡Los hombres tienen con frecuencia torpes impaciencias que les hacen encontrar derrotas en el momento en que hubieran podido esperar la victoria!

Al día siguiente sor María de los Angeles y Juan de Santa Clara no se dijeron una palabra. Estuvieron enfurruñados todavía algunos días, después el trabajo común les reconcilió. Pero no tuvieron apenas tiempo de ocuparse de su amor. El verano avanzaba y con él la fiebre tifoidea. El 20 de Junio en el 1.º Febricitantes esa enfermedad había tomado posesión de las plazas que ordinariamente ocupaban la bronquitis, tisis, pneumonía y las fiebres intermitentes. De las sesenta camas, cuarenta y dos estaban ocupadas por los tíficos, cuyo número ordinario había inopinadamente aumentado por una epidemia sobrevenida en la guarnición de Port-Vendres.

Para los enfermeros aquella fué la peor estación del año y el año más duro del servicio militar. La situación de la sala daba más trabajo, pues dieciséis baños que se vaciaban y llenaban muchas veces durante el día mojaban la alfombra y ensuciaba el embaldosado. Santa Clara estaba abatido de cansancio. A pesar de que, siguiendo el ejemplo de todos los enfermeros, no daba más que cuatro ó seis baños por enfermo cuando eran ocho los ordenados; bien que cambiando el agua de los baños sólo cuando eran una cloaca infecta donde sobrenadaban infinidad de inmundicias; y aunque ponía en práctica todas las supercherías, no bastaba para prestar los variados cuidados necesarios á los tíficos. Colonna le ayudaba un poco; pero con un mal humor tan evidente que prescindió muy pronto de sus servicios.

¡Ah! ¡durante un mes apenas pensó en la hermana María de los Angeles ni en ninguna mujer, ni en nada del mundo! Siempre furioso, de la mañana á la noche y con frecuencia de la noche á la mañana, tomaba temperaturas, analizaba orinas, daba baños, colocaba vejigatorios y escarificaba ventosas, y más de una fiebre tifoidea degeneraba en pneumonía ó en congestión pulmonar. Sus manos se sumergían en las aguas amarillas de excrementos, sus dedos cerraban los ojos de los muertos, su boca respiraba el aliento apestado de los enfermos, que cogía desnudos y ensuciados en sus camas para meterlos en el baño. Así que les tocaba el agua muchos morían bruscamente en sus brazos. Entonces, renegando del trabajo y el tiempo perdidos, conducía el cadáver á su cama y echaba colérico las sábanas sobre el cuerpo inerte. ¡Ah! ¡qué horás aquellas de fatiga, de amargura, de rebeldía y de repugnancia! ¡Cómo podría conmovirse con el sufrimiento de los demás cuando él mismo tenía el espíritu descorazonado y los miembros cansadísimos; viviendó como una máquina para cuidar pronto á los vivos y para cerrar más pronto aún los ojos de los muertos!...

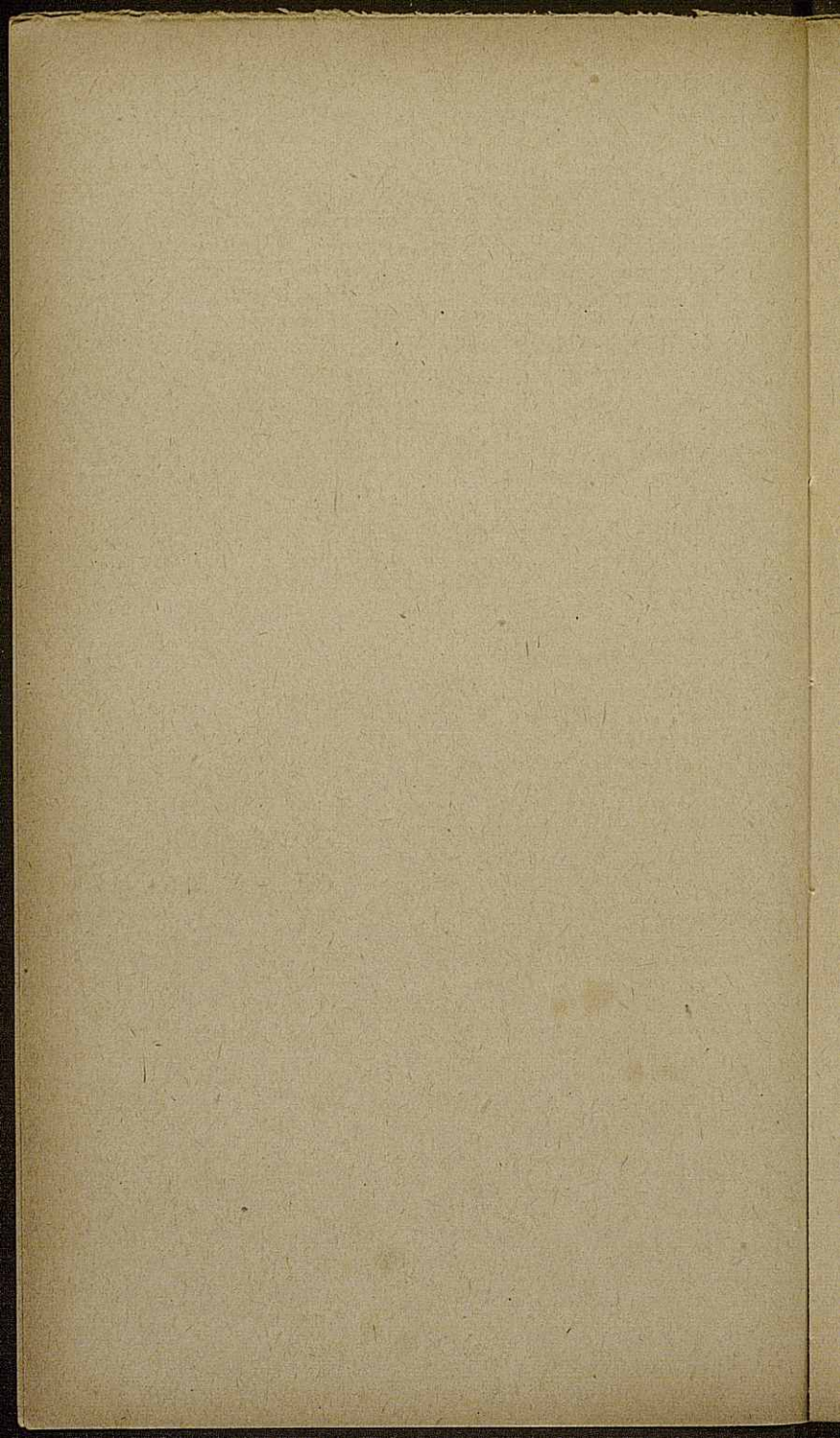
Y en todo el hospital se sentía el furor de los trabajos inmundos. En el anfiteatro Caillotte pasaba días enteros en medio de cadáveres despanzurrados, cuerpos despedazados que le llenaban las narices,

manos y los vestidos de una hediondez de carne corrompida. En todas las salas la enfermedad se hizo tiránica y la muerte soberana. En los Venéreos, á causa del calor de la estación, las blenorragias, las cistitis, las orquitis, las sífilis, las llagas, presentaban una gravedad anormal; los tratamientos duraban semanas sin que la curación fuese jamás completa. En los Heridos los abscesos y la gangrena florecían monstruosamente, pronto desarrollados por el aire ardiente y cargado de miasmas nauseabundos. Infierno para los enfermos que sufrían y morían; infierno para los enfermeros hostigados de trabajos repugnantes y de castigos; infierno para los mayores, cuyas visitas eran más fatigosas, más largas, más repugnantes; infierno para los oficiales encorvados todo el día sobre una contabilidad más difícil, más numerosa y más embrollada, obligados á encolerizarse y á luchar á todas horas contra el relajamiento continuo de la disciplina; infierno para los farmacéuticos, que durante ocho ó diez horas dosificaban posiciones, confeccionaban sellos, distribuían medicamentos; infierno para las hermanas, que en el lavadero, en la lencería y en la cocina estaban sobrecargadas de trabajo; infierno atroz para su población condensada de moribundos, de enfermos y de válidos, el hospital militar de Port-Vendres habría podido servir de modelo á las espantosas pinturas de un nuevo Dante.

Y un sol resplandecía con una luz demasiado cruda, un calor intolerable sobre aquella corrupción, sobre los sufrimientos, sobre las cóleras. Abrasaba el suelo del patio interior; incendiaba los techos y las tejas; y las salas eran inmensas hornazas donde los enfermos se debatían desesperadamente contra la muerte sofocante, donde los enfermeros luchaban rabiosamente contra los enfermos, contra las hermanas, contra los jefes, contra el calor y hasta contra la vida misma. Todos vivían en una especie de inconsciencia; tristes, abatidos se dejaban llevar de repente de espantosas cóleras que llenaban las salas y los corredores de juramentos, de estrepitosas voces, de carreras locas, de ruidos de vajilla rota, de mandatos militares ó de llamadas furibundas. Los mejores ol-

vidaban que eran hombres dedicados al alivio de otros hombres para no pensar más que en encontrar de todas maneras el tiempo de embrutecerse en fumar, comer y dormir. Y cada bufada de pipa, cada apetito suficientemente satisfecho, cada hora de reposo suplementario en aquella lucha contra la muerte se pagaban con una vida humana.





III

La fiebre amarilla

El 10 de julio, el hospital militar de Port-Vendres recibió al despertar una impresión terrible: en el 1.º Febricitantes había la fiebre amarilla (1).

No se supo nunca quien fué el primero en difundir la noticia, pero las palabras enloquecedoras corrieron y cinco minutos después todo el mundo las repetía. Muchos no comprendían al pronto; otros permanecían incrédulos; se pedían explicaciones; pero nadie pudo darlas. En cuanto se pasó la lista de la mañana en el patio incendiado por el sol levante, un grupo se formó alrededor de Caillotte, que decía á media voz.

—Sí, el patrón, á las cinco de la mañana, ha descubierto en su sala tres casos de fiebre amarilla... Son los que entraron anoche desembarcados del vapor que el semáforo señaló ayer tarde. Santa Clara estaba de guardia. De momento no paró atención en los enfermos que entraban por fiebre intermitente; después les miró y observó que uno de los tres tenía la piel amarilla... Entonces, como su temperatura era extraordinariamente elevada y como el vapor procede de Dakar, donde hay siempre epidemias, se alarmó y fué á despertar al médico-jefe. El viejo confirmó la sospecha: —¡La fiebre amarilla!—dijo.—¡A los Aislados, pronto, á los Aislados!...

—¡Cada uno á su servicio!—gritó furiosamente el sargento de semana.

El grupo se disolvió; pero cada enfermero refirió el espantoso relato de Caillotte. Un viento de terror heló todo el hospital. ¡La fiebre amarilla, enfermedad

(1) Véase el Apéndice, nota B.

terrible, sembradora de espanto y de muerte! ¡que descompona al hombre todavía vivo, que llena el cuerpo de manchas horribles en que los colores toman matices repugnantes: amarillo aplomado, negro sucio, rojo sombrío y lívido! ¡que retuerce á los desgraciados bajo la presión de dolores lancinantes que corren de un cabo á otro del organismo! ¡La fiebre amarilla! ¡fantasma pálido y sombrío que los relatos de los viajeros y los despachos telegráficos impresos en gruesos caracteres en los periódicos hacen surgir de cuando en cuando ante la Europa aterrorizada y que más espanta cuanto de más lejos viene, y permanece siempre misterioso! ¡Ah! aquella mañana los enfermeros no cambiaron las bromas de costumbre, los mayores se manifestaron preocupados, los enfermos aterrados y las hermanas contaban padrenuestros continuamente con las cuentas de su largo rosario.

«Los Tres», como se les llamaba sin osar designarlos de otra manera, eran soldados de infantería de marina repatriados de Dakar. Santa Clara, enfermero de visita de guardia aquella noche les había colado en el 1.º Febricitantes en vista de la papeleta de enfermería de á bordo, con el diagnóstico firmado por un médico mayor de marina: «*Fiebre palúdica remitente; arterio-esclerosis y anemia*», diagnóstico superficial que excluía toda aprensión de contagio. Pero en cuanto el señor Taglebatt reconoció su verdadera enfermedad se les transportó á los Aislados á toda prisa. Mientras las ropas y las sábanas que habían tocado eran incineradas en un horno destinado á este uso, se utilizaron los pulverizadores de muchas divisiones y se proyectó en todos sentidos, por todas partes donde «Los Tres» habían pasado, chorros radiantes de soluciones antisépticas y desinfectantes.

La división de los Aislados comprendía cuatro departamentos absolutamente distintos, separados unos de otros y distribuidos cada uno de esta manera: un largo corredor que partía de la escalera central y confinaba con una habitación que llevaba al número 1 y se llamaba cuarto de desinfección. Allí había un lavabo de agua corriente; una provisión de agua bó-

rica, de sublimado y de ácido sulfúrico, un pulverizador; sacos de tela impermeable, alpargatas y guantes de caucho suspendidos en páteras de hierro. Saliendo de esta habitación por una puerta opuesta á la que daba al corredor, se encontraba un pasillo flanqueado por dos grandes gabinetes numerados 2 y 3, que contenían cada uno dos camas de campaña con provisiones completas; el pasillo se abría después sobre una vasta sala de veinte camas llevando el número 4 y destinada á los enfermos. En el fondo de la sala, una puerta doble daba acceso á un lavabo y á dos letrinas perfeccionadas.

Se aislaron Los Tres en el departamento B. Una consigna severa prohibía la entrada á todo habitante del hospital, desde el simple soldado hasta el oficial superior. Sólo podían penetrar en el departamento B, Santa Clara, Colonna y sor María de los Angeles, que el señor Taglebatt había designado para cuidar á los enfermos; no debían salir de allí más que después de la muerte ó la curación radical de Los Tres. Se tomaron otras precauciones extraordinarias. Santa Clara y Colonna fueron provistos de pantalones y chaquetas de cutí blanco; recibieron tres camisas, tres calzoncillos, tres pares de calcetines y ocho pañuelos: toda esta ropa era nueva y debía ser quemada cuando Los Tres estuvieran muertos ó curados. Sor María de los Angeles cambió también sus ropas. Le fué prohibido salir del departamento B; pasarían el día y la noche en la sala número 4 reservada á los enfermos, el gabinete número 2 sería para la hermana y el 3 para Santa Clara y Colonna. Las comidas y los medicamentos cuyo número y especie inscribiría diariamente el señor Tablegatt sobre una pizarra colocada en la escalera, les serían traídos por enfermeros especialmente designados, que se detendrían á mitad del corredor, depositarían las cestas, golpearían con las manos para advertir que lo dejaban y se marcharían. Cinco minutos después, vestido con un saco rociado por el pulverizador, Santa Clara iría á recoger las cestas, las descargaría en el cuarto de desinfección y las dejaría en medio del corredor después de haberlas rociado con un agente antiséptico; entraría en seguida en el cuarto de desinfección y se

quitaría el saco para ponérselo de nuevo en el próximo envío de provisiones.

El terror era tan grande, que varios enfermeros rehusaron el servicio de las cestas, bien inofensivo gracias al lujo de precauciones ordenado por el señor Taglebatt. Se les amenazó con el consejo de guerra, se les demostró que no corrían ningún peligro y obedecieron.

Como no había suero contra la fiebre amarilla, el señor Taglebatt, que pensaba que la tal enfermedad es una variedad de peste, vacunó á Colonna, Santa Clara y sor María de los Angeles y se vacunó él mismo con suero antiséptico. «Esto solo puede hacernos bien» había dicho. Además, el médico-jefe, que era el único que salía del departamento B, se rodeó de tales precauciones, que era imposible que sirviera de vehículo de contagio. Para más seguridad, y con una abnegación verdaderamente admirable, declaró que iría directamente de los Aislados á su propio pabellón sin pasar por el resto del hospital; si el contagio se extendía por su causa, desde luego los primeros perjudicados serían los individuos de su familia. Así cumplía con su deber. El mando en jefe del hospital fué confiado de nuevo al señor Corsoli, así como el tratamiento de los enfermos del 1.º Febricitantes, donde Caillotte reemplazó á la vez á Santa Clara y á Colonna.

Tomadas esas disposiciones, empezó la lucha contra la fiebre amarilla.

Cuando Santa Clara y Colonna recibieron la orden de permanecer en los Aislados, no pudieron evitar un movimiento de rebeldía y de miedo. Pero el señor Taglebatt añadió estas solas palabras:

—Les he escogido, porque soy jefe directo de ustedes, y en ustedes tengo confianza.

El natural altruismo tenía bastante fuerza en aquellos dos hombres degradados y corrompidos por el egoísmo militar, para que con tales palabras olvidasen todo peligro. Saludaron reglamentariamente; fueron á la lencería á ponerse sus vestidos nuevos y hacer un paquete con lo que se les entregó; pasaron á la farmacia para tomar los medicamentos y los instrumentos detallados en la larga lista formada por el

señor Taglebatt, y después, no sin cierta emoción, fueron á estrechar las manos de Máximo, de Caillotte y de Lauriston, á despedirse de sus enfermos del 1.º Febricitantes y fueron en seguida al departamento B para enclaustrarse hasta la desaparición completa de la fiebre amarilla. Las nueve sonaban entonces en el reloj del patio interior.

Ya estaba en su puesto la hermana María de los Angeles, tranquila y dulce, arreglando con sus lindas manos blancas las camas de los tres.

—¡Buenos días, hermana!

—Buenos días,—contestó la religiosa sonriendo tímidamente á Santa Clara.

Pero los dos enfermeros miraban ya á los enfermos.

Las tres camas estaban colocadas en el fondo de la sala, á la derecha de la puerta y á dos metros de distancia una de otra. Llevaban los números 8, 9 y 10. De los enfermos no se veía más que la cabeza; todo el resto del cuerpo se ocultaba bajo de las sábanas de deslumbrante blancura. La enfermedad no alcanzaba en todos la misma intensidad; el número 8 mostraba una cara roja é hinchada, las conjuntivas inyectadas, la mirada brillante, los ojos llorosos y húmedos; debía sufrir de sed, pues abría con frecuencia la boca y sacaba una lengua blanquecina por la parte del centro y encarnada por la punta y los bordes. El número 9, que parecía más gravemente atacado, tenía la cara de un repugnante color amarillo; en el momento en que los enfermeros le miraban tuvo hipo, se incorporó; la hermana le presentó de prisa una cubeta donde el enfermo vomitó bruscamente un raudal de materias negras mezcladas de sangre. En cuanto al número 10 parecía dormir, los ojos abiertos, pero con una inmovilidad completa; tenía la cara de un rojo sombrío, los ojos amarillos y una gran mancha del mismo color en el nacimiento del cuello sobre el hombro derecho; sus manos, plegadas sobre las sábanas, estaban lívidas, con manchas aceitunadas cerca de la muñeca...

Colonna, Santa Clara y la hermana miraban silenciosamente á los tres enfermos; un horror secreto les sublevaba el corazón, les enternecía y les horro-

rizaba. De repente el número 9 gimió, moviendo vivamente la cabeza, y un largo hilillo de sangre saltaba de sus narices...

—¡Dios mío! mancha las sábanas!—exclamó sor María de los Angeles.

Se proveyó de un grueso tapón de algodón hidrófilo y lo puso bajo la nariz del número 9; el algodón estuvo muy pronto rojo de sangre; rogó á Santa Clara le diese otro tapón, pero el enfermo tuvo un hipo y vómitos negros ensuciaron la mano de la hermana.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—gemía el desgraciado.

—Dios mío! ¿qué hace?—exclamaba la hermana desesperada—¡Y el médico-jefe que no viene! Señor de Santa Clara, vaya usted á buscarle, se lo ruego!...

—¡Es imposible, hermana, nos está prohibido salir!—contestó Colonna.—Pero vaya usted á limpiarse; Santa Clara la reemplazará cerca del enfermo, yo me ocuparé de los otros dos, que parecen más tranquilos...

En aquel instante, la puerta del corredor se abrió, oyéndose pasos y poco después entró el señor Taglebatt, vestido de pies á cabeza de un saco de tela gris; llevaba alpargatas y guantes de caucho, y después de saludar preguntó:

—¿Qué hay?... ¡Ah! ¿vómitos negros, ya? Están más adelantados de lo que creía... Pero ruego á usted, hermana, que se lave con sublimado.

Se aproximó al número 9, en la nariz del cual Santa Clara tenía aplicado un tapón de algodón. La hemorragia terminaba ya, pues apenas si el algodón se embebía de un líquido escasamente sonrosado.

—¡Bueno! ¡no sangra más!—dijo el señor Taglebatt, y examinó al enfermo.

Frente á las tres camas, las cuatro ventanas del otro extremo de la sala dejaban entrar extensos rayos de sol. Entre los cortinajes blancos aparecía el cielo de un azul claro, surcado de ligeras nubes rizadas, se percibía la embriagadora fragancia de la brisa marina, y mientras el médico-jefe examinaba el número 9, Santa Clara pensaba en el gozo inmenso que tendría si pudiese pasear en una barquilla por el mar...

—Verdaderamente no comprendo—dijo de pronto el señor Taglebatt,—que el médico de marina se haya equivocado hasta este punto, y que el vapor haya sido admitido á libre plática... ¡Esto es una negligencia y una estupidez!...

Sin mirar á los enfermeros, continuó como hablando consigo mismo:

—No hubiera podido confundir ese caso con una hepatitis, cuyos síntomas se parecen, sin embargo, á los de la fiebre amarilla... Comprendería aun que diagnosticara una hepatitis, porque en esta el volumen del hígado se aumenta, existe un dolor vivo en el hipocondrio y los síntomas generales son menos graves... Pero diagnosticar una fiebre palúdica remitente con arterio-esclerosis, esto, esto traspasa los límites!...

Observó un momento el número 9, después dijo:

—Este está irremisiblemente perdido... La enfermedad ha marchado con una rapidez más fulminante que de costumbre... ¡No importa! Santa Clara inscriba el tratamiento.

Y con el deseo continuo que tenía de instruir á los enfermeros explicó:

—Pondrá usted cuatro sanguijuelas en el epigastrio y cuatro en los lomos, dos á la derecha y dos á la izquierda, para combatir la inflamación del estómago y de los riñones... (Descubrió el enfermo y levantó la camisa hasta el cuello). Miren ustedes, la piel es de un amarillo plumizo, rojizo por partes: ¡este muchacho tiene un infierno en el cuerpo!... Le darán dos lavativas emolientes, con cuatro horas de intervalo y dos baños tibios, uno por la mañana, otro por la noche... De baño á baño le harán una loción de agua fría avinagrada... Como bebida, tisana de goma helada... Le harán tragar en veinticuatro horas medio litro de aceite con cien gramos de sal y el jugo de dos limones. Es un remedio que no está en la nomenclatura, pero que los negros de Vera-Cruz emplean con éxito... Luego, como la región de Vera-Cruz es, desde hace siglos, el gran cuartel general de la fiebre amarilla, imagino que este medicamento ha debido ser bueno... Ahora, cuando noten un enfriamiento general acompañado de la descomposición

de las facciones, de la insensibilidad del pulso, de hipos prolongados, de delirio, ó al contrario de profunda modorra, inútil continuar el tratamiento: ¡es la muerte!... A cada hora tomadle la temperatura, para escalonar mis observaciones... Veamos los otros dos.

El señor Taglebatt comprobó que el número 8 estaba menos gravemente atacado que el número 10, siguiéndole de muy cerca el número 9. Ordenó para todos el mismo tratamiento:

—Por otra parte,—añadió,—no salvaremos á ninguno, pero deber es cuidarlos... Sobre todo tomen ustedes muchas precauciones, para evitar el contagio no economizar los agentes antisépticos ni los pulverizadores. Ciérrense estas cuatro ventanas, pero déjense constantemente abiertas las de vuestras habitaciones y las de la sala de desinfección... ¡Hasta luego!

Y el señor Taglebatt salió.

Sor María de los Angeles no había asistido á la consulta; así que hubo desaparecido el médico-jefe Colonna dijo á Santa Clara:

—¿Por quién nos toma? Seis lavativas, seis baños, tres lociones, sanguijuelas y una barbaridad de historias!... ¿Ni un minuto de reposo, entonces?... ¡Es el medio de atrapar la fiebre amarilla! En tiempos de epidemia, amigo mío, el reposo y el tabaco son los mejores preservativos... He ahí, pues, lo que nosotros haremos. Pondremos el número exacto de sanguijuelas, porque se vería si suprimiésemos una ó dos... Pero una lavativa y un baño á cada enfermo les serán suficientes. ¡Nada de lociones! En cuanto á las temperaturas una al mediodía, una á las cuatro, una á las ocho, después una de término medio y la cuenta está hecha... ¿No le parece á usted?

—¡Entendido!—dijo Santa Clara.

—Además, él mismo lo ha dicho; no se salvará ninguno. Entonces, ¿de qué sirve deslomarnos?...

La hermana entró en aquel momento. Colonna se aproximó á ella y le dijo:

—Sepa usted, hermana, que Santa Clara y yo, nos bastamos para el trabajo... Es demasiado duro y demasiado sucio para usted... Quédese en su cuarto; la llamaremos cuando sea necesario...

—Pero...

—¡No, hermana! no permitiremos que usted se mezcle en estas suciedades! Nos produce mal efecto ver sus manos enlodadas en esa porquería!...

La joven miró á Santa Clara. Este contestó con una mirada de amor que perdonaba, suplicaba y ordenaba. La hermana dijo á Colonna.

—Bien! pero prométanme ustedes que me llamarán cuando estén cansados!...

—¡Prometido, hermana, prometido!

Salió de la sala y Colonna se frotó las manos.

—Por fin,—dijo,—ahora somos dueños del campo de batalla!...

En efecto, la jornada transcurrió sin que apareciera la hermana María de los Angeles. Como estaba convenido, los enfermeros sólo ejecutaron la mitad de las prescripciones del señor Taglehatt. El agua del baño no fue cambiada ni una sola vez, y tan pronto los tres enfermos hubieron estado sumergidos cinco minutos, Colonna vació el baño, lo enjuagó con sublimado y dijo:

—¡Descanso!

Al mismo instante se oyeron palmadas. Santa Clara, revestido de un saco, salió al corredor á buscar la cesta con las provisiones; contenía tres platos, tres porciones compuestas cada una de carne asada, legumbres tiernas, queso, confituras, pan vino, café alcoholizado y azúcar.

—¡Estamos de suerte! Vamos á divertirnos.

Y para no tener que ocuparse más de los enfermos, Santa Clara puso trescientos gramos de sal y el jugo de cuatro limones en tres litros de aceite, mientras Colonna llevaba el almuerzo á la hermana María de los Angeles, que permaneció en su cuarto. En seguida se pusieron los dos á hacer tragar el aceite á los enfermos; les aplicaron las sanguijuelas, que quitarían después de comer, y, libres ya, se encerraron en su habitación.

Era medio día. Bebieron y comieron copiosamente. Mientras Colonna hacía calentar el café y llenaba las pipas, Santa Clara fué á quitar las sanguijuelas. Después fumaron, y, como no tenían libros, escribieron.

Encerrados en un hospital, viviendo en medio de

la enfermedad y de la infección, en una esclavitud casi completa, ante el continuo ejemplo de majadería, vileza y crueldad, ¡qué poema podían escribir que no fuese el reflejo de la mediocridad presente, de su espíritu y de la insensibilidad de su corazón! Agitándose en el humo que salía á grandes borbotones de sus pipas, riéndose á carcajadas, escribieron en una hoja de papel amarillo que envolvía una redomita de medicamentos la siguiente fábula pirrónica: (1)

LOS ENFERMEROS

(FÁBULA)

—«Pam, pam.

—»¡Adelante!

—»Señores...

—»¿Qué quiere usted por aquí?

—»¡Un enfermo se muere!

—»¡Qué reviente! ¡qué me importa!... Vamos, lárguese de ahí!... Sobre todo cierren la puerta! Si tiene sed, denle del pálido hidrogala... Y que os lleve el diablo!»

Allí están los enfermeros, sentados en cómodos sillones, cigarrillo á la boca y lentes montados en la nariz, atusándose su barba de sátrapa. Un rótulo suspendido sobre sus cabezas indicaba á todo soldado que, asustado, mostrase su lampiña faz por el ventanillo, que allí estaban dos enfermeros de visita, alegres, galantes, burlones y escépticos, que hacen lo que quieren del servicio y para quienes es justicia lo que les proporciona utilidad.

Apártese quien diga que poner en sábanas mojas á un moribundo afónico; que dar muchas lociones, colirios, inyecciones, pociones y prevenir por teléfono á los padres del muerto era una agradable suerte... No obstante, con celo admirable manejaban la jeringa hidrocele y la de Pravaz, y ayudados por los vejigatorios enviaban á las gentes á tostarse en el purgatorio. Sin embargo, libraban á veces de la muerte á algún enfermo, como de ello da fe lo que se cuenta á continuación:

(1) Los versos están traducidos en prosa libre.

Una mañana de pereza, y deseando tomar un café con sosiego, juzgaron de buen tono no poner compresas sobre un vientre rayado por el colodión.— ¡Medicamento externo!—pues el mayor les había dicha con aire bondadoso:—«Este enfermo morirá mañana, con seguridad!» Se anunció por telégrafo la triste nueva á los padres, rogándoles que preparasen un epitafio piadoso, y los enfermeros de visita se encerraron, bebiendo con un sargento que padecía una gastritis y que, tranquilo en su lecho, dormía como un tronco; pero al despertar por la mañana nuevo Gargantua, exclamó de repente: «Trinck! dadme vino!» y el mayor con un aire cariñoso comprobó que la mejora del enfermo se debía al colodión, medicamento externo, y para recompensar á los enfermeros su celo probado se les puso en el cuello un caduceo de honor de seda y raso!

MORALEJA

Hagas lo que quieras, sucederá en alguna ocasión que salvarás á alguien del consejo del médico, que es el veneno más violento que se conoce.»

Eran las tres de la tarde cuando los dos enfermeros terminaron esta fábula tan conforme con la realidad. Santa Clara metió el papel en su cartera, y pasaron á la sala de los enfermos.

No se asombraron al encontrar muerto el número 9. Le cerraron los ojos y cubrieron su cabeza con la sábana sucia de vómitos.

El número 10 presentaba todos los signos precursores de la muerte indicados por el señor Taglebatt.

Su cuerpo estaba helado, sus facciones descompuestas, su pulso insensible; hipos prolongados se sucedían é interrumpían un monólogo delirante.

—¡Pronto! arreglemos las hojas de temperatura! —exclamó Colonna.

Concluían el último zigzag cuando la puerta del corredor se abrió. Entró el señor Taglebatt seguido de la hermana.

—Ah! ¿uno muerto?... El otro no se salva tampoco!... En cuanto á este,—añadió examinando el

número 8,—les seguirá de cerca. Antes de media noche habrá aquí tres cadáveres.

Y el médico-jefe, por muy bueno, muy abnegado que fuese, exhaló un suspiro de libertad.

—Es absolutamente inútil continuar el tratamiento. El trabajo de ustedes no debe consistir más que en medidas profilácticas. Deben pensar solamente en combatir la fuerza latente del contagio, pues la enfermedad nos ha vencido!... ¡Ha marchado con una rapidez tan fulminante!...

Dió con voz tranquila las instrucciones más precisas respecto los cuidados antisépticos que debían tomarse, precauciones indispensables durante el transporte de los cadáveres al horno crematorio, que se encontraba al fondo del jardín, detrás del anfiteatro.

—¿Conoce usted el manejo del horno, verdad Colonna?

—Sí, señor jefe.

—Irán ustedes allí esta noche á las once en punto; los fuegos estarán encendidos de antemano. El fogonero abandonará el horno á las once menos dos minutos y volverá allí á las dos de la mañana. Durante este tiempo, podrán ustedes fácilmente quemar los tres cadáveres, que pondrán de una sola vez en el horno... Después de la incineración volverán aquí; cargarán sobre una camilla todos los objetos que les han servido, excepto los instrumentos, que dejarán en un fuerte baño de sublimado, y lo pondrán todo, camillas, objetos y ropas, en el horno... Para quemar sus vestidos se pondrán ustedes desnudos; la noche es calurosa y no deben temer el resfriarse... En seguida, después de haber cerrado el horno irán á la sala donde se fabrican los féretros; dos baños conteniendo soluciones antisépticas y aromatizadas estarán preparados, se bañarán ustedes y se vestirán con la ropa interior y los vestidos que haré colocar al lado de los baños... Pero antes de que salgan de aquí los cadáveres, pulverizarán las paredes, techo, pavimento y todo cuanto haya... Más tarde se hará una desinfección completa. En cuanto á usted, hermana,—añadió el señor Taglebatt,—se pondrá un saco y se irá á la sala de los féretros, á las diez. Allí encontrará un cofre de zinch donde co-

locará todo lo que entonces lleve encima; cerrará usted herméticamente la cubierta dispuesta á este efecto... Al lado del cofre hallará usted un baño, donde permanecerá usted durante diez minutos, y se pondrá en seguida la ropa interior, vestidos, pantuflas y el velo nuevo que la señora Superiora hará depositar á disposición de usted... La sala de los féretros estará alumbrada por un mechero de gas, que no apagará usted al salir... Hasta mañana.

Y el señor Taglebatt se retiró.

Una hora después el número 10 expiraba; el número 8 no murió hasta las nueve.

Santa Clara y Colonna comenzaron entonces la terrible tarea. ¡Ah! ¡qué noche!... Debía quedar eternamente en su memoria asociada al recuerdo de otros hechos precisos, aunque algo borrosos y confundidos: torrentes de sublimado chorreaban del techo á las paredés y al reluciente pavimento; la hediondez de los cadáveres puestos en pirámide sobre una sola camilla; fulgor deslumbrante y formidable chirrido de un fuego entrevisto durante veinte segundos; sensación extraordinaria de la absoluta desnudez en pleno aire, después la inmersión deliciosa en las aguas aromatizadas, frescas y limpias de un baño!...

Pero á Santa Clara y á sor María de los Angeles aquella noche debía dejar todavía otros recuerdos.

En cuanto se hubieron vestido con la ropa y vestidos nuevos, los dos enfermeros salieron de la sala de los féretros y se separaron. Colonna subió al acuartelamiento, donde, cansado, se acostó. Santa Clara se fué al 1.º Febricitantes para encerrar en una caja de hoja de lata el manuscrito de la fábula y un papel lleno de notas sobre la fiebre amarilla. Para ir á su vez al acuartelamiento pasó por la división de los Oficiales y en el corredor que une el 1.º Febricitantes con otra división, encontró á sor María de los Angeles.

A la vista de la joven se detuvo.

—¿Usted aquí?...

—Sí...—respondió la religiosa,—he querido ver mi división; me parece que salgo de una pesadilla que ha durado veinte horas...

Santa clara había titubeado toda la jornada pen-

sando entrar en el gabinete que la hermana ocupaba en los Aislados, pero Colonna lo había visto todo. Y ahora que tenía la sensación gozosa de haberse salvado de un gran peligro, que sentía una impresión intensa de dicha, su deseo se agitó más tiránico, más violento que nunca. Cogió las manos de sor María de los Angeles, la atrajo á sí y dijo:

—¿Me ama usted aún?

—¡Ay! ¡Bien lo sabe usted!

—¡Entonces, venga conmigo!

A la luz del gas atenuada tras la bombilla de cristal, cuya pequeña llama temblaba en el fondo del corredor, la condujo á un cuarto desocupado de oficial, y cerrando la puerta, Santa Clara cogió á la monja le cubrió la cara de besos ardientes y la empujó dulcemente hacia una cama.

—¡Juan! ¡Juan! ¡se lo ruego á usted!—balbuceaba —¡Soy muy culpable!...

El cuarto estaba á obscuras; no veía á la joven, pero la sentía junto á sí inerte y abandonada.

—¡Juan!—suplicaba.—¿Por qué ha estado usted tanto tiempo sin hablarme?... ¡Usted no me ha amado nunca! ¡déjeme usted!...

Ni la escuchaba siquiera; la estrechaba frenético entre sus brazos mientras la joven gemía.

—Juan, ¡tengo miedo!

—¿De qué?

—Tengo miedo...

El joven tuvo una risa nerviosa; el cuarto se llenó de suspiros, de besos, de sollozos, hasta que un doble grito de dolor y de alegría resonó...

Una hora después Santa Clara se dirigía al acuartelamiento por los largos corredores silenciosos, descalzo, sin farol y rozando las paredes como un ladrón.



LIBRO TERCERO

I

La segunda égloga de Virgilio

El 11 de Julio por la mañana, cuando Santa Clara y Colonna entraron en su división les pareció que habían estado alejados de ella durante mucho tiempo, á pesar de que su destierro en los Aislados no había durado siquiera veinticuatro horas. Aquel día, el servicio fué bastante negligente en la sala, pues el cabo y el enfermero debieron relatar á sus enfermos y á los enfermeros que venían á cada momento al 1.º Febricitantes, las peripecias de la lucha contra la fiebre amarilla. Si Colonna se complacía en hacer lastimosos relatos que maravillaban á sus oyentes, Santa Clara contestaba poco á las preguntas; estaba preocupado por María de los Angeles é inquieto por no verla llegar. Cuando dieron las siete, su inquietud subió de punto; Máximo trajo el pequeño desayuno á los enfermos, pero la hermana, que asistía siempre á la distribución, no se presentó. Vióse que no seguía á Máximo, puesto que Máximo preguntó entrando en la sala:

—¿Está aquí sor María de los Angeles?

—¡No!—contestó Santa Clara.

—Entonces voy á distribuir solo el café con leche. ya es tarde... (bajó la voz para añadir): Santa Clara, su taza y la del cabo están llenas en el gabinete de visita.

El enfermero arrancó con brusquedad un vejigatorio de las espaldas de un tífico en la agonía y corrió hacia el gabinete gritando:

—¿Están vacíos y limpios todos los baños?

—Sí, sí,—respondió Lauristón.

—¡Despachad pronto! el patrón no puede tardar.

En el gabinete encontró á Colonna, ya en la mesa, ante un tazón de café con leche y despedazando un enorme pedazo de pan.

—He dejado á usted la mitad,—dijo el cabo;—ahí está en el armario.

—¡Gracias! ¿de dónde diablos ha tomado usted tanto pan?

—De los Oficiales; el número 10 ha muerto, y yo he pedido su ración...

Santa Clara se sentó. La gran ventana, abierta, dejaba entrar alegremente el sol y la brisa marina. Comiendo, los dos hombres conversaban.

—¡Qué día más terriblemente caluroso va á hacer hoy!...

—Sí, y pensar que esta noche, en lugar de pasarla alegremente en el puerto, tendrá uno que acostarse en la sala de castigo por ese puerco de Dulaurier!

—No sé,—dijo Santa Clara después de un momento de silencio;—pero tengo el presentimiento de que el jefe levantará nuestros castigos! Lo hemos merecido bien y esto será una buena recompensa...

—¿Cuántos días te faltan?

—Doce.

—¡A mí quince! ¡verdad es que lo hemos merecido! ¡Aquella consagrada fiebre amarilla bien vale esa recompensa!... Bien mirado, habríamos podido morir allí.

—¡Clarol!... ¿No sabe usted dónde está la hermana?

—No.

—Máximo distribuía solo el desayuno... Pero Lauristón me toma algunas temperaturas, los otros dos arreglan las camas; creo que llegaremos á tiempo aunque sea muy tarde...

—¡Bah! el patrón no se habrá acostado esta noche; me ha parecido verlo rondar por el jardín... Seguramente estará durmiendo.

En aquel momento llamaron á la puerta del gabinete.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y apareció un enfermero.

—El médico-jefe ordena que Máximo vaya inmediatamente.

—¿Por qué?—preguntaron los dos á la vez muy sorprendidos.

—No sé... ¿Dónde está Máximo?

—En la sala.

Dos minutos después Máximo llegaba muy pálido y agitado.

—Cabo, ¿sabe usted lo que me quiere el jefe?

—No.

Santa Clara tuvo un pensamiento que expresó muy pronto:

—¿Ha visto usted á Dulaurier esta noche.

—No.

Máximo enrojeció. El cabo y el enfermero comprendieron que mentía. Iban á replicar con alguna broma, pero muy turbado Máximo les volvió la espalda y se fué.

A las nueve, con media hora larga de retraso, el señor Taglebatt llegó para la visita diaria. Los enfermeros notaron que estaba furioso, y la visita se pasó en un silencio de muerte, turbado solamente por las prescripciones lacónicas y secas del médico-jefe, por los estertores del tífico en la agonía, por las indicaciones breves de Santa Clara y de Colonna. El enfermero estaba cada vez más inquieto al no ver á sor María de los Angeles.

Dada la vuelta se pasó á los Oficiales. El único que había en el hospital murió por la noche. El señor Taglebatt se limitó, pues, á inspeccionar los cuartos, y encontrándolos limpios, gruñó un «está bien» bajo su bigote erizado. Después, en el momento de tomar la escalera para el paseo habitual á través del hospital, se detuvo, se volvió, miró á Santa Clara y á Colonna, que volvían á tomar el camino de su división.

—¡Acérquense ustedes,—dijo.—¿Tienen castigos?

—¡Sí, señor jefe!—respondieron á la vez.

—¿Quién se los ha impuesto?

—El señor Dulaurier.

—¿Por qué?

Habría sido una torpeza el mentir; Colonna respondió:

—Mala conservación de los efectos militares.

—¿Cuántos días les faltan?

—Doce á Santa Clara, quince á mí.

—¿Sala de castigo?

—Sí, señor jefe.

—¡Está bien! yo los levanto por la buena conducta que han observado ustedes en los Aislados.

Y sin dar á los dos hombres tiempo de darle las gracias, continuó:

—Durante dos ó tres días, no tendrán ustedes religiosa en la sala. Sor María de los Angeles dejó el hospital, no sé por qué... Está pedida la que debe reemplazarla.

Santa Clara palideció, pero no interrumpió ni una línea su actitud militar. El señor Taglebatt añadió al momento:

—Colonna, ¿sabe usted de un buen enfermero para reemplazar á Máximo en mi servicio?

Con calma, sin dejar ver la prodigiosa sorpresa que sentía, el cabo contestó:

—Sí, señor jefe: es un soldado de 1.^a clase, Rancoule, que trabaja en los servicios como cabo suplente.

—Le hará usted entrar hoy en la división... Espero que la ausencia momentánea de una religiosa no impedirá la exactitud y la regularidad del servicio.

—¡Oh! ¡no! señor jefe.

—¡Está bien!

Y mientras los enfermeros saludaban militarmente, el señor Taglebatt les volvió las espaldas y descendió la escalera.

—¿Qué ha hecho Máximo? ¿Qué ha hecho Máximo? —preguntaban por todas partes.

Su desgracia fué pronto conocida de todo el hospital. Los que le encontraron en el servicio le interrogaban inútilmente. A todos respondía con una exquisita política:

—¿A ti qué... te importa?

Herido violentamente por la partida de la hermana María de los Angeles, Santa Clara pensó poco en Máximo. Diestramente interrogó á la hermana Angela, á las hermanas de la cocina, á las de la lence-

ría. Todas le dijeron que la hermana María de los Angeles había solicitado ir á las colonias, pero ignoraban el motivo. La separación era, pues, irremediable y absoluta. La división contenía aquel día veinte tifoideas, cuatro pneumonías, ocho bronquitis y una docena de enfermedades sin importancia. Los tifoideas tuvieron el número de baños reglamentario, las pneumonías fueron medicinadas según las prescripciones, las bronquitis se vieron rodeados de mil cuidados caprichosos y las otras enfermedades recibieron de rechazo la agradable sorpresa de una muy rara abnegación. Los «grandes enfermos» sintieron sus sufrimientos disminuídos: los «pequeños enfermos», que de ordinario pasaban el tiempo en la sala conversando ó jugando al dominó en la gran mesa central, se dedicaron á ayudar á los enfermeros en su tarea: pusieron y vigilaron los termómetros, dieron una mano á Lauristón y á Rancoule para cambiar el agua de los baños, pasaron la escoba-esponja por las paredes y el techo... Tanto y tan bien fué todo, que á las tres de la tarde Santa Clara había terminado su trabajo especial de enfermero de visita, y pudo abandonar la sala á los enfermeros de explotación y á los pequeños enfermos. Por primera vez, después de su entrada en el hospital, vió que todas las prescripciones estaban ejecutadas y que no tenía que hacer absolutamente nada hasta la contra-visita. Pero se sentía extenuado; sentía un vivo dolor intermitente en los riñones; sus piernas flojas le sostenían apenas y con una satisfacción beatífica de todo su ser se echó en un sillón del gabinete de visita.

—¡Estoy derrengado!—suspiraba.—Casi no he cerrado el ojo la terrible noche pasada, y hoy ¡vaya un trabajo!

Colonna que leía las *Odas y Baladas*, levantó la cabeza y exclamó:

—¿De dónde viene usted? ¡no le he visto desde la comida!

—He trabajado en la sala.

—¿Ha trabajado? ¡sí, ya se ve! ¡Vaya una idea la de deslomarse de esta manera! y yo me pregunto ¿por qué?... Mejor hubiera hecho usted en guardar sus fuerzas para esta noche. ¡Piense usted que hace

más de un mes que no hemos puesto los pies fuera de aquí!...

Santa Clara estaba de verdad tan afectado por la brusca partida de sor María de los Angeles, que estuvo á punto de confiárselo todo á Colonna. Podía explicar su pena pregonando que amaba á una mujer y que aquella mujer huyó después de la primera hora de felicidad y que había trabajado para aturdirse... Pero se retuvo. En el hospital militar había camaradas, cómplices ú otra cosa peor, pero no había amigos.

—¿Para qué?—se dijo.—A pesar de que es menos bestia que los demás, Colonna no me comprendería. No vería en mi caso más que una historia divertida y un poco sucia, excelente para ser relatada y que haría compañía con los amores, tan conocidos, del cabo de ordinario con la hermana Blanca de la cocina, que es tan ardiente como sus hornillos... En cuanto al trabajo, Colonna tiene mucha razón. ¿Por qué diablos he querido embrutecerme cuidando los enfermos? ¿Sacaré acaso otra cosa que un cansancio en los riñones? ¿seré menos castigado si Dulaurier va al acuartelamiento y encuentra que mi paquetería tiene cinco centímetros más que la altura reglamentaria?... ¿Cumplir el deber? ¡Ah! ¡brava mentira!... No soy por ello más digno ni más feliz... Habría hecho mejor fumando y soñando: estaría menos fatigado... ó continuaría mi traducción de las *Eglogas de Virgilio*, hace seis meses empezada, prometiéndome tanto gozo y estoy todavía en la 2.^a Egloga... ¡Qué vida! ¡Lo mejor, sí! lo mejor es fumar y soñar: eso no deja ni dolores ni penas...

Este monólogo apenas había durado treinta segundos. Colonna se apercibió durante ese tiempo que su enfermero estaba preocupado; y procuró distraerle hablándole:

—¡Está usted triste, amigo mío!—exclamó.—¡Escúcheme un poco, yo le distraeré!

—¡Si no estoy triste!—respondió Santa Clara riendo con esfuerzo.—Estoy fatigado...

—Esto le enseñará á prestar un celo inútil... No piense usted más en ello, no empiece de nuevo, y escúcheme... ¿Sabe usted por qué Máximo está en desgracia?

Santa Clara prestó atención: el ambiente lo envolvió otra vez. Era aquello un acontecimiento nuevo, un hecho inesperado, en esa vida de hospital donde todo, aún la muerte, está previsto y esperado de antemano. Y fuerte en la súbita resolución que acababa de tomar de no pensar más en la hermana María de los Angeles, en dejarse conducir con indiferencia y escepticismo en la continuación de la vida militar, quiso interesarse en la historia de Máximo, y la historia era tan chocante que le interesó de veras.

—No, no sé nada,—dijo.

—¡Pues bien! héla ahí. Sé la cosa por el mismo Máximo, á quien tantas veces he visto castigado á la limpieza en los locales disciplinarios...

¡Qué bueno era fumar y hablar en aquel gabinete de visita tan limpio, tan claro, donde el calor de una tarde de verano meridional estaba templado por la fuerte brisa que soplaba de los Pirineos próximos, donde no se oía otro ruido que el murmullo de las olas y el rodar de los guijarros en la playa; donde se aislaba para olvidar completamente que detrás del tabique se encontraba una sala llena de jóvenes que sufrían entre una curación problemática y la muerte amenazadora!

—Sí, hé aquí lo que ha pasado,—dijo Colonna.— Como de costumbre, cuando Dulaurier está de guardia, Máximo fué á encontrarle á la sala de oficiales. Pero la noche estaba calurosa, y Dulaurier, que tiene el alma poética, pensó que el jardín sería más propicio á los pasatiempos sentimentales. Tiernamente abrazados salieron y fueron á sentarse en el césped cerca del muro del recinto. Eran las once. Asistieron de lejos á nuestra labor de Vulcanos sepultureros; después nos vieron desnudos, y esto les excitó, y no se apercibieron que el jefe, apoyado en un árbol á diez pasos, los contemplaba. Se guardó muy bien de interrumpirlos, pero, esta mañana, cuando Máximo entró en casa del jefe que le ha llamado, como ya sabemos, encontróse á Dulaurier en pie delante de la mesa-escritorio en la posición reglamentaria.

—«¡Acérquese Máximo!—dijo el señor Taglebatt, mitad risueño, mitad furioso.

»Máximo se acercó y se puso al lado de Dulaurier, en la misma posición. Entonces el patrón miró á ambos y dijo:

—¿Conocen ustedes la 2.^a Egloga de Virgilio!

»Máximo no parpadeó; no sabía lo que aquello significaba. Pero Dulaurier, que lo comprendió, pálido y rojo á la vez balbuceó:

—Señor jefe, no sé muy bien...

»El patrón soltó una carcajada formidable y exclamó sin hacer caso de sus lentes, que caían sobre la mesa y se rompían:

—¡Ah! usted no lo sabe! usted sabe sin embargo, lo de esta noche y lo sabe sólidamente, al menos en lo que yo he podido sorprender!...

»Figúrese la cara que pondrían Máximo y Dulaurier. El parisién se repuso muy pronto, pues después de todo á él le preocupaba poco aquello, ya que soldado era, soldado podía quedarse, y adivinaba que habiendo pescado á un oficial sería poco castigado por miedo al escándalo. Pero Dulaurier, que creía su carrera perdida, se daba á los diablos. Pronto se llenaron de lágrimas sus ojos.

»Entonces, el señor Taglebatt, que no es malo, tomó un ademán serio y dijo:

—»Un castigo grave produciría escándalo, pues mi información debería pasar por las oficinas, y de aquí al ministerio, y todo el mundo se reiría. Voy á limitarme á una sanción que les servirá de advertencia; yo ya sé que ningún correctivo le curará de esa enfermedad, señor Dulaurier! He aquí lo que he decidido: Máximo es de la clase; en dos meses nos libramos de él, me contento, pues, con echarlo de mi servicio y relegarlo á los servicios bajos con quince días de sala de castigo para ejemplo.—En cuanto á usted, señor oficial, le ruego que pida su pase á las colonias; yo le apoyaré; usted no ha hecho todavía campaña, el ministro no titubeará en conceder un cambio... En el Sud-Oranais faltan oficiales de administración del servicio de sanidad, estará usted muy bien bajo todos los puntos de vista...

Y Colonna se daba palmadas en los muslos riendo formidablemente.

—Si,—dijo Santa Clara, muy divertido por la his-

toria y regocijado por la conclusión,—buen desahogo para nosotros, que no tendremos más á este animal en nuestra presencia; y buena suerte para él! Pasa á la actividad militar de las colonias y muy pronto podrá ganar un galón más y la cruz, sin contar que allá, los negritos hormiguean y podrá escoger con entera libertad... ¡He ahí uno que está de venal!... Pero á propósito, Caillotte tendrá que tener cuidado...

—¡Oh, él!...

Un golpe seco dado en la puerta interrumpió á Colonna.

—¡Quién va!... ¡Adelante!

Rancoule, el nuevo enfermero de sala, sin aliento y aturcido apareció en la puerta entreabierta.

—¡Qué hay!—preguntó el cabo.

—Hay allí un fulano que está agonizando...

—¡Ah, esto te asusta, déjalo!

—¿Pero no se le tiene que hacer nada?—balbuceó Rancoule.

Santa Clara y Colonna soltaron la carcajada ante tan grande ingenuidad.

—Sí,—dijo al fin el enfermero,—cuando esté muerto se le cierran los ojos.

Y mientras que, con calma y tranquilidad Colonna volvían á coger las *Odas y Baladas* encendiendo su pipa, Santa Clara se levantó y pasó á la sala, murmurando consigo mismo.

—¡Deliciosa coincidencia!... Yo pensaba en este momento continuar mi traducción de la segunda Egloga de Virgilio... Dulaurier debe saber de memoria:

Formosum pastor Corydon ardebat Alexin.

Delicias domini...

pero él tiene más suerte que Corydon...

El tífico que agonizaba desde la mañana, el número 32 concluyó por morir.

Santa Clara llegó ante su cama, le miró, le tentó el pulso y dijo á Rancoule:

—Ve á buscar al capellán...

Y se quedó cerca del moribundo aguardando pacientemente al capellán y á la muerte; se interesó por momento en los cambios de color y de expresión que

se manifestaban en las facciones y en los ojos del tífico.

—Es curioso,—se dijo.—Es evidente que la sangre solo circula con una pena infinita.

El capellán apareció. Santa Clara se separó y teniendo en cuenta que la hora de la contra-visita se acercaba, permaneció en la sala paseándose de una cama á otra. Excepto el número 32, todos los demás enfermos estaban en buen estado, la mayoría convalecientes. Y en aquella espléndida tarde de verano la sala tenía un aspecto gozoso y tranquilo de dormitorio, destinado á sestar y pasar el tiempo durante el día. Santa Clara se puso á conversar y á reir con los enfermos. Uno de ellos le preguntó por qué no venía sor María de los Angeles, y él se sorprendió de no experimentar ninguna emoción al contestar que la hermana María de los Angeles no volvería más. Habló en seguida del carácter que debería tener la que la reemplazase para hacer la felicidad de los enfermos, cuando la gran puerta de la sala se abrió con estrépito y dos hombres entraron conduciendo una camilla seguidos de cerca por otros dos hombres cargados con una segunda camilla.

—Bueno! dos que entran!... ¿Por qué no vienen á docenas?

Eran dos soldados de la sección de equipajes. El uno, que se le puso en la cama número 19, tenía mal en el pie izquierdo; el otro, que se le puso en el 20, tenía una lesión en la rodilla derecha. Asistidos anteriormente en la enfermería de su escuadrón y en el hospicio mixto de Cerbere, fueron enviados en observación rigurosa al hospital militar de Port-Vendres por orden del comandante general del cuerpo de ejército.

Lauriston y Rancoule los acostaron, les lavaron los pies, las manos y la cara, les cortaron los cabellos, que tenían mucho más largos de lo que permitía el reglamento y se esperó la contra-visita.

En aquel momento, y á medio confesar, al número 32 le sobrevino un hipo, seguido de un gorgoteo en el vientre, y murió. El capellán se retiró murmurando preces, y Santa Clara, después de haber

cerrado negligentemente los ojos del muerto, le echó la sábana sobre la cabeza ya lívida y exclamó:

—¡Lauriston, Rancoule, atención al 32! advertid al cabo Colonna para el inventario y llevarlo al anfiteatro en el término de una hora!...

Y cambiando de tono, porque el señor Corsoli entraba para la contra-visita, añadió:

—Dos entrantes, señor mayor, los números 19 y 20.

El señor Corsoli estaba aquel día de buen humor, pues dijo casi riendo:

—¡Ah, ah! ¿y qué tienen esos dos entrantes?

—Número 19,—leyó Santa Clara en la papeleta de entrada,—retractación de los tejidos albugíneos de la planta del pie izquierdo, consecutivo á una artritis crónica... En observación.

—¡Bien!—dijo el señor Corsoli, riendo,—he ahí al menos un diagnóstico científico... ¿Y el otro?

—Número 20,—leyó Santa Clara,—hidrartrosis en la rodilla derecha, consecutiva á reumatismo crónico... En observación.

—¡Mejor que mejor!—exclamó el principal frotándose las manos.—¿Eso es todo lo que tiene usted que señalarme acerca de los enfermos?

—Tengo otro,—respondió muy seriamente el enfermero,—una fiebre tifoidea complicada de congestión pulmonar doble, pero acaba de morir...

—¿Tifoidea y congestión pulmonar doble? Lo mejor que podía hacer era morirse!—replicó muy alegremente el principal... Y esos dos están en observación ¿verdad?

—Sí, señor mayor.

—¡Está bien! observadlos!... El señor jefe hará lo que juzgará mejor... Como tratamiento provisional, inmovilice usted á los dos enfermos; presiones y malaxaciones metódicas para la retractación de los tejidos, ipeca para la hidrartrosis... Dieta lacteada en toda la línea.

Y el señor Corsoli, riendo siempre, se fué.

Muy concienzudamente Santa Clara prohibió á los enfermos levantarse y administró la ipeca al número 20. En cuanto á las «presiones y malaxaciones metódicas» consistieron en un vigoroso masaje de tres

minutos que Lauriston hizo sufrir al número 19, quien chilló de dolor durante quince minutos.

Santa Clara y Colonna aguardaron la salida con una gran impaciencia. Temieron que el sargento-conserje Casalba encontrase en su traje motivo para retenerlos, y no respiraron libremente hasta que estuvieron fuera á quinientos metros de la puerta del hospital.

—Ah! por fin!—suspiró Colonna.—¿Dónde vamos?

—Yo subo á mi casa,—dijo Santa Clara.—Hace más de un mes que no he visto mi cuarto y estoy ansioso por saber en qué estado lo dejó Denise.

—¡Yo me voy de picos pardos!—exclamó el cabo.—Al 8. ¿Vendrá usted?

—No, otro día será. Esta noche quiero escribir mi correspondencia.

—Entonces, hasta mañana.

—Sí, hasta mañana y diviértase usted mucho!

—Se hará lo que se pueda—dijo riendo burlescamente el cabo y encendiendo un cigarrillo.

Al día siguiente por la mañana se encontraron en la sala, Santa Clara sacando temperaturas, aplicando vejigatorios, bañando tíficos, Colonna dirigiendo su cuadrilla de limpieza.

A las ocho entró el señor Taglebatt. Una hermana le seguía. Después de los saludos y las ceremonias acostumbradas, el jefe presentó la religiosa á los enfermeros diciendo:

—Hermana, presento á usted el cabo, el enfermero de visita y los hombres de servicio en esta sala, que será la de usted.

Y presentando la religiosa á los enfermeros:

—Les presento á la hermana Calixta que reemplazará en el 1.º Febricitantes á sor María de los Angeles. Creo que no necesito invitarlos á observar para la hermana Calixta todas las leyes del respeto y de la deferencia que ustedes deben á su carácter, al hábito de que está revestida y á la observación del reglamento.

Los hombres hicieron simultáneamente el saludo militar, la hermana Calixta inclinó la cabeza y empezó la visita.

Santa Clara y Colonna observaron cuidadosamente

á la religiosa, á fin de sacar de su aspecto las conclusiones que deberían guiar su conducta. Les desagradó.

Era una mujer de treinta años, alta, huesuda y desgarrada, con rasgos vulgares y duros, los pómulos salientes y ojillos grises hundidos en las órbitas. Tenía un tipo autoritario y frío. Sus labios eran tan estrechos y pálidos, que parecía carecer de ellos. Cuando abría la boca, enseñaba unos dientes muy incisivos. Cuando habló lo hizo con voz áspera, sin acento y sin elegancia. Ni una vez siquiera miraba á los enfermeros ni á los enfermos con aquella dulce bondad que hacía tan encantadora á la hermana María de los Angeles.

—¡Un dromedario!—susurró Colonna al oído de Santa Clara.

El enfermero comprendió y replicó:

—¡Desconfiemos!

Como el señor Taglebatt estaba muy ocupado con el número 18, una pneumonía, pudieron cambiar algunas palabras más. Convinieron en no tener con la nueva religiosa ninguna familiaridad servicial, en no hacerle ninguna confianza, ni sostenerla ni suplirla cerca de los enfermos, afectando hacia ella el respeto más estricto, severo y frío.

—¡Un entrante!—exclamó Santa Clara en el momento en que el médico-jefe pasaba al número 19.

Como la tarde anterior, leyó:

—Retracción de los tejidos albugíneos de la planta del pie izquierdo, consecutivo á una artritis crónica... En observación.

Y añadió:

Prescripciones del médico principal señor Corsoli: inmovilización del miembro, presiones y malaxaciones metódicas de la parte enferma, dieta lacteada...

—Veamos ese pie,—dijo el señor Taglebatt.

Lauriston descubrió el número 19. Colonna observó que la hermana Calixta volvía bruscamente la cabeza con un mohín de repugnancia.

—¡Mogigata!—susurró Coloma al oído del enfermero.

—Hipócrita,—replicó éste.

Entre tanto el señor Taglebatt examinaba el pie.

Lo apretó y lo volvió apretar, después tomó un aspecto un poco serio, reflexionó y dijo:

—Hay también aponeurosis dorsal... En lugar de dieta lacteada, dadle los alimentos de segundo régimen. Ya indicaré pronto el tratamiento.

Se pasó al 20.

Hidrartrosis á la rodilla derecha, consecutiva á reumatismo crónico... En observación... Prescripciones del señor Corsoli: ipeca, dieta lacteada.

—Ipeca! no pudo menos de exclamar el señor Taglebatt pasmado. Ipeca por una hidrartrosis después de ocho días de cuidada en el hospicio...

Pero se vió delante de simples soldados, escuchado por enfermos, simples soldados también, y se calló.

Descubierto el enfermo, el médico-jefe examinó el tumor de la rodilla en el interior de la rótula; este tumor era elástico, blando y fluctuante, poco doloroso y se aplastaba bajo el dedo sin conservar la impresión. Después descubrió un segundo, más pequeño, fuera de la rótula y que una presión de los dedos cambiaba de sitio á voluntad.

—Extienda usted la pierna!—dijo el médico.

El número 20 obedeció. Vióse entonces los dos tumores fundirse en uno sobre el cual la rótula se encontraba como á caballo.

Enseñe usted la lengua... ¿Qué temperatura?

—¡Normal!—contestó al instante Santa Clara á la ventura.

Pero el señor Taglebatt no vió nada de grave, luego, cubriendo él mismo al enfermo, concluyó:

—Ninguna importancia. No hay artritis intercurrentes, la hidrartrosis desaparecerá lentamente por sí misma. Mas para apresurar la curación, inmovilizará usted el miembro colocándolo en una canal de hoja de lata. Bien reflexionado la ipeca no es mala. ¿Ha obrado?

—Sí, mucho, señor jefe,—respondió Santa Clara, quien en realidad no sabía absolutamente nada por que había salido del hospital antes de haber visto el efecto producido por el vomitivo.

—No obstante, el aceite de ricino habría sido mejor. Le dará usted treinta gramos de una vez. Cubra

usted bien el enfermo á fin de que sude. Poción de quina, 2.º régimen.

Y el señor Taglebatt continuó el turno. Cuando hubo concluído preguntó:

—¿Hay oficiales enfermos?

—No, señor jefe.

—Santa Clara, sígame usted. Buenos días hermana.

Cuando estuvieron fuera de la sala, en la meseta de la escalera que sube al 2.º Febricitantes, el médico jefe dijo al enfermero.

—¿Ha oído usted hablar en París en los centros literarios y científicos que usted ha frecuentado de la auto-sugestión?

Santa Clara se admiró de oír al «Patrón» hablarle como á un colega. Reprimió un gesto de sorpresa y contestó:

—Sí, señor jefe.

—¿Puede usted hacerme un resumen de lo que se decía, desde el punto de vista del tratamiento de las enfermedades?...

—¡Sí, señor, muy fácilmente!

No era tan fácil, sin embargo, pues las teorías en otro tiempo estudiadas y discutidas se presentaron muy confusas en su memoria, y como hacía ya algunos meses que vivía tan apartado de toda preocupación intelectual, tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para conseguir merecer el aprecio y la consideración que le testimoniaba el señor Taglebatt. Después de haber reflexionado algunos momentos,—dijo:

—La auto-sugestión, como rama de la terapéutica, tiene sus detractores y sus apologistas. Estos últimos no la admiten de una manera absoluta sino para el tratamiento de las enfermedades puramente nerviosas. Pero, aún en los demás casos, es incontestable que ayuda á la curación ó á la agravación del mal con toda la fuerza que la moral puede tener sobre lo físico. Aunque Cabanis haya envejecido, un capítulo sobre la influencia de lo moral sobre lo físico conserva todavía toda su precisión y todo su vigor.—Si al agente moral, que es primeramente sugestión por otro y luego la auto-sugestión, se añade un agente

de acción un poco misterioso en su esencia, sus formas y su aplicación, la electricidad, por ejemplo, ese segundo agente, influyendo él mismo sobre lo físico, refuerza también el poder moral de la sugestión, y la curación de las enfermedades, sobre todo de las enfermedades nerviosas, es más fácil, más rápida, más segura y más completa. En otro orden de ideas los milagros de Lourdes no tienen otra explicación racional, el agua de la gruta reemplaza la pila eléctrica.

—¡Bien!—dijo el médico-jefe visiblemente satisfecho. Es lo que yo pienso también. Pero, hasta el presente ningún caso se presentó en mi sala que me permitiese poner en práctica esas teorías, que las llamo nuevas porque están apoyadas sobre un agente recientemente descubierto en terapéutica: la electricidad. Así, el número 19, que acabamos de visitar, tiene una retracción de los tejidos albugíneos, no solamente en la aponeurosis de la planta del pie, sino también en la aponeurosis dorsal del pie izquierdo. Esta afección no es consecutiva á una artritis, como dice la papeleta de enfermería, sino más bien á una irritación continua provocada por los frotamientos repetidos ó por presiones mecánicas, lo cual sería un caso muy curioso de simulación convertida en enfermedad real... Usted sabe en qué consiste la retracción de los tejidos albugíneos. Es el encogimiento con endurecimiento ó induración de los tejidos que forman la aponeurosis, que es una membrana blanca y resistente que envuelve los músculos, que divide las fibras carnosas y las fija al hueso. La retracción tiene por consecuencia deformar los órganos vecinos del tegido retraído, y dificultar ó anular su acción; lo que explica por qué el número 19 no puede apenas mover el pie izquierdo ni casi la pierna... ¡Pues bien! he creído siempre y continúo creyendo todavía que las retracciones de los tejidos albugíneos son enfermedades nerviosas... Me alegró que conozca usted el asunto, pues me será de gran utilidad en la marcha de mis experimentos... Por hoy concrétese usted á velar por la inmovilidad absoluta de la pierna... ¡Buenos días, señor de Santa Clara.

—Buenos días, señor jefe.

Pero el señor Taglebatt, que había olvidado por

un momento sus cinco galones, los recordó para añadir:

—¡Ah, un detalle! Desde hoy está prohibido absolutamente á Máximo el acceso á la división. Si le encuentro allí alguna vez, ocho días de arresto para Colonna, que no deberá jamás, dejarlo entrar bajo ningún pretexto. Transmita usted la orden al cabo.

—¡Bien! señor jefe.

Y como Santa Clara había perfectamente comprendido el sentido del cambio de tono, saludó amplia y reglamentariamente como un simple soldado debe saludar á su coronel.

Con gran contentamiento de los enfermos, con júbilo de los enfermeros y para admiración del número 19 el experimento comenzó al día siguiente.

El señor Taglebatt había hecho poner en estado de funcionar una máquina eléctrica fácilmente portátil y de la forma de un aparato de fotografía de mediano tamaño. Los hilos transmisores de la corriente eran largos de tres metros, á fin de poder seguir al enfermo en sus evoluciones más imprevistas. Cuando la máquina obraba se oía un ligero ruido sordo y continuo como el zumbido de un moscardón.

Cuando hubo examinado el pie del número 19, el señor Taglebatt dijo:

—Muchacho, usted no tiene en el pie más que una retracción nerviosa que basta querer hacerla cesar para que cese en efecto. El día que firmemente tenga usted el deseo y la voluntad de andar sin dificultad y sin dolor, andará usted... Para ayudar al estiramiento de los tegidos, se le aplicará en el pie algunas descargas eléctricas. Ahora, escúcheme bien. Se ha escrito al ministro con motivo de la licencia que usted ha solicitado, y el ministro ha contestado negándolo. No será, pues, licenciado. Su interés está en curar. Tan pronto haya recobrado usted la libre disposición de su miembro, yo le concederé dos meses de licencia. Pero si usted se obstina en no querer andar me verá obligado á tenerle aquí en este hospital hasta el fin de su servicio militar. Verá usted que cada día corre el peligro de pescar una fiebre tifoidea, ó una pneumonía, ó tal ó cual enfermedad más grave. Comprenderá usted, que lo mejor que

puede hacer, es curarse. Esto depende únicamente de usted. Piense bien que su pie no tiene ningún mal; pruebe á andar con la voluntad de salir de aquí, y marchará usted dentro de poco tiempo tan fácilmente como yo.

Aquello fué muy divertido. Tres veces al día, á las diez, á la una y á las cinco, Colonna, Santa Clara, Lauriston y Rancoule entraban en la sala con gran ceremonia. «Como un rector seguido de las cuatro Facultades»; el enfermero llevaba gravemente la máquina eléctrica, de la que Colonna y Lauriston tenían los hilos, como los cordones de un ataúd. Se descubría el número 19; Rancoule le cogía el brazo; Colonna sostenía la máquina, Lauriston miraba un reloj, y durante cinco minutos, por medio de manecillas de madera terminadas por un botón transmisor guarnecido de algodón empapado en agua salada, Santa Clara enviaba la corriente eléctrica al pie izquierdo del paciente. A cada conmoción, el hombre saltaba, rodeaba, se retorció, temblaba, gritando, riendo, llorando y siempre gravemente el enfermero seguía el pie en sus cómicos sobresaltos y lo llenaba de electricidad. Por su parte, entre cada sesión, el número 19 procuraba andar diciendo ingenuamente que quería y lo lograría.

Pasaron quince días; la auto-sugestión alimentada cada mañana por los discursos convincentes del médico-jefe y por la electricidad no dieron otro resultado que fatigar al enfermo, quien al fin se desmoralizó y el día décimosexto no tuvo fuerzas para tenerse sobre sus piernas, el señor Taglebatt comprendió que era mejor capitular, prometiéndose licenciarse al número 19. Pero el fracaso de un método nuevo, en el cual había puesto grandes esperanzas, el jefe sufrió una violenta humillación que le puso de un humor malísimo del que no se desahogó hasta dos meses después.

Durante los quince días en que la retracción de los tegidos albugíneos había preocupado á todo el mundo, los enfermeros no pensaron en vigilar la hidrartrosis del número 20. Y el número 20, que se fastidiaba en su cama, aprovechaba este olvido para retirar su pierna del canalón de hoja de lata que lo inmovi-

lizaba. Por la mañana, antes de la visita, se ponía el canalón, quitándose lo á la conclusión de aquella. Se levantaba durante el día, andaba por la sala; por la noche, en lugar de sudar bajo el cobertor, sólo se cubría con la sábana: de manera que ninguna de las prescripciones del señor Taglebatt fué observada. De momento su hidrartrosis no pareció agravarse; pero una mañana, el médico-jefe se dió cuenta de que los tumores de la rodilla habían engrosado y subían hacia el muslo; también estaban más dolorosos y la hidrartrosis benigna amenazaba convertirse en gravísima.

—¡Colonna! ¡no se ha vigilado á este enfermo!— gritó el señor Taglebatt muy enojado.

—Señor jefe, ocupados de tal manera con el número 19...

—¡No importa! eso no debía impedirles vigilar el número 20... ¿Por qué no se le volvía á poner el canalón cada vez que se lo quitaba, porque se lo ha quitado... Y usted, muchacho,—preguntó al enfermo,—por qué se ha levantado, ¿por qué no pidió que se la colocase de nuevo, si se había caído?

Entonces, por primera vez desde que estaba en la división, la hermana Calixta habló; y fué para decir palabras de terribles consecuencias.

—Señor jefe; he reprendido al enfermo, y no ha querido escucharme, he advertido á los enfermeros y me han vuelto la espalda...

El señor Taglebatt frunció el ceño, y con un tono encolerizado que afectaba cuando se veía obligado á castigar, gruñó:

—Colonna, Santa Clara, Lauriston y Rancoule, quince días de arresto cada uno...

Los cuatro enfermeros palidecieron; era la primera vez que el médico-jefe les castigaba. Lanzaron á la hermana miradas cargadas de repulsión y de odio.

—En cuanto á usted, muchacho,—añadió el señor Taglebatt dirigiéndose al enfermo,—cuando esté curado volverá á su regimiento sin permiso de convalencia y con quince días de consigna, que su coronel le infligirá á mi ruego.

Prescribió en seguida la inmovilidad absoluta, el sudar y dos vejigatorios bajo la rodilla.

Pero desde aquel día una violenta hostilidad separó la hermana denunciadora, los enfermos caprichosos y los enfermeros egoistas.

El buen humor que dominaba en el 1.º Febricitantes en tiempo de María de los Angeles desapareció para ser reemplazado por una ruda desconfianza, que hacía á los enfermos menos dóciles, á los enfermeros más brutales y más astutos á la vez, la hermana más espía y más mala. Se pasaba el tiempo en buscarse camorra y descubrirse recíprocamente las truhanerías. La buena armonía, que es únicamente la que puede corregir las severidades de la disciplina y debilitar las consecuencias perniciosas del egoísmo, de la insensibilidad del corazón y de la desmoralización del espíritu desapareció del 1.º Febricitantes. Obligados á ponerse en guardia contra las denuncias de la hermana, Santa Clara y Colonna no renunciaron á las maquinaciones que les permitía la ociosidad; pero se ingeniaron en disimularla más diestramente, y como se perfeccionaron pronto en esa farsa especial, lo aprovecharon para hacerlo más.

La hermana Calixta estaba cargada de trabajo, pues los enfermeros se guardaban bien de ayudarla poco ni mucho. Su habitual mal humor se hizo más profundo y más grosero. Batida sobre el terreno de la disciplina por las truhanerías de los enfermeros, exhaló este mal humor contra los enfermos, y como Santa Clara no le dejaba obrar á su antojo en los cuidados medicinales, puso ella toda su fuerza de voluntad en la observancia de las prácticas religiosas todavía en boga en los hospitales militares. El mal humor de sor Calixta se transformó pronto en intranquencia clerical. En su cuaderno marcaba con una cruz de reprobación los enfermos que no se arrodillaban en las oraciones de la mañana y de la noche; estigmatizaba con dos cruces rojas aquellos que no iban el domingo á misa en la capillita donde el capellán oficiaba beatíficamente. Por ninguno de los enfermos tenía la hermana aquellas graciosas atenciones que alivian los sufrimientos. Hubo entonces en el 1.º Febricitantes una guerra declarada; de un lado, la hermana con una docena de enfermos hipócritas ó piadosos; de otro los enfermeros y los enfer-

mos que «se burlaban, como decía Colonna, de las prácticas católicas.» Ambos bandos se ingeniaron para hacerse daño. Para los «clericales» Santa Clara y Colonna alimentaban una hostilidad diestramente encubierta, afectando el mayor interés, pero que se traducía, sin que se diesen cuenta de ello los enfermos ni la hermana misma, por una falta absoluta de cuidados, disimulada por pacientes maquinaciones. Para los «anticlericales» la hermana Calixta no tenía ninguna bondad: arreglaba sus camas y cambiaba su ropas sin decirles una sola palabra agradable; nunca les distribuía aquellas mil dulzuras que dan á los enfermos la ilusión de la ternura maternal: palabras amistosas y que animan, bombones, cigarrillos, naranjas, pastelitos, odoríficos chocolates, etc. Así la envidia, la desconfianza y la hostilidad estaban latentes en él 1.º Febricitantes, y este estado poco tranquilo causó la agravación de muchas enfermedades y algunas muertes repentinas.

El número 20 se puso del lado de la hermana, con la esperanza de que ésta intercedería cerca del médico-jefe para obtener un permiso de convalecencia. Furiosos de aquella indigna defección, Santa Clara y Colonna abandonaron el número 20. Lo hicieron con bastante destreza para no ser disciplinariamente reprendidos, y la hidrartrosis se agravó más y más á pesar de los cuidados desde luego torpes de la hermana Calixta.

Se agravó tanto la famosa hidrartrosis, que los tumores se hicieron enormes y el señor Taglebatt tuvo que recurrir á los grandes medios.

Para evacuar el líquido que tenía la rodilla y el bajo del muslo verdaderamente hidrópicos, hizo una punción, después una inyección con dos partes de agua y una parte de tintura de iodo. Después de esta operación, prescribió para el enfermo un reposo absoluto. El tratamiento era bueno, pero venía demasiado tarde. La articulación se hinchó, enrojeció, se hizo muy dolorosa; la fiebre apareció con todos los síntomas de la artritis aguda. El señor Taglebatt ordenó tópicos emolientes, sanguijuelas, narcóticos; pero era durante una recrudescencia más violenta y más sorda de hostilidades entre los enfermeros y la

hermana; Santa Clara puso bien las sanguijuelas al «clerical», administró los tópicos y los narcóticos, pero ejecutadas estrictamente las prescripciones no se ocupó más del enfermo. Militarmente él no era culpable y la hermana no pudo decir nada contra él al médico-jefe. Sin embargo, dejaba de ser cierto que para vengar á los anticlericales de la negligencia malévola de la hermana, miró al número 20 sin interés y le cuidó sin precauciones. Un día la hermana se encontró indispuesta y no apareció por la sala. Libres de su espionaje celoso, Santa Clara y Colonna no se ocuparon de los clericales. El número 20 sólo tuvo un baño de los cuatro prescritos; el nivel de su temperatura se elevó de un golpe; al día siguiente atrapaba la fiebre tifoidea que desde hacía dos meses oprimía al 1.º Febricitantes como reina todo poderosa y difícilmente combatida. ¿Qué hacer contra una fiebre tifoidea complicada de hidrartrosis grave y de artritis aguda? La hermana Calixta abandonó médicamente al número 20, pero veló por que se confesase y recibiese la extremaunción. Dos días después murió.

Cuando Lauriston y Rancoule transportaban su cadáver al anfiteatro, el número 19, que por fin con la absoluta dejaba el hospital, se detuvo en la escalera cojeando para dejar pasar al camarada. Juntos entraron y juntos salieron, el uno en firme para la vida, el otro muerto.



II

El Loco simulador

Entre tanto el verano avanzaba, un verano espléndido y gozoso, cuyo calor se templaba en Port-Vendres por la brisa marina. Por apartada que estuviese la vida interior del hospital, el verano se manifestaba bastante en él para cambiar su aspecto y hacerlo agradable. Los plátanos del patio, del camino de ronda y del jardín daban una sombra, fresca donde los enfermos que podían salir de las salas iban á leer, fumar ó jugar á las cartas. Formaban grupos sosegados con sus chaquetas grises y sus gestos perezosos. El martes la música del regimiento de infantería de guarnición en Port-Vendres llegaba al hospital á las tres de la tarde. Se colocaba en círculo en medio del patio interior hasta las cinco, tocando marchas, polkas, alegres valsos ó aires de óperas célebres. Las ventanas de las salas se llenaban de enfermos y de enfermeros, y la enfermedad parecía hacer tregua mientras los sonos seductores ó melancólicos penetraban en todo el hospital, llenaban las escaleras, las salas y los cuartos, se introducían hasta en las chozuelas de los locos y hacían vibrar melodiosamente los numerosos tabiques de la división de los Aislados.

Después, de golpe, la música callaba y el hospital caía en un silencio triste. Entonces, como para indemnizarse de la calma pasajera, los sufrimientos se hacían más lancinantes y tiránicos; en toda la noche los oídos retenían los ecos de los armoniosos sonidos, pero los cuerpos torturados, los grandes enfermos no dormían; muchos tarareaban en el delirio las frases musicales oídas... Se decía que morían de una manera rara como aquel que no exhaló su último sus-

piro sino después de haber silbado hasta la última nota de la marcha de trompetas de *Aida*.

Cuando el verano estuvo en todo su vigor, una especie de rudo entorpecimiento invadió enfermos y enfermeros. Los primeros no se resistían al mal y se conformaban con mal humor á las prescripciones de los mayores, los segundos sólo gastaban las energías buscando medios de permanecer impunemente en la ociosidad.

En el 1.º Febricitantes, á pesar de la enemistad investigadora de la hermana Calixta, Santa Clara y Colonna habían tan diestramente arreglado la ejecución del servicio, que podían pasar todas las tardes tres horas largas fumando, leyendo ó durmiendo en el gabinete de visita. El número 19 partió y el 20 fué enterrado, transcurriendo una semana sin que hubiera en la sala un enfermo interesante, lo que había era fiebres tifoideas que normalmente curaban ó también normalmente morían; algunas fiebres palúdicas y disenterías; y dos tuberculosos pulmonares.

—¡Vamos á morir de tedio!—refunfuñaba Colonna.

Pero no se murieron, gracias á la llegada de un nuevo enfermo que no se parecía á ninguno de los que habían visto curar ó morir, y que era un tipo de los más curiosos que se ha encerrado en los muros de un hospital militar.

El 16 de agosto, á las dos y media de la tarde, bajo el peso de un calor sofocante, Santa Clara y Colonna se vieron despertados en su melancólica somnolencia por tres golpes secos dados á la puerta del gabinete de visita. Se levantaron con sobresalto.

—¡Adelante!

Mientras Colonna abría las contraventanas para iluminar la habitación, un hombre entró vivamente cerrando la puerta tras de sí.

—¿El cabo Colonna?—preguntó.

—Soy yo. ¿Qué quiere usted?

—Vea usted.

Y el hombre extendió un papel. Mientras el cabo leía, Santa Clara examinaba al intruso.

Era un soldado de la Legión extranjera, alto y delgado, los rasgos enérgicos y finos; sus ojos centelleaban de inteligencia; era muy nervioso, flexible y

decidido. Llevaba lente de concha, una sortija con escudo de armas en el dedo. Al entrar, había dejado en el suelo un paquete de libros. Santa Clara se agachó y vió algunos títulos: *El Porvenir de la Ciencia*, de Renan; *Así habló Zarathustra*, de Nietzsche; *La Opinión y la Multitud*, de Tarde; *Alrededor de una Vida*, de Pedro Kropotkine; *Catedrales de antaño y Fábricas de hoy*, de Carlyle. Santa Clara había leído todos esos libros; pero en la existencia deprimente del hospital, los había olvidado. Tuvo un momento de emoción como si encontrase de golpe á un amigo que creyó perdido; esto le duró un segundo, porque el enfermero se dijo rápidamente: «¿Qué me importa todo eso? ¿no me quedan aun dos años y medio de embrutecimiento? ¡Bah! duerme, Santa Clara, duerme! ya procurarás despertarte cuando no seas soldado!»

No miró más los libros; pero de la emoción fugitiva le quedó la simpatía para su propietario, y consideró con más benevolencia al recién llegado. Al mismo tiempo Colonna refunfuñaba.

—¡Está bien! vaya usted á la cama número 16.

Y extendió á Santa Clara el papel del entrante. El enfermero leyó: «Pedro de Cadirac, 27 años, Primer batallón extranjero, repatriado de la Indo-China, por bronquitis.»

Como había examinado bien al sujeto, le dijo riendo:

—No es muy grave la bronquitis de usted, señor de Cadirac!

El número 16 se volvió hacia el enfermero; con la mayor seriedad y con un tono de los más corteses:

—¿A quién tengo el honor de hablar?—preguntó.

Santa Clara hizo un movimiento de sorpresa, después recobrando súbitamente su vivacidad de otros tiempos, replicó:

—A don Juan de Santa Clara, vizconde por atavismo, novelista por vocación y enfermero de visita por necesidad!

El singular entrante tendió su mano al enfermero y contestó:

—El marqués Pedro de Cadirac, rentista por sucesión, doctor en letras, doctor en derecho y licenciado en ciencias por amor á los libracos, soldado de la Legión extranjera por una calaverada y bronqui-

toso por ocasión tiene el honor de ofrecer su amistad al señor de Santa Clara, en un lugar donde dos hombres de mundo tienen poca costumbre de encontrarse!

Colonna estaba estupefacto. El enfermero le tomó la mano y presentándolo á Cadirac dijo:

—Don Santiago Colonna, corso de origen, propietario por herencia, poeta por fatalidad y cabo enfermero-mayor por la gracia del médico-jefe...

Después, perdiendo aquella seriedad de encargo, los tres hombres prorrumpieron en una carcajada, estrechándose vigorosamente las manos.

Como no tenían más que una hora de libertad antes de la contra-visita, Colonna sacó del armario una reserva de café alcoholizado y la puso á calentar sobre un pequeño hornillo de gas preparado siempre; en seguida tomó de un cajón una caja de habanos, regalo de los parientes de un enfermo curado por casualidad de una bronco-pneumonía gripal complicada de cistitis, y ofreció un cigarro puro á Cadirac, quien lo olfateó, lo cortó y encendió como inteligente y práctico. Cerraron los cortinajes blancos de la ventana para obtener aquella semiclaridad propicia la conversación sosegada, y cuando los cigarros estuvieron encendidos y servido el ardiente café, cada uno de los tres convidados se echó en su sillón satisfecho,—pues el gabinete del 1.º Febricitantes estaba amueblado por permiso expreso del señor Taglebatt con el mobiliario de las oficinas.

—Y ahora que hemos encendido el calumet de la paz y gustado el café de la amistad,—dijo Santa Clara,—¿podrá usted decirnos, señor de Cadirac, por qué un hombre que está como usted, ha sido repatriado de la Indo-China y conducido al hospital de Port-Vendres por una bronquitis de las menos aparentes?

Cadirac abandonó el tono ceremonioso que había tomado al entrar, y respondió simplemente:

—¿Puedo considerarles á ustedes dos como verdaderos amigos de confianza?

—De toda confianza,—dijo gravemente Colonna.

—Pues bien, escuchen. Después de un amor desgraciado, hace un año, senté plaza en la Legión extranjera. No tardé mucho en arrepentirme, y eché

tanto de menos París, que formé el proyecto de desertar. Afortunadamente en Indo-China encontré á un médico-mayor que había conocido en el barrio Latino y me ha repatriado; pensé que una vez en Francia podría hacerme introducir en un batallón de Infantería colonial de guarnición en París. Pero el ministerio donde yo tenía amistades ha sido derrotado, los diputados con quienes contaba no fueron reelegidos y todas mis diligencias resultan frustradas. Mi permiso de convalecencia expira mañana. He dejado París hace dos días y debía embarcarme ayer tarde para Argelia, donde se encuentra mi batallón. Felizmente he tosido un poco durante el viaje y no me ha costado mucho trabajo hacerme hospitalizar por bronquitis...

—¿De qué le servirá?—interrumpió Santa Clara.
—Dentro de ocho días no toserá usted y le embarcarán...

—En ocho días, mi querido amigo, pueden pasar muchas cosas. El ministerio donde yo tenía amigos fué derrotado anteayer y entre los miembros del nuevo gabinete hay una persona muy amiga de mi difunto padre. Le he escrito: aguardaré aquí el resultado de mis diligencias... He ahí las ventajas que se sacan de la lectura diaria de los periódicos.

Santa Clara y Colonna se entusiasmaron al pensar que tenían en su sala un «enfermo» con quien podrían reír, fumar y conversar. Esto rompería un poco la monotonía de su existencia. Lo instalaron, pues en el número 16 y le pusieron al corriente de la guerra de los «clericales» y de los «anticlericales» cuyo teatro era el 1.º Febricitantes.

—Yo seré anticlerical,—dijo Cadirac sonriendo.

Por la noche se separaron con un fuerte apretón de manos, y el número 16 se extendió en su cama mientras Santa Clara y Colonna se dirigían á la sala de castigo donde les faltaban todavía dos noches, para concluir el que les había impuesto el médico-jefe.

A la mañana del día siguiente, cerca de las siete, sor Calixta dió el palmetazo acostumbrado para la oración, y no solamente Cadirac dejó de arrodillarse si no que echó sobre su cabeza un casquete gris de

enfermo. A pesar de toda la fuerza de su «anticlericalismo», Santa Clara y Colonna no dejaban nunca de descubrirse durante la oración. La protesta inusitada del número 16 fué, pues, notada por todos, y se aguardó con impaciencia que la corta ceremonia terminara para ver lo que haría la hermana Calixta. Esta no titubeó; se dirigió directamente á Cadirac y le dijo bruscamente:

—¿Por qué no se ha descubierto usted durante la oración, señor Cadirac?

El número 16 se sonrió con finura; sus ojos miraron con impertinencia á sor Calixta, y respondió con un tono seco, pero con la mayor cortesía en la actitud y en el gesto:

—Señora, yo puedo libremente ponerme mi casquete en la cabeza delante de una manifestación religiosa que no puedo aprobar. El ser á quien usted dirige sus necios ruegos puede ser un dios para usted, mas para mí no existe; no veo, pues, la necesidad de atrapar una coriza en honor suyo...

Y haciendo una reverencia de las más corteses, el número 16 volvió la espalda á sor Calixta. Toda la sala había oído aquellas audaces palabras. Nadie osó sonreír, pues la ofensa era grave; la hermana se quejaría al médico-jefe, y el recién llegado corría peligro de pasar la noche siguiente en la división de los detenidos. Para ponerlo en guardia contra una nueva imprudencia, Santa Clara se acercó á Cadirac y le dijo en voz baja:

—¡Desconfíe usted, querido! nuestro anticlericalismo para los enfermeros no llega hasta ganar quince días de arresto y para los enfermos hasta el envío á los detenidos...

Pero el número 16 levantó la cabeza, y con un tono convencido, vibrante y limpio de sectario, exclamó:

—¡Mis opiniones son libres, y yo las manifiesto en alta voz; jamás prestaré mi concurso ni siquiera pasivo á la más ridícula de las supersticiones!

La hermana Calixta hizo la señal de la cruz y se fué al otro extremo de la sala.

—¡Ah! ¡vamos! está usted loco!—replicó Santa Clara.

Cadirac se sonrió, guiñó sus ojos vivos y murmuró:

—Quizá, querido amigo... ¡Pero no tema usted nada por mí!

Sucedió lo que todos esperaban. Cuando el señor Taglebatt llegó ante el número 16 y le hubo examinado, declarando que su bronquitis era un simple constipado que duraría tres días, la hermana Calixta se adelantó y dijo en medio de un profundo silencio:

—Señor médico-jefe, este enfermo me ha insultado esta mañana.

El señor Taglebatt se sobresaltó, miró con aire sorprendido á Cadirac, después á la hermana, y exclamó:

—¿Insultado?... no comprendo cómo el señor Cadirac, que me parece perfectamente educado, haya podido...

La hermana relató la escena de la mañana y citó textualmente las palabras del número 16. El patrón estaba pasmado. Se apoyó contra una columna, miró estupefacto de frente al enfermo y le dijo simplemente:

—¿Es verdad esto?

—¡Perfectamente verdad, señor médico-jefe!—contestó el joven con tono muy suave y con su graciosa sonrisa.

—Explíquese usted, pues, por qué...

—¡Oh! es muy sencillo...

Los enfermeros, la hermana, el señor Taglebatt y el número 16 formaban un círculo en el cual el patrón y Cadirac ocupaban los dos polos. Santa Clara y Colonna temblaban por el nuevo amigo, que encontraban extraordinariamente imprudente. El médico-jefe lo examinaba con ojo escrutador, pues no podía creer que aquel hombre hubiese cometido con propósito deliberado y con toda su razón semejante inadvertencia. El culpable miró á todo el mundo con aire contento, echó en la sala, donde los enfermos estaban atentos, una ojeada circular é inclinándose con ceremonia ante el señor Taglebatt, con voz dulce, agradable, clara, con tono extremadamente cortés, con ademanes discretos y una actitud llena de respeto y de nobleza dijo:

—Muy sencillo en verdad, señor médico-jefe. No me serviré nunca de la frase de Gambeta: «¡El clericalismo, hé ahí el enemigo!» Esta frase ha corrido el mundo; ha sido demasiado útil á despreciables políticos para que yo me digne usarla á mi vez; es como la escoba de la cuadrilla; ha pasado por tantas manos sucias y barrido á la vez tantos suelos, que unas manos limpias no podrían cogerla y no sería de ninguna utilidad para un estrado encerado. Pero hay otras palabras más originales, más fuertes y menos vilipendiadas de las que podría servirme si fuese necesario, señor médico-jefe, para dirigirme á una notable y perspicaz inteligencia como la de usted...

Mayor, hermana, enfermeros, enfermos, todos estaban estupefactos. Preciso era que aquel hombre estuviese loco para osar hablar así, él, simple soldado, á un coronel todo-poderoso. Pero Cadirac era tan sencillo, tan natural, tan grave y tan respetuoso en la actitud y en el tono; lo que decía tenía unos rasgos tan originales y era al mismo tiempo tan sensato, que era imposible que el señor Taglebatt creyese en una burla, ni siquiera habría podido tachar de demencia tal manera de ser. Además, como si no se apercibiese de la sorpresa algo inquieta que se extendía á su alrededor, el extraño número 16 continuó:

—Sólo á mi pensamiento recurriré para defender mi conducta. La señora, que yo honro y respeto como mujer, pero que no podría considerar como revestida de un carácter religioso, puesto que yo niego la legitimidad de toda religión, la señora, digo, ó la hermana Calixta en superstición, ha querido dar unas palmadas esta mañana sin motivo razonable; á esta señal unos hombres se han arrodillado; otros que estaban cubiertos, descubriéronse y he oído como un murmullo confuso de moscardones... Después, esta misma hermana Calixta ha hecho en su cabeza, en sus hombros y en su pecho un signo cabalístico que sería motivo de risa y de sorpresa para uno de los más sabios filósofos de los tiempos modernos, para Jesús, si él pudiese darse cuenta del abuso que se ha hecho en la tierra de su nombre, de su vida y de su muerte... El conjunto de estos

actos constituye, parece, una oración, una súplica, una interrogación ó una acción de gracias. Todas estas cosas dirigidas ¿á quién? ¿se lo pregunto á usted, señor médico-jefe! ¡A Dios!... ¡Muy bien! pero ¿quién es este Dios?... ¿existe siquiera? y si existe, ¿cuál es su esencia, cuáles son sus placeres, y si es cierto que la plegaria, hecha en las condiciones que acabo de describir, le sea agradable?... Cuestiones arduas, señor médico-jefe que no han sido todavía resueltas desde que hay hombres que piensan; cuestiones, por consecuencia, que yo no puedo resolver en algunos minutos en presencia de usted... Hé ahí, por qué, aguardando la solución, he puesto mi casquete en la cabeza, ya que es perfectamente inútil que yo acate una ceremonia que podría alterar la rapidez y la claridad de mis reflexiones...

Y Cadirac se inclinó respetuosamente ante el señor Taglebatt, después, con naturalidad, se puso en una actitud militar, los talones juntos, la cabeza levantada, el dedo meñique en la costura del pantalón.

Los ojos fijos en el sorprendente locuaz, el médico-jefe ni siquiera procuraba ocultar su estupefacción. Sentimientos encontrados luchaban en él, y se preguntaba si Cadirac se burlaba de su autoridad, si estaba completamente loco y si una mala fiebre atrapada en las colonias le había dejado alguna tara mental que retoñaba en ciertas épocas y para ciertas causas definidas. Se han visto con frecuencia hombres, por demás sanos de espíritu, hacerse energúmenos á la sola palabra de religión, patria, ó de internacionalismo y de credulidad. Taglebatt observó largo rato el número 16, quien no se movió ni bajó los ojos un instante. Después bruscamente le preguntó:

—¿Ha tenido usted fiebres en las colonias?

Cadirac contestó sonriendo:

—He tenido la fiebre tifoidea; pero no creo, señor médico-jefe, que esto tenga ninguna relación con mi casquete... Dudaba sobre la existencia de Dios mucho antes de mi enfermedad...

El médico-jefe miró el número 16 durante algunos segundos todavía, después, sin dar á conocer su pensamiento, dijo simplemente:

—Adelante... hasta mañana, señor de Cadirac.

—Hasta mañana, señor médico-jefe...

Saludó militarmente, después se inclinó como hombre de mundo, y sin parecer apercibirse del efecto que había producido en sus oyentes, se sentó en el banco que formaba á media altura su mesa de noche, abrió *El Porvenir de la Ciencia* y se puso á leer, anotando con un lápiz casi todas las páginas.

Durante la visita el señor Taglebatt lo observó á hurtadillas. Interrogó á Santa Clara, quien muy francamente relató la manera como el número 16 se había presentado la tarde anterior, en el gabinete de visita. No descubrió la pequeña mentira de la tos transformada en bronquitis, ni la manera con que Cadirac se había hecho repatriar, pero dejó entender que el recién venido, había hablado de poderosas relaciones, de amistades ministeriales; Santa Clara sabía que esto contribuiría mucho á defender á Cadirac cerca del médico-jefe contra la enemistad y los perversos chismes de sor Calixta. En efecto, al dejar la sala el señor Taglebatt dijo á la religiosa:

—No se ocupe usted del número 16, hermana mía. Voy á observarlo cuidadosamente... Ese muchacho tiene evidentemente perturbaciones cerebrales consecutivas de una fiebre tifoidea... ¡Es lástima, pues parece de gran inteligencia y su instrucción debe ser considerable!... ¡En fin, ya veremos!...

Cuando el médico-jefe hubo salido Santa Clara y Colonna se juntaron con Cadirac y se relataron las graves palabras del patrón:

—Mis queridos amigos,—contestó imperturbable el número 16,—¿se sabe acaso si uno está loco ó no? El entusiasmo por la bandera tricolor ó por la bandera roja ¿no es una perturbación cerebral? ¿No lo es también el odio ciego del cura y otra también la santurronería? ¿Quién puede alabarse de ser siempre igual y semejante á sí mismo? ¿Quién puede reconocerse poseedor de toda la razón? ¿Quién osará decir: yo no estoy loco? El médico-jefe tiene quizá el derecho de atribuir mis actos y mis palabras á perturbaciones cerebrales; y por tanto yo imagino que mis palabras y mis actos son absolutamente semejantes á los vuestros, á los de los enfermos, á los de la her-

mana Calixta, á los de el señor Taglehatt. Locura, razón, ¿quién puede trazar la línea limpia y segura de la frontera de esos dos países? Quizá sea yo un loco; quizá lo estén ustedes más que yo... ¿Quién lo sabe?... Los abismos de la razón tocan bien pronto los techos de la locura, puesto que el hombre los atraviesa sin darse cuenta...

Sin al parecer notar la impresión que estas palabras producían en los dos enfermeros, Cadirac volvió tranquilamente á la lectura de *El Porvenir de la Ciencia*.

—¡Está loco!—dijo Colonna á Santa Clara cuando estuvieron en su gabinete.—Jamás he oído un hombre hablar así...

Pero el enfermero movió la cabeza con aire de duda.

—Lo que ha dicho es muy sensato, y está muy bien dicho,—replicó.—Esos discursos sólo parecen extravagantes por haberse oído en un hospital militar. Claro está que la vida que llevo desde hace seis meses me ha embrutecido considerablemente; sin embargo, compruebo con placer que mi inteligencia me vuelve por momentos y hé ahí mi opinión: Cadirac está completamente loco, considerado como soldado de la Legión extranjera en tratamiento en el hospital militar de Port-Vendres; pero en un salón de sabios, ó únicamente de hombres á quienes interesen los grandes problemas de la humanidad, Cadirac será un orador lleno de ciencia y de ingenio... Después de todo no ha cometido extravagancias extraordinarias; ha hablado solamente al médico-jefe como á un igual... Verdad es que se necesita estar loco para hacerlo en tanto grado.

A las diez el número 16 rehusó la porción de carne y legumbres que le daban, y á Colonna, que se sorprendía, le dijo:

—El hombre no se alimenta sólo de pan...

—¡Pero es que se le da no sólo pan, sino carne y habichuelas!—exclamó el cabo riendo.

—Amigo mío,—aconsejó dulcemente Cadirac,—no diga usted más tonterías.

Por la tarde tuvo con Santa Clara una larga conversación sobre el libre albedrío. Pero el enfermero,

cuyo ingenio no tenía ya la vivacidad y la lucidez necesaria para las controversias, que, desde hacía seis meses no había leído una sola página de filosofía ni aún de un libro serio, que no soñaba más que en las realidades materiales y un poco bajas de la existencia, encontró prodigiosamente paradójicas las ideas de Cadirac. Además éste las expresaba en un lenguaje exaltado, agitándose como un convulsionario, entremezclando sus discursos con latín, griego, fórmulas algebraicas y palabras hebreas.

—¡Decididamente, está loco!—se dijo Santa Clara. —Debilitado por las fiebres coloniales, su cabeza no puede soportar el peso de toda la ciencia un poco confusa...

Y repitió inconscientemente la frase del médico-jefe:

—¡Es lástima!

Por la noche, cuando la hermana hubo hecho la señal de la cruz con que terminaba la oración, Cadirac, que tenía puesto su casquete, levantó los brazos al cielo exclamando en medio de la sala:

—*Parce, Jesu parce! ¡Non licet omnibus adire Corinthum!*

La hermana Calixta miró á Cadirac con espanto. ¡Si estuviese verdaderamente enfermo, habría sin ninguna duda deseado la muerte del condenado! Así al día siguiente hizo al médico-jefe un copioso y furioso relato sobre la locura antirreligiosa del número 16. Interrogados Santa Clara y Colonna, hicieron una relación detallada de los actos y palabras del enfermo durante toda la jornada del día anterior. Después, en la visita, á una pregunta del señor Tagle-batt tan sencilla como:

—¡Qué tal! ¿cómo se encuentra usted?

Cadirac contestó con un discurso que duró quince minutos. ¿Cómo se encontraba? ¿Quién podría decir de sí mismo: yo me encuentro de esta manera ó de la otra? puesto que á través de los siglos los más grandes hombres no han llegado jamás á observar exacta y absolutamente la famosa máxima puesta sobre el frontispicio del templo de Delfos: *Gnóti seauton*, del que los Latinos han hecho: *Nosce te ipsum* y los Franceses: *Connais-toi toi-même* (conócete á ti

mismo). Pero si alguien pudiera decir precisamente cómo se encuentra, sería un dios, pues el atributo de la divinidad—divinidad que por otra parte no es todavía la herencia de nadie—consiste precisamente en conocerse enteramente, completamente á sí mismo y en conocer á los demás por el simple conocimiento de las relaciones de este sí mismo con los otros. Y Cadirac dijo muchas otras cosas todavía, tolo entremezclado de latín, griego, hebreo, de fórmulas algebraicas, químicas, físicas. Y fué dicho con la seriedad más sorprendente y la cortesía más respetuosa, digna y noble.

—¡Adelante!—dijo Taglebatt sin replicar una palabra.

Esto duró ocho días. Tan pronto el número 16 comía glotonamente, como rehusaba todo alimento. Con Santa Clara, Colonna, Lauriston, Rancoule y los enfermos tenía conversaciones en que le era fácil causarles sorpresa: todos le creían loco de una locura divertida é inofensiva, pero muy perjudicial para sí mismo en el curso de la existencia. De vez en cuando, sin embargo, Santa Clara dudaba. Respondía á Cadirac, y el joven replicaba entonces con tales palabras y en el fondo con tal buen sentido, que el enfermero, más al corriente que sus camaradas de las cuestiones agitadas por el número 16, volvía al razonamiento que hizo á Colonna el primer día. Una mañana, excitado, dijo bruscamente á Cadirac:

—Vamos, confíeseme usted que simula la locura, para que le den la absoluta, pero una locura original y en un sentido infinitamente honorable, locura al fin, puesto que parece perturbar en usted la visión material de la vida. Confiese usted, pues, que la simula.

A estas palabras, Cadirac abrió sus grandes ojos sorprendidos, se mostró conmovido por primera vez y exclamó:

—¿Formalmente, hay quien me cree loco, y hay otros que creen que simulo la locura?... Pero usted debe equivocarse, querido amigo. Le aseguro que yo no creo estar loco... que no lo sé, al menos en el sentido que el común de las gentes dan á esa terrible palabra. En cuanto á simular... ¿es acaso representar el papel de loco resumir los libros inmortales de los

filósofos, extraer la quinta esencia de los discursos de los sabios?... ¿Qué he hecho que pueda hacer creer que estoy loco ó que simulo la locura?... Verdaderamente no acierto á comprender... Verdad es que yo debería acordarme de un refrán árabe: «Para los locos los sabios están locos y para los sabios los locos son los más sabios», y yo le pregunto, mi querido amigo, cuál de nosotros dos es el loco, el sabio... ¡Cuestión ardua, como usted verá!...

Y meneando la cabeza, murmurando frases griegas que Santa Clara no comprendió, Cadirac le volvió la espalda, aunque el enfermero quedó más indeciso y perplejo que antes...

Casi al mismo tiempo el señor Taglebatt convocaba en su despacho á los cinco mayores del hospital: señores Corsoli, de Lamure, Lamiral, Duponseau y Mansoni. Les explicó el caso del individuo llamado Cadirac y les rogó se encontrasen al día siguiente, á las ocho de la mañana, en la sala del 1.º Febricitantes para una consulta general.

Como para la consulta general que tuvo lugar durante la interinidad del señor Corsoli en el asunto del simulador Catraro, Colonna esta vez también hizo de la sala una enorme joya reluciente, sosegada, fresca y alegre. El señor Taglebatt pasó la visita sin detenerse ante el número 16. Este día los mayores no se hicieron esperar. Todos llegaron á la vez y precedidos del médico-jefe se dirigieron hacia la cama de Cadirac.

Este leía. Viendo aproximarse á los seis señores graves, con relucientes botones dorados y galones nuevos, con la cruz de la Legión de honor sobre el pecho y que los seis le miraban fijamente, Cadirac se levantó con lentitud, dejó el libro sobre la cama, avanzó dos pasos, hizo el saludo militar, y dijo al médico-jefe, con tono tan respetuoso, tan cortés y tan humildemente interrogador, que nadie podía ofenderse por sus palabras.

—¡Qué derroche de ciencia, señor médico-jefe!... ¿Mi bronquitis se ha hecho tan grave y tan curiosa, sin que yo me diera cuenta, que ha interesado á seis médicos?...

Esto produjo un extraño malestar. Exclamación y

pregunta eran lógicas, pero pronunciadas por un soldado hablando a seis grandes jefes sin ser interrogado, con una audacia que abolía lisa y llanamente las distancias jerárquicas y sin embargo con una deferencia cortés á la cual no había nada que reprender; esas palabras impresionaron desagradablemente á los cinco mayores, y vinieron en apoyo de lo que pensaba el médico-jefe desde el primer día que había oído á Cadirac.

Entonces, muy delicadamente, puesto que creía en perturbaciones cerebrales de orden particular, el señor Taglebatt interrogó al número 16. Como si hubiera querido deslumbrar á los cinco mayores que no le conocían, el enfermo contestó con una facundia extraordinaria. En lenguaje grandemente imaginario, con rasgos de expresión casi geniales, usando de comparaciones nuevas, poderosas, que sorprendían por su originalidad, Cadirac contestó á todas las preguntas. Trató sin el menor embarazo los asuntos más profundos, más arduos y confundió á los seis médicos. Como pasaba sin transición de una idea á otra, como entremezclaba sus discursos con citas en lenguas muertas y en lenguas extranjeras, como tomó lápiz y papel para demostrar con una figura geométrica una teoría literaria de su invención, los seis mayores no pudieron ya seguirle, y no comprendiendo nada de las explicaciones del demostrador, se encogieron de hombros con un sentimiento de desdén y de piedad. Para ellos, la locura del joven no era dudosa; ¿cómo podría ser sensato ese simple soldado de veintisiete años que, á ellos, hombres maduros, casi ancianos, cubiertos de galones, de honores, de condecoraciones, cargados con la experiencia de toda una vida científica y observadora, les relataba historias de las cuales no comprendían casi nada; que sostenía ante oficiales y con una tranquilidad pasmosa, teorías subversivas, locas, absurdas; que negaba el progreso, la ciencia, la existencia de Dios, la legitimidad de la propiedad y de un gobierno?... Sin embargo, de Lamure quiso asesorarse.

—Pero, dígame, —preguntó, —¿qué es eso que lee usted?

—Un libro de Pedro Kropotkine.

—Kropotkine... ¿oiga usted... no es un anarquista que pasó la mitad de su vida en la cárcel, que fué condenado á muerte por rebeldía en Rusia?...

El número 16 sonrió, y con más exaltación que nunca exclamó:

—¡A muerte! ¡á la cárcel! señor mayor, ¡piénselo bien! ¿Se está prisionero cuando el espíritu viaja libremente á través del pasado, del presente y del porvenir, hasta poder edificar lógicamente sociedades ideales en que todos los hombres serán como dioses?... ¿Se está condenado á muerte cuando se vive en espíritu tan plenamente, tan gozosamente, tan suntuosamente que la existencia prodigiosa de un califa de *Las mil y una noches* no es á su lado más que la pobre y mísera vida de una lombricilla de tierra?...

Continuó por este tenor durante quince minutos, pero ya los mayores no le escuchaban siquiera. Reunidos á algunos pasos discutían en voz baja. Después de cinco minutos de deliberación, se acercaron al número 16 y procedieron á un simple examen médico. Interrogaron á Cadirac sobre las enfermedades de sus abuelos y de sus padres, sobre su juventud, sobre su temperamento en el colegio, sobre su vida en París, sobre la fiebre tifoidea que había tenido en la Indo-China. Y cuando supieron que Cadirac abuelo había muerto á ochenta años gritando: «¡Viva siempre la Antorcha del Templo! ¡Oh Gran Arquitecto, reemplázame en el edificio por una piedra más sólida y repulverízame!»; cuando supieron que la señora de Cadirac abuela había sido sonámbula durante diez años de su vida y murió en un delirio; cuando se enteraron que el señor Cadirac padre se había convertido ocho veces á ocho religiones diferentes y había muerto completamente desesperado adorando al Sol principio de su vida; que madame de Cadirac madre vivía todavía en un convento español, pues había profesado en cuanto quedó viuda; y, por último, que Cadirac hijo, allí presente, había tenido en su infancia un gusto desordenado por las camisas de mujer; que en el colegio se le castigaba porque leía los libros de Confucio y de San Agustín alternativamente; que en París había pasado tres meses sin salir una sola vez de una buhardilla, donde su criado le

subía sencillas comidas, y en donde buscaba sin cesar la significación exacta de una frase griega, atribuída á Aristófanes, pero que no se encontraba en ninguna de sus comedias, y donde descubrió al fin que esta frase había sido introducida fraudulentamente, mal copiada y recopiada, y procedía sencillamente de una página de Santo Tomás traducida en mal griego por algún monje ignorante; cuando supieron que había sentado plaza en la Legión extranjera porque una actriz de renombre le había dicho que «la cansaba con su ciencia»; cuando consideraron ese cúmulo de cosas, los mayores se retiraron gravemente.

Dos días después Cadirac estaba licenciado «por perturbaciones cerebrales de un género muy particular, producidas por herencia, consecutivas inmediatamente á la fiebre tifoidea, sin peligro, pero francamente incompatibles con las exigencias del servicio militar.»

Fué el mismo médico-jefe quien por la mañana, durante la visita, informó á Cadirac diciendo:

—La fiebre tifoidea le ha dejado á usted una nerviosidad de clase particular, incompatible con la tranquilidad y sangre fría que debe poseer todo buen soldado. He hecho, pues, que se le dé la licencia absoluta... ¿Esto le contraría acaso?...

—No, señor médico-jefe; por el contrario, estoy muy contento al pensar que pronto podré volver á mis altos estudios, pues la investigación de la Sabiduría es extensa, ardua y llena de desilusiones... Pero esperaba tan poco este favor extraordinario, que usted me ve por ello emocionado... ¡Y yo que estaba á punto de descubrir la raíz asiática de la palabra *Asla*, que significa medida de longitud antiguamente usada en Egipto y equivalente á metros 127'8063!... La nueva que usted me hace el honor de traerme ha disipado mi razonamiento... Sin embargo, no por ello dejo de darle con la mayor efusión las más expresivas gracias, señor médico-jefe, pues yo encontraré otra vez mi raíz...

Y al momento, después de haber saludado, Cadirac recogió un papel sobre el cual se ostentaban numerosas fórmulas algebraicas entremezcladas de palabras escritas en caracteres hebreos.

El señor de Cadirac consagró la mañana á ponerse la ropa de paisano que le trajeron de un almacén de confección de Port-Vendres. Hizo un paquete con sus libros y sus cuadernos y abandonó el hospital después de decir sencillamente á Santa Clara y Colonna:

—¿Salen ustedes esta noche?

—Sí.

—Pues bien, no coman ustedes á las cinco. Yo les cito á *La Langosta de Plata*, donde me honrarán aceptando el pan y la sal del viajero que se despide... Y les estimaré muchísimo que me acompañen á la estación: tomaré el tren de media noche que va á París...

—¡Convenido! — contestó Colonna. — Pediremos permiso de teatro... Hasta la noche...

—Hasta la noche, mis buenos amigos.

Los enfermeros aguardaron con impaciencia la hora de salida. Después de un período de convicción, Santa Clara dudaba más que nunca de la locura del número 16. Hizo partícipe de sus dudas á Colonna, y los dos se prometieron desenmascarar á Cadirac en el calor de los postres.

A las seis, pues, se lanzaron alegremente fuera del hospital, y como *La Langosta de Plata* estaba en el centro de la población, sobre el puerto, tomaron un coche á fin de no llegar con retraso.

La Langosta de Plata es un restaurant á la moda, lujosamente decorado, situado á veinte metros del mar. Invadido el piso bajo, la acera estaba llena de mesitas y en el centro de cada una había un vaso lleno de flores de colores alegres. Delante de una de esas mesitas estaba sentado Cadirac aguardando á sus invitados. En cuanto los vió se levantó con presteza y salió á su encuentro:

—¡Sean ustedes bienvenidos!—exclamó,—la mesa está puesta, el cubierto les aguarda y el maestro cocinero elabora el modesto menú que me he permitido encargar mientras les esperaba.

El menú no sería tan modesto si se considera que á los postres Colonna estaba borracho, mas por un resto de lucidez se sostenía firme á fin de no desmerecer de Santa Clara, quien, por cálculo, había mez-

clado mucha agua á su vino y podía sostener con desenvoltura la conversación con Cadirac, que no había bebido más que una copa de champagne y un vaso de Banyuls. Cuando encendieron los cigarros y el odorífico café humeaba en las tazas, mientras Colonna aspiraba y arrojaba gravemente columnas de humo, Santa Clara intentó confesar á Cadirac. Pero allí perdió la brújula, pues el licenciado disertó de la misma manera que lo hacía cuando era el numero 16, de tal modo, que cuando se levantaron, el enfermero continuaba preguntándose:

—¿Está ó no está loco?

Sobre la proposición de Colonna, que la digestión fácil lo había despejado, y que tenía ahora concentradas en el cuerpo todos los calores de muchos vinos, se decidió ir á distraerse hasta las once en una de las numerosas casas *hospitalarias* del barrio de peor fama de Port-Vendres. Eran apenas las ocho, tenían, pues, tiempo de sobra para correrla.

Port-Vendres es una de las dos ó tres poblaciones del Mediodía donde la prostitución es tan considerable que la municipalidad se ha visto obligada á destinarle un barrio. Es como una población dentro de otra población. Tiene sus costumbres, su policía, su comercio, su aristocracia y su religión, que es el triple culto del lecho, del billete de Banco y del confesionario. En Port-Vendres, el barrio amoroso se encuentra enclavado entre el puerto y las antiguas fortificaciones. La prostitución se ha instalado allí con una familiaridad muy oriental, sobre todo en la calle *Pavée d'Amour*, que es la principal arteria de la ciudad voluptuosamente comercial. Desde el mediodía á la media noche tiene el mismo aspecto, sólo varía la claridad: al sol suceden las lucés de gas reforzadas por las numerosas linternas suspendidas sobre las puertas, por la luz que viene del interior de las casas, por los globos rojos y azules de una farmacia, por la claridad de algunas tiendas de peluquería ó de mercería. Las puertas de todas las casas están abiertas y dejan ver, en el fondo de una habitación, una gran cama con las sábanas entreabiertas. En muchas brilla un crucifijo de porcelana ó de cobre entre los cortinajes. Y delante de las puertas,

en lo alto de una escalinata de dos ó tres gradas, como sobre un altar, hay mujeres sentadas en taburetes. La mayor parte sólo están vestidas con un peinador transparente, adoptando actitudes incitantes y haciendo mohines sugestivos. Otras permanecen inmóviles para no perder el efecto de la actitud estudiada. Todas sonríen á los transeuntes y les asestan sus ojos con los párpados prolongados y pintados de negro; llaman al cliente con una palabra obscena ó con un gesto lleno de promesas. Algunas veces se insultan unas á otras, pero de ordinario conversan simplemente de una puerta á otra tomando tranquilamente el fresco. Se ven allí meridionales flacas y morenas; mujeres del Norte, con senos desbordantes; rubias, ojos azules y boca encarnada; inglesas secas; españolas pequeñas y regordetas, ó altas y delgadas, con ojos encendidos; italianas lánguidas, de manos pequeñas y senos apretados; negritas sonrientes, lascias ó fofas, ó más puras de forma que las estatuas; japonesas grotescas; judías de cabellos negros... Parece aquello una exposición de santas que hubieran cambiado el altar por el atrio de sus templos.

Cuando Santa Clara, Colonna y Cadirac entraron en la calle les pareció que se alargaba indefinidamente, con sus mil luces, terminada á lo lejos por una enorme linterna fantástica, estrella de primera magnitud anunciadora de una casa de primera clase!... Soldados de infantería de marina, marineros, descargadores subían y bajaban del brazo, se detenían para replicar á las obscenidades de una mujer, para acariciar la cara de otra que contestaba según su carácter y sus necesidades con sonrisas, injurias ó una bofetada, para contratar con una tercera el precio de diez minutos, de una hora ó de una noche de placer. Y en la calle Pavée d'Amour en aquella hora voluptuosa había un ruido ensordecedor producido por llamadas, gritos, risas, sonos de guitarra y de canciones; hirviente de vida, de deseos, de apetitos, de concupiscencias; embalsamada con todos los perfumes de la mujer y de la flor; hedionda con todos los olores de la cocina y del soldado.

—Vamos hasta el final,—dijo Colonna, que conocía los sitios;—esto es para el populacho.

En efecto, cuanto más se avanzaba en la calle, más bonitas, más juvenes y caras eran las mujeres, y conforme iban pasando, Santa Clara, riendo, las contrataba: primero dos pesetas, después tres, luego cinco, hasta diez; pero llegaron al final de la calle, y frente la gran linterna roja, dijo Cadirac:

—¡Descendamos! pero no pasemos de diez pesetas: en amor de lance, como en todas las cosas, es bueno poner precio, y yo entiendo que no es caro.

Habían venido por la derecha y se volvían por la izquierda, Santa Clara, que iba como explorador, se detuvo delante de tres mujeres juntas sentadas, en una escalinata. Eran judías, muy bonitas, de dieciséis á diecinueve años, vestidas solamente con un peñador amarillo de seda transparente.

Llevaban sus hermosos cabellos negros sueltos sobre la espalda, en las orejas pendientes de cobre dorado y labrado y enormes sortijas en todos los dedos; tenían todas la misma mirada atractiva y la misma sonrisa llena de promesas; se parecían mucho:

—¡He ahí las tres Gracias!—exclamó Santa Clara.

—Venidas en línea directa del serrallo de Salomón!—dijo Cadirac.

—En efecto: no pasemos de aquí,—concluyó Colonna riendo bestialmente.

Estaban alineados delante de las tres mujeres, que habían quedado impasibles como estatuas.

—Señoras,—dijo Cadirac ceremoniosamente,—somos tres nobles señores que pretendemos la posesión material de sus encantos divinos. ¿Qué precio ponen ustedes para hacernos el honor de desfallecer en nuestros brazos tan robustos como acariciadores?

Las judías debían estar acostumbradas, pues no hicieron caso de aquellas palabras extravagantes. Una de ellas, la que parecía de más edad, respondió tranquilamente con marcado acento español:

—Treinta pesetas si apagan ustedes la luz, y cincuenta si dejan la lámpara encendida, pues sólo tenemos una habitación pequeña con una cama grande para las tres!

Cadirac aplaudió con entusiasmo y exclamó en español.—¡Hablas como un libro, hija de la sierra! ¡Yo

te amo! Te escojo, querida, para ser mi sultana de un instante! Señores, escoja cada uno! Y va por cincuenta pesetas: mis antepasados pagan.

Como ellas eran igualmente bellas y amables, los dos enfermeros tomaron por la mano cada uno á la mujer que tenían delante; las tres parejas entraron en la habitación. La que había hablado cerró la puerta y los tres taburetes permanecieron vacíos en el umbral.

Dos horas después Santa Clara, Colonna y Cadirac aguardaban el tren para París en el andén de la estación de Port-Vendres. Cuando se hizo la señal á los viajeros, el licenciado apartó á un lado al enfermero y le dijo muy de prisa:

—Yo espero, señor de Santa Clara, que volveremos á vernos en París, donde se convencerá usted de que he dejado mi locura con mi hábito militar en el hospital de Port-Vendres. Sostendremos juntos, así lo deseo, conversaciones tan profundas como las que han hecho creer en mi locura, pero emplearé entonces palabras sencillas, giros de frase de una imaginación menos desordenada, y tendré cuidado en servirme de sabias transiciones para pasar de una idea á otra. Dicho esto, y si la influencia del medio no ha atrofiado completamente la inteligencia de usted, reconocerá que sí en el territorio de los ciegos, los tuertos son reyes, aquellos que tienen dos ojos pasan por locos. ¡Hasta la vista, señor de Santa Clara! es usted un escritor, yo soy un letrado; nos encontraremos algún día por los pasillos del Odeón ó en un ensayo general de los Franceses... Sonó un silbido, Cadirac se lanzó á un compartimento de primera clase, y el tren se puso en marcha.

—¡Y qué!—dijo Colonna,—se ha burlado de todos!

—Es tan loco como yo.

El cabo soltó la carcajada y se golpeó el vientre exclamando:

—¡Qué tunante! ¡Se pierde de vista; pero ha de reconocerse que es un excelente tipo!



III

La Inspección general

Al siguiente día de la partida de Cadirac, anuncióse que la inspección general, retrasada aquel año, tendría lugar el 15 de septiembre. Se tenían, pues, ocho días para prepararla. Con motivo de esto apareció una orden del médico-jefe encareciendo á los oficiales, sargentos, cabos y enfermeros mayores, «desplegaran la mayor actividad», y á los soldados que demostraran más que nunca «el espíritu de obediencia, de disciplina y de abnegación sin los cuales no puede vivir un ejército». Estas frases vagas se prestaban á todas las interpretaciones, y oficiales, sargentos, cabos y enfermeros mayores cada cual las interpretaba según su propio interés, que era el interés de su servicio particular, con frecuencia en detrimento del de los demás.

Desde el 8 de septiembre, el hospital militar de Port-Vendres estuvo en desorden. El oficial señor Tonneau, que había sustituido al señor Dulaurier, enviado á In-Salah, no pensó más que en el servicio militar de que estaba encargado; todo el día inspeccionaba el acuartelamiento, las camas, la paquetería y las armas; el señor Mariette, especialmente encargado del material y de la contabilidad, pasaba doce horas diarias en los almacenes, las bodegas y oficinas, todo ello agrupado en un mismo cuerpo de edificio; el señor Lefer, un oficial nuevo, encargado de los abastecimientos, pasaba de la cocina á los cuartos de reserva, se irritaba terriblemente porque tras minuciosos cálculos hallaba un litro de aceite de más ó un saco de patatas de menos. El señor Trémolières, oficial principal administrador, se le veía en todas partes cuando no se le buscaba y en ninguna cuando

era necesario, porque tenía el especial acierto de ir siempre á la parte contraria á la en que se le creía encontrar. Y cada uno de estos oficiales, teniendo un número restringido de enfermeros á su servicio especial, se ingeniaba para procurarse otros hombres; era aquello la caza al inferior; no podía pasar un enfermero por el patio interior sin ser bruscamente abordado por uno de los tres oficiales ó por cualquier sargento que gritaba:

—¡Eh! ¿dónde va usted?...

—¡A mi servicio, señor oficial!

—¿Dónde está ese servicio?... Con seguridad que anda usted ganduleando. Quédese aquí y láveme esos doscientos platos.

O bien le hacían transportar veinte sacos de patatas, ó limpiar quince fusiles, ó pasar por alquitrán cuatro armaduras de cama. Se atrapaba para pintar de nuevo puertas y ventanas, para cubrir cajas, para enjugar botellas, plegar camisas, lavar una pared, dar lustre á veinte mecheros de gas, limpiar cincuenta orinales, cien labores diferentes que interrumpían el servicio del hospital. ¡Desgraciado del enfermero que se arriesgaba á atravesar el patio interior sin una orden de mayor ú oficial; podía estar seguro de ser detenido y enviado al instante á algún servicio extraordinario.

El 10 de septiembre, á las dos de la tarde, Santa Clara sumergía un tífico en un baño, cuando Colonna lo llamó desde la puerta de la sala.

—Venga usted,—dijo el cabo.—El sargento-conserje celebra el décimo aniversario de su matrimonio y le invita á beber unas copas...

—No puedo; tengo un tífico en el baño...

—¡Bah! déjelo, es cuestión de cinco minutos; el baño debe durar diez, conque tiene usted tiempo de sobra... Además, si no viene, Casalba se creará ofendido, y puede usted temer no salir en un siglo; siempre encontrará algún pretexto para prohibir la salida...

—Entonces voy volando.

Echó una última mirada al tífico, que parecía estar muy contento en su baño, y corrió con Colonna al pabellón del sargento-conserje. Se bebió, se hicie-

ron los cumplimientos apropiados á la fiesta, empleando en ello tres minutos, y Casalba dejó marchar al momento á Santa Clara, que se precipitó á través del patio interior hacia la escalera del 1.º Febricitantes. Pero al llegar á la verja chocó violentamente contra un hombre...

—¡Oh!

Y levantando la cabeza reconoció al señor Mariette.

Iba á excusarse, pero el oficial, rojo de furor, le interrogó. Era éste un hombre alto y grueso, con nariz de berengena y ojos redondos; bastante buena persona ordinariamente, pero á quien la menor falta de un subalterno sacaba de quicio.

—¡Cuidado con atropellar á la gente! ¡Cuatro días de arresto por haber topado con un oficial!

—Pero, señor...

—Ante todo, ¿dónde iba usted? ¡A gandulear sin duda! Estos enfermeros nunca tienen nada que hacer... ¡Yo le daré trabajo; venga usted!...

—Pero, señor oficial...

—¡Basta! ¿quiere usted que doble los cuatro días? ¡Entre usted ahí!

Llevó á Santa Clara á una escalera, bajó detrás de él, y el enfermero se encontró en medio de una inmensa bodega en el sótano, donde cerca de cien enfermeros lavaban botellas.

—¡Enjuágume esas diez botellas y márchese después!

Santa Clara tuvo que obedecer; renunció á explicar que tenía un tífico en el baño, porque estaba expresamente prohibido hacerlo, y la sola confesión de la falta le hubiera valido al menos ocho días de arresto; además, el oficial sólo le escucharía después de hecho el trabajo, como es regla en el ejército para toda reclamación. Muy enojado y más humillado aún por verse obligado á hacer un trabajo tan bajo, Santa Clara enjugó despacio y muy mal las botellas, y durante una ausencia del oficial interrogó á sus compañeros de servicio. Supo que desde el mediodía, el señor Mariette estaba de centinela en el patio y que ni un enfermero había podido pasar sin ser interpeado, aprehendido y conducido á la bodega: habían de lavarse mil botellas antes de las cinco de la tarde;

el trabajo no empezó hasta el mediodía, lo que explicaba el furor y la rudeza del grueso Mariette. Las salas debían estar casi todas desguarnecidas, pues Santa Clara vió allí cinco enfermeros de visita y una treintena de enfermeros de sala en medio de la multitud de enfermeros de administración, de explotación y de servicio. Allí estaba Janteau, el enfermero farmacéutico, que se desolaba; á las tres debía entregar al farmacéutico principal Delongle doscientas cápsulas de antipirina; tocaban las dos y cuarto y tenía todavía para lavar veinticinco botellas y ni una sola cápsula preparada.

—¡Los enfermos bailan!—exclamó Paterne, el enfermero de la división de los Venéreos.

—¡La danza macabra!—añadió Drouet riendo á carcajadas.

—Dime, Drouet,—dijo Santa Clara,—tu Corsoli estará furioso. ¡Cómo diablos te las arreglarás para aseptizarte las manos después de haberlas empapado en tal suciedad...

No pudo responder: Mariette volvía con tres enfermeros, entre ellos Caillotte y Lauriston. La caza era buena. Pero viendo á Lauriston, Santa Clara tembló: Colonna en la habitación del conserje, Rancoule en el gabinete de la vajilla por una hora todavía, Lauriston allí, ¡no había, pues, ni un solo enfermero en el 1.º Febricitantes! Y el tífico hacía quince minutos que estaba en el baño!... Se apresuraba; faltaban aún cinco botellas.

—¡Con tal que no le pase por la cabeza al patrón dar una vuelta por la sala!—se dijo.—Sería curioso: vendrían bien quince días de un montón. ¡Oh, qué vil servicio!...

Enjuagaba, frotaba, agitaba las botellas con furor, ensuciándose su delantal blanco, mojándose las zapatillas... Por fin, enjuagó la última botella y se lanzó á la escalera:

—¡Eh! ¡abajo! ¿dónde iba usted?—gritó Mariette.

Santa Clara se detuvo en seco. Entre dientes murmuró un juramento y después dijo:

—He lavado las diez botellas, señor oficial, y me vuelvo á mi servicio.

—¡Veamos! ¿dónde están esas diez botellas?

Evidentemente no podían reconocerse en medio de otras cuatrocientas todas iguales, Santa Clara escogió las más limpias, sosteniendo que aquellas eran las suyas. Pero el oficial descubrió tres en un lado que estaban apenas mojadas y que estaban interiormente negras de polvo.

—¡Tome usted, rugió,—aquí están. Y no proteste, ó si no triplico los cuatro días!... Láveme esas y enjugará diez más, para que aprenda á burlarse de mí!..

Entonces, con aquella admirable y cobarde resignación del soldado que ha llegado á adoptar como tema el «tanto se me da», Santa Clara lavó las tres botellas sucias, que no eran, sin embargo, suyas, después las diez suplementarias.

Cuando subió al 1.º Febricitantes eran las tres menos quince minutos. Vió al momento al tífico desvanecido en su baño, que había durado cuarenta y cinco minutos. De una ojeada circular comprendió que ninguno de los enfermos residentes en la sala aquella tarde sofocante de septiembre, se había apercibido del baño prolongado: en efecto, de los doce enfermos presentes, once estaban acostados y uno leía un libro en la mesa de espaldas al baño. Entonces Santa Clara retiró al tífico inanimado, cuya cabeza había quedado afortunadamente fuera del agua apoyada al borde de zinc, y le condujo á su cama. Pero allí comprobó bien pronto que el tífico había muerto.

Sintió una violenta y profunda conmoción. Por primera vez, aunque vagamente todavía, se sintió criminal; sintió criminales á Casalba, que celebraba el aniversario de su matrimonio; á Colonna, que le había arrastrado á beber; á Mariette, que lo había detenido; á los enfermeros, que le daban ejemplo del miedo de ser castigado y de la cobardía de obedecer siempre sin discutir ni murmurar; al hospital, y por último, al reglamento, que eran el lugar y la causa primera de tantos crímenes inconscientes.

—¡Soy yo quien te ha matado!—se dijo con tristeza, yendo á la oficina de las entradas á buscar al cabo de servicio, para la comprobación del fallecimiento y del inventario. Al atravesar de nuevo el patio interior, oyó que le llamaban. Se volvió y vió

al señor Tonneau que, agitando el brazo furiosamente voceaba.

—¿Qué hace usted ahí paseándose tranquilamente con las manos en los bolsillos cinco días antes de la inspección general?... ¡Venga usted aquí... sígame usted!...

Bajo el golpe de la muerte del tífico, Santa Clara carecía de voluntad. Triste, con la cabeza baja y el andar lento, seguía al oficial. Este condujo al enfermero al fondo del jardín, en un pequeño patio donde se encontraba un cobertizo en que estaban colocadas al lado de un montón de cruces de cementerio, cuatro jarros de pintura blanca.

—Siéntese usted aquí,—dijo el señor Tonneau designando un pequeño banco,—y pinte en medio de todas estas cruces la palabra *Ci-git*. Póngala usted bastante alta para que quede sitio para añadirle un nombre debajo... ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señor oficial.

—¡Pues bien! hágalo usted y venga á advertirme cuando haya terminado.

Sin siquiera contar las cruces, pues todo le era indiferente, Santa Clara empezó aquella triste y estúpida tarea. Con un pincelito escribía con pintura blanca la palabra *Ci-git* (1), aplicándose en hacer las letras regularmente. Y esa ocupación maquinal, adormeció su emoción; pronto trabajó sin tener la fuerza de pensar.

Estaba ya en la octava cruz cuando oyó detrás de sí una voz furiosa que gritaba:

—¡Pero hombre! ¿Está usted loco? ¿Vale la pena ser bachiller para cometer semejantes faltas de ortografía?... ¿Cómo escribe usted *ci-git*?

Aturdido, Santa Clara, miró al señor Tonneau y contestó titubeando:

—Pero, señor oficial, yo lo escribo... como lo he escrito.

—Ya lo veo, ¡voto al infierno! y usted lo escribe

(1) *Ci-git* (aquí yace). Dejamos la palabra francesa, cuya ortografía ocasiona este episodio, por ser imprescindible. (*N. de la T.*)

mal. *Ci-git* se escribe: *c, i, ci*, un guión *g, i, gi*. Está comprendido: *gi, gi, gi*, sin *t!*...

Santa Clara no tuvo siquiera fuerza para contestar. Miró al señor Tonneau con un aire tan aturdido, que el oficial exclamó:

—¿Por qué me mira usted con esa cara de idiota?... Se dice *ci-gittt*, ó *ci-gi*? Pase usted un brochazo negro sobre todas esas *t!*... ¡Qué enseñan en esos colegios, esas universidades y en todas esas escuelas de imbéciles?... Palabra de honor: no hay como ser bachiller para ser bestia como un asno. Despáchese y procure no dormirse con ese *ci-gi!*...

Y tirando de sus bigotes rojos con toda la fuerza de sus dedos óseos, el señor Tonneau se marchó velozmente.

Después de un movimiento de hombros y un: «¡Qué me importa!», que daba clara idea sobre su estado de ánimo, Juan de Santa Clara cubrió con una capa de pintura negra todas las *t* ya trazadas y continuó su tarea escribiendo la palabra «*ci-gi*» con la ortografía del oficial Tonneau.

Cuando concluyó fué á avisar que estaba listo, pasando en seguida á la oficina de las entradas y volvió al 1.º Febricitantes en compañía del cabo Marlotte, de servicio para los fallecimientos. Era ya casi de noche en la sala. Colonna no quería encender las lamparillas hasta las siete en punto.

—¡He hecho bien en traer mi farol!—dijo Marlotte.

Y con un paso indolente se dirigieron hacia la cama donde reposaba el cadáver del tífico.

Santa Clara tenía hambre. No asistió al inventario, y como no estaba de guardia aquella noche y tenía sueño, no salió del hospital; fué á acostarse. Tardó mucho en dormirse; antes de hacerlo pensó en el tífico muerto en el baño; pero pensó también en el *Ci-gi* del señor Tonneau, y eso le hizo reír, tanto, que, como se durmió con aquella impresión, su sueño fué muy alegre.

Al siguiente día empezó la tarea, como de costumbre, y se rió aún, contando á Colonna lo del oficial Tonneau, mientras aguardaban la visita diaria. Aca-baba de contar la historia del *Ci-gi*, cuando se abrió

la puerta bruscamente apareciendo el señor Taglebatt.

—Santa Clara,—dijo el médico-jefe entrando en la sala,—el comandante Batier, de la infantería colonial, que estaba en cura con su familia en Port-Vendres, acaba de morir. Le ruego componga al instante un epitafio bien buscado donde usted recordará los varios servicios prestados por el comandante Batier. Vaya usted á mi despacho, mi ordenanza le dará las notas precisas. ¿Habrá usted concluído antes que yo haya pasado mi visita?

—¡Oh! sí, señor jefe.

—Pues bien! traígame aquí el epitafio.

Santa Clara corrió al despacho del señor Taglebatt. Pronto tuvo compuesto un epitafio de ocho líneas á la gloria del comandante Batier. Pero, en el momento de poner aquello en limpio, tuvo una idea de divertida venganza contra el señor Tonneau y ortografió así la primera línea:

Ci-gi...

Riendo de antemano por lo que iba á suceder, el enfermero volvió al 1.º Febricitantes. Entregó el papel al señor Taglebatt. Pero éste le echó una ojeada y exclamó:

—¡Cómo! usted...

Interrumpió la expresión de su pensamiento, tan grande era su admiración. Santa Clara no parpadeaba aparentado la más ingenua curiosidad:

—¿Hay algo que no esté bien?

—¡Sí, hay algo!—dijo Taglebatt con un acento de reproche,—pero es tanto, y tan grave, que me pregunto... ó si por falta de atención inconcebible...

Un silencio pesó sobre los enfermeros y los enfermos. ¿Qué habría, pues, que pudiera sorprender hasta tal punto al señor Taglebatt, á quien nada sorprendía? Santa Clara exageraba su confusión y su ademán significando: «No comprendo.» Pero el médico-jefe repuso casi al instante:

—¿Cómo escribe usted *ci-git*?

—¡C, i, ci; g, i, gi! deletreó Santa Clara ingenuamente.

Colonna y Lauriston sonrieron; sor Calixta hizo

una mueca despreciativa, y el señor Taglebatt, con los ojos desencajados de sorpresa exclamó:

—¡Eh! ¡cómo! ¡usted, un bachiller, un escritor, comete tales faltas de ortografía!...

Santa Clara respondió tranquilamente:

—Anteayer, señor médico-jefe, yo hubiera escrito *ci-git* con una *t*. Pero desde ayer es muy diferente...

El señor Taglebatt no comprendía, y como tenía por costumbre, cada vez que no comprendía una cosa, comenzó á ponerse colorado y furioso. Con la voz cavernosa, habitual en parecidas circunstancias, dijo:

—¿Y por qué es muy diferente desde ayer?

Toda la sala estaba «suspendida» de los labios de Santa Clara. Sólo Colonna, que adivinaba la burla, miraba á su camarada con la tranquilidad de la confianza. Sin esperar mucho tiempo el enfermero contestó:

—Es que ayer, señor médico-jefe, al pasar por el patio por cuestión del servicio, fui detenido por el oficial señor Tonneau, quien me ordenó que pusiera en blanco la palabra *ci-git* sobre una treintena de cruces pintadas en negro...

Y Santa Clara relató la aventura burlesca del día anterior. El señor Taglebatt detestaba al señor Tonneau; el enfermero no lo ignoraba, y sin parecer faltar al respeto del oficial, apoyóse en los detalles que podían mejor ridiculizar al antiguo sargento iletrado. Cuando terminó con las sonrisas de toda la sala el divertido relato, concluyó:

—Y he ahí señor médico-jefe, que después de haber visto la seguridad del señor Tonneau, he dudado de mí mismo, y me he dicho que quizá tuviese él razón, que la ortografía se me olvidaba como le sucede alguna vez á todo el mundo, hasta á los más grandes sabios, y he escrito *ci-gi* sin *t*.

El médico-jefe no sonrió. Con tono seco y frío ordenó:

—Vaya usted á decir al señor Tonneau que venga aquí y que se traiga un diccionario.

Por la primera vez después de su entrada en el hospital, Santa Clara sintió un gozo puro, absoluto. Era tan grande y tan profundo este gozo, que el en-

fermero se puso á reír y á cantar yendo hacia el gabinete del señor Tonneau. Dió á la puerta tres golpes triunfantes, abrió con ademán tranquilo, saludó militarmente con énfasis y dijo con voz sonora:

—Señor oficial, el señor médico-jefe le ruega que vaya inmediatamente al 1.º Febricitantes.

Respió un momento y añadió casi sonriendo:

—¡Con un diccionario!

—¿Con un diccionario?—repitió el señor Tonneau aturdido... ¿para qué?

—Creo, señor oficial,—dijo Santa Clara, exagerando el respeto de su actitud, que es para cortar la diferencia que me hizo usted el honor de tratar ayer conmigo á propósito de la palabra *ci-git*.

Sin pensar en rechazar la insolencia manifiesta del enfermero, tan inquieto y turbado estaba el señor Tonneau, tomó de un estante un *Petit Larousse* polvoriento que no se había tocado hacía meses y se dirigió con paso rápido á la escalera del 1.º Febricitantes, Santa Clara le seguía. El oficial subió corriendo como si tuviese prisa de concluir; abrió de un golpe la puerta de la sala y entró. Al ruido el señor Taglebatt, que se lavaba las manos, se volvió sin interrumpir su tarea y vió venir hacia sí al «terrible» Tonneau. ¡Ah! merecía bien poco su epíteto en aquel momento el desgraciado Tonneau. Sus bigotes rojos eran menos conquistadores, sus ojos no centellaban, y hasta su nariz, aquella nariz amenazadora, parecía menos pico de águila. Se detuvo á seis pasos del médico-jefe é hizo un saludo digno de un sargento instructor.

El señor Taglebatt le miró un momento sin cesar de lavarse las manos. Y mientras se secaba con la toalla que le tendía Lauriston, dijo con calma:

—Haga usted el favor de buscar la palabra *ci-git* en su diccionario, señor Tonneau.

Rojo de humillación y de cólera el oficial hojeó el libro con dedos temblorosos. Cuando el ruido del papel cesó, el señor Taglebatt, que no miraba siquiera al desgraciado preguntó:

—¿Está usted?

—Sí, señor médico-jefe.

—¿Ha leído usted?

—Sí, señor médico-jefe.

—Puede usted retirarse; es cuanto tenía que decirle.

El señor Tonneau saludó, dió la vuelta sobre sus talones y salió. La puerta estaba apenas cerrada, cuando el señor Taglebatt se volvió hacia Santa Clara y dijo con un tono un tanto burlón:

—Le impongo á usted dos días de arresto, Santa Clara, por no haber observado voluntariamente las reglas de ortografía que usted conoce mejor que nadie.

El enfermero había estudiado bastante el carácter del «Patrón» para sorprenderse y enfadarse por el castigo que se le imponía á causa de su venganza, é hizo como los demás el saludo militar delante del señor Taglebatt, que salía de la sala con aire de satisfacción. Cuando se le creyó bastante lejos se oyeron risas formidables; enfermeros y enfermos se reían de la escena divertida que acababa de tener lugar con la audaz ironía de Santa Clara.

Se reía de tan buena gana, que nadie se apercibió de que acababan de entrar dos hombres que conducían un enfermo sobre una camilla seguida de un señor y de dos señoras vestidas de luto riguroso. Los recién llegados se detuvieron cerca de la puerta; los angarilleros sonreían mientras las dos damas y el caballero se mostraban dolorosamente escandalizados. Colonna fué el primero en verlos.

—¡Silencio!—gritó y avanzó diciendo: —¿Qué hay?

El caballero miró de arriba abajo al cabo, y sin quitarse el sombrero, dijo en tono arrogante señalando al enfermo acostado en la camilla:

—Es mi hijo á quien acompañamos. No sabemos lo que tiene, pero le creemos en peligro... ¿Quiere usted señalarle un cuarto inmediatamente?

Colonna tardaba en contestar, pero Santa Clara, que había oído la palabra del caballero, se colocó al lado del cabo y replicó secamente:

—Nosotros no tenemos habitaciones... ¿Dónde está la papeleta de entrada? ..

Los angarilleros habían depositado la camilla sobre el embaldosado, y uno de ellos sacó un papel de su bolsillo y dijo:

—Aquí está.

—Pneumonía, —leyó Santa Clara.—Está bien; acuéstelo en el número 21.

El caballero enrojació de cólera, y con voz indignada, malamente contenida:

—¡Cómo! ¿en medio de estos?

—Estos, caballero, son soldados como el hijo de usted—contestó Santa Clara con un poco de énfasis.

—Pero uno de vuestros oficiales me ha dicho que se le pondría en una habitación aparte!—dijo el padre, con menos insolencia.

—¿Tiene usted una orden escrita del médico-jefe? —preguntó Santa Clara.—¡No! ¡pues bien, su hijo de usted, caballero, tiene pneumonía y nada lo designa para estar aislado de los demás.

—¡Voy á ver al médico-jefe!—exclamó el caballero palideciendo.

Póngase al entrante en el número 21, ordenó el enfermero sin contestar.

Interesados por aquella escena extraordinaria, enfermeros y enfermos miraban con curiosidad al recién entrado, que parecía dormir. Era un joven endeble y delicado, con cara de damisela, manos largas y finas, pies pequeños. La altura insólita del cuello de su túnica y la firmeza del paño de su pantalón indicaban al soldado rico y protegido que puede pagarse y vestir un uniforme de fantasía. Se le desnudó pronto y se le acostó en el número 21 sin que pareciese despertar. Entre tanto el padre y las dos damas habían salido. Volvieron al cabo de quince minutos acompañados del sargento jefe de la oficina del médico-jefe, quien dijo á Santa Clara:

—Puede usted poner al entrante en una habitación, el señor Taglebatt lo permite.

—¡Está bien!—dijo el enfermero con una impertinente indiferencia.

Y de concierto con Colonna dió las órdenes necesarias para que el entrante, que se llamaba Ludovico de Monrose, fuese conducido á una de las habitaciones amuebladas á lo largo del corredor que unía el 1.º Febricitantes á la división de los Oficiales. El caballero y las dos damas, la mamá sin duda y la abuela del enfermo, acompañaron al joven y no se

les vió más en la sala. A las once el señor Taglebatt hizo al señor de Monrose el honor de ir á examinar á su hijo. El joven padecía una congestión pulmonar doble, y en el corredor, después de la visita, el médico-jefe dijo muy bajo á Santa Clara:

—Está perdido; no pasará la noche; advierta usted al capellán que se presente discretamente.

Hasta las cuatro, Santa Clara estuvo ocupado y no entró ni una vez en la habitación de Monrose.

Aguardaba la contra-visita del señor Corsoli, cuando entraron dos hombres con una camilla. El soldado que venía en ella tenía una angina, y Santa Clara notó que venía del mismo regimiento que Ludovico de Monrose. Pero nadie le acompañaba.

—En el número 21,—ordenó el enfermero.

Estaba apenas acostado el entrante, cuando llegó el señor Corsoli. Examinó el número 21 que, sofocado, se ahogaba.

—Angina flegmonosa,—dijo el principal.

El señor Corsoli prescribió un tratamiento, añadiendo:

—Envíese un telegrama á la familia.

Después, seguido de Santa Clara, pasó al cuarto de los Monrose. El padre, la madre y la abuela estaban sentados alrededor de la cama, al pie de la cual, la hipócrita sor Calixta estaba arrodillada. Todos se levantaron á la entrada del señor Corsoli. El principal se quitó su kepis, examinó durante un buen rato al enfermo, y se retiró sin decir nada. Pero el padre le acompañó hasta el corredor.

—Señor mayor,—dijo humildemente,—podría usted decirme...

—Está perdido,—contestó el señor Corsoli corriendo por lo sano.

Los dos entrantes de aquel día, el conde Ludovico de Monrose y el número 21 entraron á la vez en la agonía. El primero tenía á su alrededor la familia, un cura y una hermana de la caridad; el segundo moría solo en medio de cincuenta enfermos indiferentes. A las cinco, antes de ir á comer, Santa Clara se aproximó al número 21 á fin de preguntarle la dirección de su familia; pero el desgraciado respondió entre dos hipos:

—No tengo familia... soy huérfano...

El enfermero sintió gran piedad por aquel infeliz, tanto era el contraste. Habló algunos minutos con el número 21 y procuró distraerlo un poco haciéndole contar la historia de su enfermedad. ¡Pero qué distracción y qué historia!

Dos días antes el número 21, que se llamaba Marchedot, formaba parte de un destacamento que iba de Perpiñán á la frontera de España. Durante el trayecto de Elne á Corps se quejó de dolores en la garganta; por prescripción del médico de Corps, fué enviado al día siguiente, directamente y bajo la conducción de un sargento, á La Mure, para ser trasladado por el ferrocarril hacia el hospital de Port-Vendres. A su llegada á La Mure, no encontrándose en estado de proseguir su viaje, pidió detener su marcha hasta el día siguiente y fué visitado por el doctor Canal requerido para prestarle sus cuidados. El señor Canal diagnosticó un estado anginoso, y prescribió la evacuación á Port-Vendres, bajo el pretexto de que el hospital de La Mure «¡no recibía militares!» El enfermo fué transportado en coche á la estación, acompañado por un cabo que tomó el tren con él. Llegó á Port-Vendres medio muerto (1). Y demasiado tarde para que ninguna medicación pudiera salvarle. En La Mure era todavía curable, pero ahora...

Ludovico de Monrose murió á las once de la noche, en presencia de Santa Clara, que estaba de guardia, y en medio de los besos, consuelos y lamentos de su padre, de su madre, de su abuela, del capellán y de sor Calixta. Había dos bujías encendidas á la cabecera de la cama, y cuando «entregó su hermosa alma á Dios», el cura le roció de agua bendita, murmurando dolorosamente el *De profundis*. Se iba en paz, provisto de todos los sacramentos de la Iglesia, seguro de haber sido adulado, amado en esta vida y con la certeza de la *felicidad eterna en la otra*.

Santa Clara asistió á aquella muerte «edificante»;

(1) Véase el apéndice, nota G.

después, cuando sólo había un cadáver, salió de la habitación del noble conde y entró en la sala donde dormían y sufrían cincuenta y un plebeyos. Instintivamente se dirigió hacia la cama número 21, y se sorprendió de no oír ningún ruido de respiración difícil y de suspiros de angustia. Proyectó toda la luz de su farol sobre el rostro del nombrado Marchedot, y le vió convulso, la boca abierta, los ojos desencajados y vidriosos.

El número 21 había muerto hacía ya quince minutos sin que ni siquiera se apercibiese el hombre de guardia de la sala.

Tristemente, con la cabeza desbordante de pensamientos confusos, Santa Clara cerró los ojos de Marchedot y se fué á despertar el cabo de guardia, á fin de que se procediese al inventario de los objetos dejados por el número 21 y por Ludovico de Monrose.

Seguido de Santa Clara, que sólo era un simple espectador, pues los inventarios no le concernían, el cabo Marlotte entró en la sala murmurando entre dientes:

—¡Esto es atroz! ¡no le dejan á uno dormir tranquilo! ¡Este es el cuarto que revienta en una hora!... ¡Qué obligación tan perra! ¡Eh, hombre de guardia, venga usted aquí!

El plantón salió del rincón sombrío donde dormitaba, y se adelantó. Despertados por la voz de Marlotte, algunos enfermos levantaron la cabeza; pero como conocían la lúgubre ceremonia, se taparon, volviendo á dormirse muy pronto. Entre tanto el cabo se había aproximado al número 21. La sábana moldeaba las formas enflaquecidas del muerto. Marlotte puso su linterna y un cuaderno sobre el vientre del cadáver y ordenó al plantón:

—Registre usted los vestidos que están sobre la mesa de noche, la bolsa de cuero y el almohadón y ¡vivo! que tengo sueño...

Apoyado en una columna, en la obscuridad de la sala, Santa Clara miraba el grupo extraordinariamente iluminado que formaban Marlotte, el plantón y el cadáver entre ellos.

—¡Un portamonedas!—dijo el plantón.

—¿Conteniendo?

—Setenta y cinco céntimos.

—¡Qué riqueza!—murmuró el cabo, escribiendo en su cuaderno sostenido, como con un pupitre, por el vientre del número 21.

—Un cuaderno,—continuó el plantón.

—¡Veamos!—dijo Marlotte.—¿Qué contiene?

—Una fotografía de mujer.

—¡Ah! ¡A ver!... Es su novia sin duda... ¡Vaya! Puede pasar. Y detrás tiene su dirección. Me la guardo. Procuraré consolarla,—dijo Marlotte metiéndose la fotografía en su bolsillo.—¿No hay más?

—¡Una navajilla!

—Veamos... ¡Bah! Poco vale; guárdesela usted si le gusta...

—Gracias, cabo.

Y el plantón, satisfecho por aquella adquisición, se guardó la navajilla.

—Entonces, contémoslo todo,—recapituló Marlotte:—un portamonedas que contiene setenta y cinco céntimos; poca cosa; no es cantidad que merece ser enviada á la familia... Tome usted; la mitad aproximada para cada uno.

—¡Muy bien! ¡Echaremos un trago á su salud!—dijo burlonamente el plantón tomando los céntimos del reparto.

—Así,—repuso Marlotte, después de rascarse la oreja,—inscribiremos: un portamonedas con diez céntimos, y una cartera conteniendo diversos papeles sin valor... ¡Firme usted aquí!

El plantón firmó con una gruesa letra de campesino; Marlotte firmó después de él y dijo:

—Cuando el enfermero de guardia en el segundo turno venga á reemplazarle, entre los dos conducirán el muerto al anfiteatro... Al pasar por el cuerpo de guardia, me avisará. ¡Ah! no olvide usted ponerle al cuello la medalla de identidad.

Y volviéndose hacia Santa Clara añadió:

—¿Me ha dicho usted que había otro?

—Sí,—contestó el enfermero con voz temblorosa,—pero allí no podrán ustedes escamotear nada... porque están los del muerto...

¿Era aquello un reproche, ó una broma? La acti-

tud de Santa Clara no expresaba nada, y el cabo Marlotte optó por reír.

Pasaron al corredor. El enfermero dió un golpe en la puerta del cuarto; se abrió. Pero á la vista del cabo con un farol y un cuaderno, el capellán comprendió de qué se trataba, y, levantándose tomó á Marlotte por el brazo, le hizo retroceder y le dijo suavemente:

—¡Váyase usted y vuelva mañana por la mañana para el inventario... Es preciso no turbar las oraciones de esta familia en duelo...

Al día siguiente Santa Clara se quedó en la cama, haciéndose pasar por enfermo. El señor de Lamure que le visitó, diagnosticó un ligero ataque de fiebre, y ordenó tres días de reposo.

El enfermero conocía su mal, pues él mismo había provocado este acceso de fiebre fumando un cigarrillo de tabaco empapado en aceite, truhanería bien conocida de los «maulas».

Y permaneció todo el día en la cama, solo, entregado á las reflexiones que la muerte del tífico en el baño durante el lavado de las botellas y el horrible inventario hecho por Marlotte, hacían llegar á su imaginación llena de vergüenza, de amargura y de repugnancia. Por segunda vez, Santa Clara entrevió la ignominia y la bajeza de su existencia; tuvo conciencia del peligro que corrían en el infame y grosero medio en que vivía, su corazón y su inteligencia. Quizá esas reflexiones hubieran producido en seguida su fruto si dos días después no hubiese tenido lugar la inspección general, donde Santa Clara se vió otra vez dominado por la pompa militar que se desplegó, y en la que fué nombrado cabo con el número 1, en el escalafón. Las músicas, galones, condecoraciones, espadas, las plumas negras del general inspector, la ostentación orgullosa de los plumeros y de los uniformes hicieron olvidar al enfermero la muerte del tífico y el inventario de Marlotte. Hasta los galones de lana encarnada que le pusieron en las mangas, aquellos pobres galones de cabo, le causaron gozo, pues le elevaban al mismo rango que esos imbéciles y groseros cabos que no podrían castigarle ya ni le hablarían con aquel tono ofensivo

de superioridad. Pero la repugnancia no hizo más que esconderse en el fondo de su alma; la inspección general le cubrió de un barniz de contento y de ingenuo entusiasmo superficial, que es muy conocido de todos aquellos que han presentado el arma en una circunstancia solemne; un hecho, un solo hecho nuevo, debía agrietar ese barniz y la repugnancia, muy poderosa aquella vez, iba á triunfar de las bajas y perniciosas influencias.



Las exequias del voluptuoso general

Al tercer día después de la inspección general, los cabos Santa Clara y Colonna fumaban y leían tranquilamente en su gabinete entre la visita y la comida, cuando golpearon violentamente la puerta.

—¡Vamos; un animal que viene á interrumpirnos!
—refunfuñó Colonna dejando su libro en un cajón...
—¡Adelante!

La puerta se abrió; se presentó un enfermero, hizo el saludo militar y dijo:

—El médico-jefe llama al cabo Santa Clara.

—¿Al momento?—preguntó el enfermero.

—Sí, en seguida.

—Está bien, allá voy.

El enfermero desapareció.

Santa Clara se quitó su delantal, se cepilló un poco.

—¿Qué querrá de ti?—preguntó Colonna.

—No sé. Pero no creo que sea cosa del servicio...
¿Ha ocurrido hoy algo?

—No. Únicamente el 43 y el 46, á quienes sólo hemos dado cuatro baños en lugar de ocho, pero el patrón no puede saberlo...

—En fin, allá voy; veremos...

Santa Clara salió del gabinete sin inquietud. Era raro, sin embargo que el señor Taglebatt llamara á su casa á un enfermero, fuese cabo ó visitador. Una orden se transmitía por el sargento jefe de oficina, del médico-jefe ó por un oficial. Una repulsa, un castigo hubiera sido manifestado é impuesto en la visita de la mañana ó en la información. Santa Clara estaba, pues, bastante intrigado cuando llegó á la antecámara del señor Taglebatt. No esperó ni un minuto; el plantón de servicio le abrió la puerta del

gabinete, en el que todos, oficiales y soldados, no entraban más que con motivo del servicio y con frecuencia temblando.

El médico-jefe estaba sentado ante una mesa despacho recubierta de un tapete encarnado. Tenía en la mano una carta desplegada. Cuando Santa Clara se presentó en actitud reglamentaria, el señor Taglebatt dejó la carta sobre la mesa, levantó la cabeza y miró á su enfermero. Su ojo izquierdo y su ojo derecho convergían sobre el joven, severos, pero sin amenaza. De golpe las miradas se suavizaron y con voz muy lenta el médico-jefe dijo:

—¿Puedo tener completa confianza, verdad?

A tales palabras Santa Clara comprendió que nada le amenazaba y que si había cosas graves no podían ser contra él. Estuvo entonces menos tieso en su actitud, y contestó sin la sequedad ó sin la timidez habitual, según los casos, del inferior delante su superior jerárquico:

—¡Completa confianza, ya lo creo, señor médico jefe!

—Yo lo creo también. Voy á encargar á usted una misión en extremo delicada. Cuento con su inteligencia y con su discreción. Pero no puede hacerlo solo. ¿Tiene usted cuatro hombres sobre quienes ejerza usted prestigio en absoluto?

—Si es desde el punto de vista militar,—dijo el enfermero sonriendo, soy cabo y los cuatro soldados obedecerán, cualesquiera que sean. Pero si usted quiere hablar de un prestigio moral fuera de la disciplina, señor médico-jefe, tengo el cabo Colonna y los enfermeros Lauriston y Rancoule...

—¡Está bien!—Tome usted esos tres hombres y diga de mi parte al cabo Colonna que, aunque sea más antiguo que usted en el grado, yo le pongo momentáneamente y en absoluto bajo las órdenes de usted... Ahora verá de qué se trata.

El señor Taglebatt se detuvo. Santa Clara aguardó con impaciencia la explicación de aquella misión extraordinaria, muy extraordinaria, puesto que era causa de que un coronel hablase con un cabo poco más ó menos como si el último fuese un capitán ó un comandante.

El patrón volvió á leer la carta que tenía en la mano cuando el enfermero entró, después mirando bien de frente á Santa Clara y siempre con tono lento:

—Un general retirado ha muerto hoy á la una en casa de una mujer, calle del Pozo Florido, número 8. El difunto no tiene familia, y esa mujer es una perdida de baja estofa. No conviene que se vea salir el cadáver de un general de una casa de mala fama. Tome usted un furgón ordinario, un furgón del acarreo de los equipajes, que hará enganchar y conducir por uno de los cuatro hombres. Con una orden mía en el cuartel se le entregará á usted el caballo. Irá usted á la calle del Pozo Florido, número 8. Sin llamar la atención de los transeuntes, poco numerosos en aquel sitio, pondrá el cadáver en el furgón y lo conducirá aquí al trote. Entrarán por la puerta del jardín y depositarán el cuerpo sobre una de las losas de la sala de autopsia. El general habrá sido cuidado por usted y habrá muerto de fiebre tifoidea, aquí, en este hospital. ¿Ha comprendido usted?

—Sí, señor jefe,—dijo Santa Clara, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para no reírse.

Aquí está la orden para que le faciliten el furgón. ¡Vayan en seguida! Me dará usted cuenta... ¡Ah! diga usted al cabo Colonna y á sus soldados que infligiré, yo mismo, treinta días de arresto al que le desobedezca á usted ó diga una palabra de este asunto. Cuento con usted y sin debilidades...

—Obedeceré estrictamente.

—¡Está bien, vaya usted!

El enfermero saludó militarmente, giró sobre sus talones y salió orgulloso de la confianza de que acababa de ser objeto.

Cinco minutos después Santa Clara, Colonna, Dupont, Lauriston y Rancoule salían del hospital. El enfermero dió la dirección al cabo para que se fuese con dos soldados, mientras que Dupont y él se dirigieron en busca del furgón. A la vista de la orden, el teniente de servicio les entregó un furgón y un caballo, que Dupont guió. Partieron al trote á la calle del Pozo Florido. El furgón atravesó toda la ciudad, tumultuosa en aquella hora de la salida de

las fábricas, de los almacenes y talleres, costeó los muelles del puerto y entró en el barrio del peligro, que era en Port-Vendres un pequeño arrabal. Atravesaron toda la calle del Pavée d'Amour, donde había poco Santa Clara, Cadirac y Colonna habían corrido un bromazo. Nunca había pasado por aquellos andurriales un furgón militar. Por eso cuando apareció, con Santa Clara y Dupont en el pescante, todo el comercio amoroso se interrumpió; los negocios se suspendieron, y mujeres, soldados, marineros y gentes del puerto dirigieron sus miradas al furgón.

Santa Clara, satisfecho de aquel éxito, enviaba besos á derecha y á izquierda, como un personaje oficial envía sus saludos desde lo alto de un landó. Seducidas por la novedad de la aventura, las prostitutas contestaban con besos arrojados á manos llenas. En obsequio de Santa Clara y Dupont, se pusieron en pie delante de las puertas, abrieron ampliamente los peinadores, levantaron sus senos y mostraron su desnudez provocativa, prorumpiendo en grandes carcajadas.

—¡Bajad!—gritaban,—bajad!

Y el furgón pasaba al trote del vigoroso caballo guiado por Dupont, que se esforzaba por no cometer un atropello. Al final de la calle, Santa Clara se volvió sobre el pescante, levantó su kepis y agitándolo gritó:

—¡Hasta luego, hermosas!

Una aclamación formidable le contestó; peinadores rojos, blancos, rosa, amarillos y azules se agitaron, y Santa Clara tuvo la última visión de carnes blancas generosamente ofrecidas. El furgón entró en la calle del Pozo Florido.

Estaba desierta, sombría y tranquila, ocupada toda por casas misteriosas. Brillaban grandes faroles sobre la mayoría de las puertas y sus vidrieras estaban marcadas con un gran número rojo. En el número 8 se detuvo el furgón. Era una casa de apariencia burguesa, alquilada sin duda por algún honorable comerciante á quince ó veinte mujeres independientes.

—No han llegado aún,—dijo Dupont.

En efecto, ni delante de la casa ni á su alrededor

se veía á Colonna ni á sus soldados. Se les esperó.

Pasaron quince minutos y por fin aparecieron al final de la calle, despechugados, con poco aplomo en sus piernas, el kepis sobre la nuca y aspecto estúpido. El cabo Colonna parecía el más borracho.

—Pero, ¿qué ha hecho usted? ¿Han bebido?—exclamó Santa Clara.

—Sí, un poco,—dijo Colonna riendo bestialmente. —Del hospital aquí, pasando por las calles anchas, hay veinticuatro tabernas baratas. Creí que había más.

—Así habéis bebido veinticuatro litros entre los tres.

—¡Cá! seis solamente, pues hemos tomado cuartos y bebimos por turno... Además creo que no nos hemos engañado respecto la cantidad; podemos todavía estar de pie!... Vamos puesto que tú eres el jefe, ordena ¿qué hay que hacer?

Seis meses antes Santa Clara hubiera estado furioso y hubiera impuesto un castigo á los tres imbéciles. Pero ahora estaba acostumbrado á la borrachera del soldado, y como aquélla no era completa y no dificultaba el servicio, le pareció cómica y casi natural. Se limitó, pues, á sonreír, y dejando Dupont de guardia cerca del caballo, dijo á los otros:

—Seguidme.

Entraron en la casa. En el primer piso encontraron una mujer fea, desgredada y sucia.

—Dispense usted, señora,—dijo,—¿en qué piso se encuentra el muerto?

La interpelada miró demostrando haber comprendido; después con una sonrisa sensual acompañada de un movimiento de cabeza, dijo:

—Está en el segundo... pero pueden ustedes detenerse en el primero...

Desdeñó Santa Clara la tentación, subió al segundo piso; llamó en la única puerta que había en la meseta; aguardó un momento, después la puerta se abrió dejando ver á una mujer joven, muy morena y muy bonita vestida con un peinador rosa que apenas cubría un hermoso seno; Santa Clara la miró, y la joven dijo en voz baja.

—¿Vienen por el general?

—Sí, señora...

—Ahí está... Dispense usted,—le dijo:

Señaló con el brazo extendido una puerta en el fondo de un pequeño corredor, y desapareció detrás de una colgadura.

—Vamos, empiezo á comprender; al general,—se dijo Santa Clara,—le entusiasmó el pecho de esa niña bonita.

Siempre seguido de sus hombres penetró en una habitación grande tapizada de color rosa elegantemente amueblada. Sobre la cama estaba tendido un cadáver vestido solamente con una camisa que no le llegaba siquiera al bajo vientre, pues el muerto era muy barrigudo, hasta el punto de que de lejos y en la sombra hubiera podido confundirle con un edredón. Santa Clara se aproximó, miró con indiferencia la cabeza vulgar del general; una cabeza de jefe de cuchara, mofletuda y calva, en la que un ojo continuaba abierto. Probó cerrarlo con un dedo acostumbrado á esa clase de trabajos, pero el párpado estaba rígido; no insistió, y con una voz fría, voz de servicio, ordenó:

—Envolvedlo en una sábana, bajadlo y ponedlo en el furgón... y aprisa.

Los dos soldados ejecutaron la orden con las burlas acostumbradas. Sin estorbo, á pesar de su peso, el cadáver fué envuelto, bajado y puesto en el furgón; nadie pasaba por la calle. Pero en el momento de marchar se apercibió de la ausencia de Colonna.

—¡Me parece que se ha quedado arriba!—dijo Santa Clara.

—¡Je, je! la mujer era bonita—insinuó Rancoule, —quizá esté con ella.

—Voy á ver.

Y Santa Clara subió. Empujó la puerta enteraabierta, levantó la colgadura; y ante el espectáculo que se ofrecía á su vista, adelantó bruscamente un paso y exclamó:

—¡Puerco!

.....
—El tunante ha sacado de la muerte del general toda la filosofía que el caso permitía...

—Vamos, hemos tardado mucho... ¡En marcha!

—No, no!—dijo el cabo.—Yo estoy deslomado; quiero subir al furgón...

—¡Estás loco!—exclamó Santa Clara.—Con el macabeo!...

—Perfectamente, con el macabeo. ¡Qué! no me comerá, supongo, aunque le haya birlado la novia... ¡Ohe! ¡Ohe! ¡subo!...

Abrió el furgón, y, después de intentarlo tres veces, pues estaba pesado, subió. En la obscuridad del coche el cadáver dibujaba una gran curva blanca. Entonces, delante de aquel vientre enorme, Colonna tuvo la idea de insultar el cadáver, terminando por sentarse sobre él.

Pero aquel vientre enorme dió un estallido y reventó. El furgón empezó á expeler una hediondez insoportable.

—¡El puerco se destapa!—rugió Colonna!

Furioso é indignado, Santa Clara empujó violentamente la puerta del furgón, y con voz colérica exclamó:

—¡Adelante, marchen!

Oyóse el abrir de ventanas; cabezas curiosas aparecieron en las puertas. Dupont blandió su látigo; cruzó de un latigazo al caballo, que dió un bote, y el convoy se puso rápidamente en marcha. Se hizo un rodeo para evitar la calle del Pavé d'Amour, el puerto y las grandes vías. Se pasó por un boulevard exterior y por calles poco frecuentadas. Santa Clara marchaba á la cabeza, entregado á reflexiones que poco á poco cubrían su frente de tristeza. La última aventura, demasiado brutal, innoble con los contrastes más sorprendentes, le advirtió de nuevo la bajeza y suciedad de su existencia presentes. Llegó quizá al último grado de la escala en que había descendido, porque todo á su alrededor le empujaba: sus camaradas, las costumbres tomadas de ellos y contra las cuales no pudo resistirse, el temor común de los castigos, el egoísmo desarrollado por la vida militar, la frecuencia de los espectáculos bajamente cómicos, grotescamente innobles, ó miserablemente macabros;—llegó al último punto y conoció al fin que se precipitaba en aquella cloaca de infamia moral y de degradación física; como un caballo ante una zanja inesperada, tuvo

miedo del abismo y retrocedió... Pero la costumbre había puesto en su corazón tal barniz de egoísmo y de insensibilidad, y en su espíritu tal olvido de sentido moral y de dignidad humana, que si tuvo en aquel momento pensamientos de regeneración fueron todavía confusos y débiles.

Sé llegó al hospital á la caída de la tarde. Atravesaron el gran jardín sombrío, desierto y silencioso. Juan de Santa Clara abrió la puerta de la sala de autopsia y encendió la luz, que reflejó una claridad inconstante y amarilla. Un ornamento lúgubre apareció de repente: esqueletos colocados á lo largo de las paredes, á los que parecían resucitar las oscilaciones de la luz; cráneos disformes colocados en las vitrinas; botes de alcohol sucio, donde flotaban carnes exangües; huesos blancos formando raras panoplias; grabados anatómicos violentamente embadurnados, y en dos de las tres losas que estaban alineadas en medio de la estancia, dos cadáveres dormían, majestuosos, tiesos, los pies juntos, las manos pegadas á los muslos.

Santa Clara se sintió horriblemente entristecido; miraba con aire pensativo el mármol vacío, entre los otros dos.

—¿Qué hacemos?—preguntó Colonna.

Santa Clara levantó bruscamente la cabeza. Percibió los retortijones de su estómago, que desde las diez de la mañana no había recibido alimento alguno.

—¡Qué hambre tengo!... ¡Ah, sí, el general! Sacad el cadáver del furgón y metedlo sobre la losa. ¡Algunos cubos de agua y todo estará concluído!

Colonna encendió un farol, abrió el furgón; pero retrocedió, tal era la hediondez sofocante que salía. Delante de los enfermeros atentos, separó con un bastón las sábanas ensuciadas y lo que se descubrió causó á todos inmensa repugnancia. De la cabeza á los pies el cadáver estaba hecho una mancha; no tenía ni un centímetro de piel que no estuviese innoblemente sucia.

—¿Por dónde lo cojo?—dijo Colonna.

Pero Santa Clara quería concluir. Se sentía pronto á llorar, é irresistibles náuseas le revolvían el estómago.

—¡Vamos, despachemos!—gritó.—¡Ya estoy harto de tales porquerías! Cogedlo por la cabeza y por los pies; después os lavaréis las manos.

Pero sin desobedecer formalmente, los enfermeros titubearon. Detrás de ellos los dos cadáveres extendidos les molestaban; la obscuridad del jardín desierto donde el farol echaba extravagantes juegos de luz, comenzaba á asustarlos; ellos también tenían el estómago vacío, y esto les dejaba en poder de su nervosidad. A pesar de hallarse acostumbrados á las escenas más macabras, aquélla traspasaba los límites. Completamente desembriagados, Colonna estaba apoyado en un árbol, mudo, sumido en la mayor postración.

Entonces Santa Clara tuvo una idea que puso en práctica pronto. Haciendo muecas de repugnancia anudó una larga cuerda á los pies del general. Después fué á buscar en la habitación cercana donde se construían los féretros cuatro tablas cepilladas. Del furgón á tierra y de tierra á la losa de mármol estableció una rudimentaria montaña rusa; luego, dando la cuerda á Colonna:

—Cogedla todos,—dijo.

Se le había comprendido. Aquella idea hizo reír de nuevo á los enfermeros. Se prepararon. A algunos pasos del grupo Santa Clara levantó el farol.

—¡Atención!... ¡oh!... ¡hip!... ¡tirad!...

Riendo á carcajadas, tiraron. El cadáver innoble salió del furgón, resbaló sobre una tabla, subió á lo largo de otra, alcanzó la losa; pero impulsado por superior esfuerzo, el cadáver arrastrado cayó pesadamente del otro lado de la losa.

—¡Qué hacéis!—gritó Santa Clara.

Pero cogiéndoles de repente un pánico loco, los enfermeros y el cabo abandonaron la cuerda y huyeron corriendo hacia el jardín.

Entonces Juan de Santa Clara recibió una violenta conmoción. Sintió que algún peso se separaba de él y comprendió al momento que volvía á ser el hombre de antes, tranquilo, honrado y fuerte. Ante el cadáver en el suelo, como electrizado por una nueva vida, permaneció un minuto pensativo. Después, tras un escalofrío que le sacudió todo su ser, dejó el farol en el suelo. Con calma, sin pensar en los muertos exten-

didos sobre las losas, ni en los esqueletos de lo largo de las paredes, llenó tres cubos de agua en la fuente del anfiteatro y los echó violentamente, uno después del otro, sobre el cuerpo del general. El agua arrasó las inmundicias. Con sus manos otra vez fuertes, Santa Clara dió vuelta al cadáver y de nuevo le echó un torrente de agua...

Luego le observó pensativo.

¡Lastimoso pingajo humano! El vientre enorme estaba hundido, arrugado, con gruesos rodetes de carne lívida en los costados. Las facciones fatigadas, estúpidas, tenían pliegues profundos á los lados de los labios y en las sienas; el ojo abierto siempre estaba obscuro, glauco, como asustado... Y aquel hombre, se dijo el enfermero, aquel hombre había mandado un ejército de jóvenes soldados y de oficiales vigorosos. ¡De cuántas mujeres había sido amado con el prestigio de su uniforme y de sus laureles!... ¡Cuántos hombres se habían inclinado delante de él! ¡Las espadas y los cañones le habían saludado á su paso cuando iba al frente de sus tropas, con un caballo fogoso; los esmaltes y el oro chispeaban sobre su pecho; las plumas de su sombrero, cortando el aire orgullosamente; la hoja de su espada relumbrando con el sol!... ¡Las charangas habían tocado en su honor marchas bélicas! ¡Había tenido la autoridad, los honores, la fortuna, la gloria!... ¡Y ahora la muerte implacable le entregaba á las burlas, á los ultrajes de tres soldados y un cabo alcoholizados!...

Y Santa Clara se vió en el porvenir como aquellos tres soldados y aquel cabo inclinado á la borrachera, empujado á la crueldad con los vivos y á la burla insultante con los muertos. ¡Qué infierno era aquel medio donde los hombres se hacían en seis meses inconscientes brutos!... Juan de Santa Clara sufrió de tal manera con aquellos pensamientos, que no pudo contenerse; se dejó caer de rodillas ante el cadáver inerte del general, y se puso desesperadamente á llorar...

Un ruido de pasos le hizo levantar bruscamente. Enjugó sus ojos y miró hacia la puerta.

Avergonzados de su miedo, Colonna y los tres soldados volvían.

—Ya le he lavado,—les dijo simplemente el enfermero;—ponedlo sobre la losa y vámonos.

Cuando hubieron concluido:

—El médico-jefe,—declaró Santa Clara,—infligirá treinta días de arresto al que diga una sola palabra de este asunto. Quedamos en que el general ha muerto de la fiebre tifoidea en la división de los Oficiales... ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!—dijeron los tres.

Y se separaron.

Algunos minutos después el enfermero entraba en casa del señor Taglebatt.

—Señor médico-jefe, ya está cumplida la orden,—díjole con aire grave.—El cuerpo del general yace en el anfiteatro...

—Está bien... Y, diga usted, ¿ha visto á la mujer?

—Sí, señor jefe.

—¿Bonita?

—No he pensado en asegurarme de ello.

—¡Ah!...

Y el señor Taglebatt observó á Santa Clara con asombro. Después, tomando el tono seco de oficial superior que habla á un soldado sobre una cuestión de servicio:

—¿Se han conducido bien los soldados?

—Sí, señor jefe.

—Les ha dicho usted el castigo que...

—Todo lo he dicho. Se callarán.

—Está bien, puede usted retirarse... ¡Ah! diga usted al cabo Colonna que le relevo de los cuatro días de castigo que el señor Tonneau le ha impuesto esta mañana.

Pero cambiando de tono, otra vez miró á Santa Clara, que giraba los talones y le dijo:

—¿Cuánto tiempo hace, amigo mío, que está usted en el hospital?

—Seis meses.

—¿Ha tenido usted permisos?

—Jamás.

—Pues bien; estoy contento de la manera con que usted sirve; me parece que tiene usted necesidad de descanso; ¿quiere usted una licencia de quince días á partir de mañana?...

—Señor jefe,—respondió Santa Clara estremecido por la emoción;—se lo iba á pedir, no dos semanas, sino diez días solamente...

—¡Ah! ¿y para qué?

—Para ir á París, donde pediré al secretario del gabinete civil que obtenga del Ministro de la Guerra mi traslado á una de las secciones de enfermeros militares de guarnición en París. Me será fácil, al mismo tiempo, entrar en alguna oficina... así, si quiere usted hacerme el favor de darme la autorización necesaria para mi demanda de cambio...

—¡Cómo!—dijo el señor Taglebatt.—¿No está usted bien en Port-Vendres?... En poco tiempo ha sido usted enfermero de visita del hospital; no tiene usted castigos más que por motivos fútiles y fuera del servicio del hospital; le he nombrado cabo á los seis meses de servicio, lo que es muy raro en las secciones; será usted sargento dentro de seis meses y reemplazará en septiembre próximo el cabo Colonna á la cabeza del 1.º Febricitantes; tiene usted mi estimación y la de todos los jefes... ¿qué le falta más?

Agitado por una violenta emoción, Santa Clara estuvo á punto de decir todo lo que tenía en el corazón, de confesar que si era mirado como el mejor enfermero de visita era porque ponía más destreza é inteligencia para hacer vergonzosos engaños en el oficio; que se había vuelto como los demás, egoísta, ruin, embustero; que si se quedaba allí por más tiempo, sería como los demás, bestia, cruel y vicioso; que había descendido los círculos concéntricos de este infierno, pero que, llegado al borde del abismo sin fondo, tenía miedo, se avergonzaba y quería remontarse de un vuelo fuera, al aire, al cielo puro, á la luz, á la vida... Pero pensó que quizá no se le comprendería; que se le creería loco, como á Cadirac, y que si se le comprendiese es fácil que fuera para ponerle ante un consejo de guerra que le haría repetir su imprudente confesión... que se le condenaría, culpable ó víctima, como á los demás, á la influencia irresistible de aquel medio!...

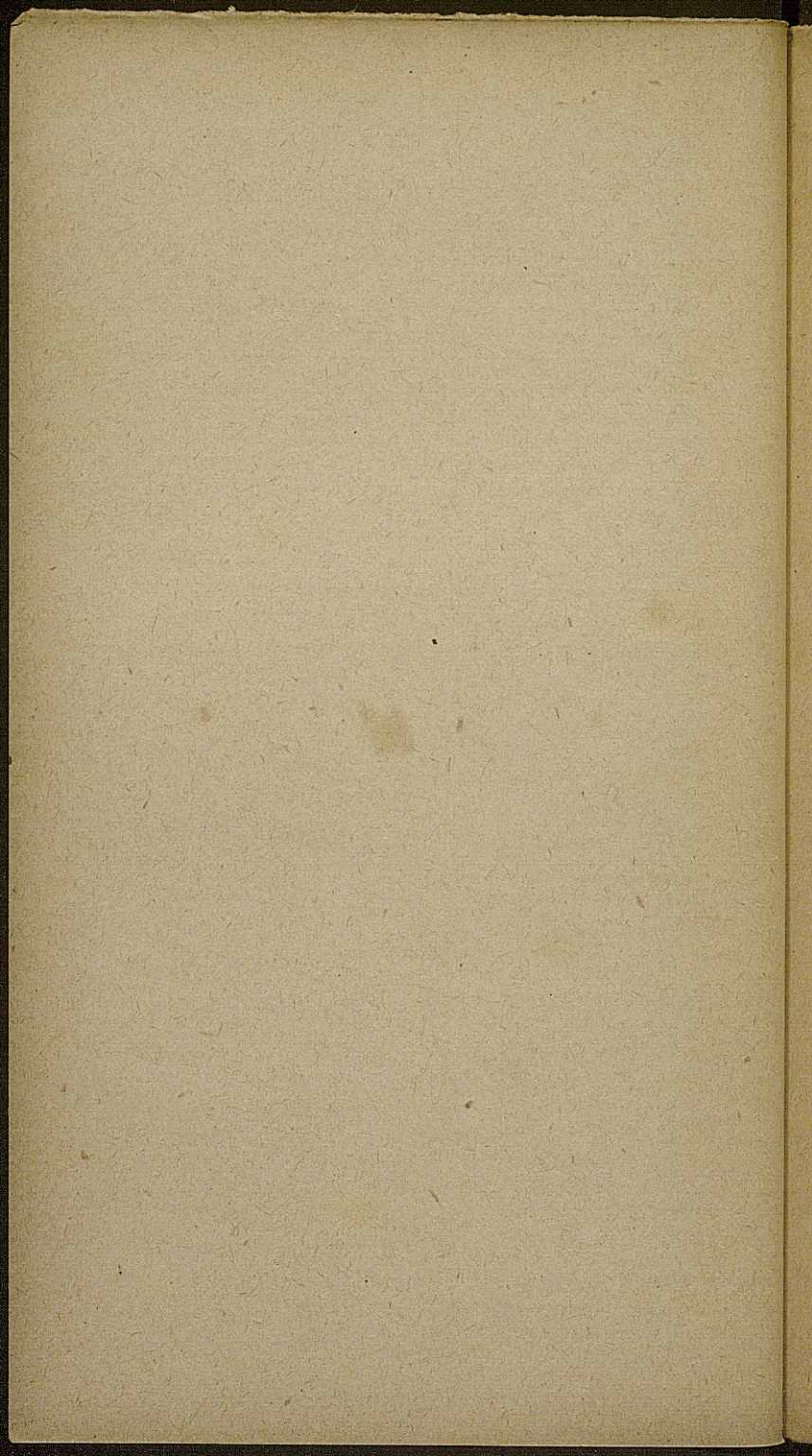
Así, respondió con frases insustanciales; que era muy dichoso, dió las gracias al señor jefe por su bondad; pero París le atraía, solamente allí podría

continuar sus trabajos literarios y no perder para toda su vida los tres años de servicio.

Aunque profundamente bueno el señor Taglebatt, tardó mucho en comprender aquellas cosas. Cuando Santa Clara salió del despacho del médico-jefe sonó el toque de silencio, eran las diez, pero él traía en su bolsillo el permiso de quince días para París y la autorización escrita, firmada, timbrada para pedir su traslado.

A los dos días, en el momento en que en medio de un gran concurso de pueblo, soldados, curas, jueces y oficiales, el ataúd del general, muerto en la calle del Pozo Florido, era llevado como en triunfo hacia el cementerio, al son de tambores tocando la *Marcha fúnebre* de Chopín, el cabo Juan de Santa Clara salía gozosamente del hospital militar de Port-Vendres para no volver jamás.





Conclusión

Juan de Santa Clara procuró hacerse agregar á la sección 22.^a de enfermeros militares del gobierno militar de París; pero temía mucho el Val-de-Grâce y el hospital San Martín todavía más que el hospital militar de Port-Vendres, y fué destacado en calidad de empleado de registros á la Dirección del Servicio de Sanidad del Ministerio de la Guerra. Allí fué feliz. Sus superiores jerárquicos, militares ó civiles, eran inteligentes y buenos, de espíritu amplio y sabiendo conciliar las necesidades de la vida social con las exigencias de la disciplina militar. Director general, jefe y subjeses de oficina, mayores, redactores, oficiales; ninguno de aquellos hombres le recordó los señores Corsoli, Dulaurier ó Tonneau. Pero lo que no vió en las personas lo encontró en los papeles. Los expedientes, las informaciones, las cartas enviadas de los cuerpos de ejército ó de las direcciones del Servicio de Sanidad provinciales estaban llenos de dictámenes fríos y precisos de hechos parecidos á aquellos que el enfermero de visita había observado en Port-Vendres. Y vió también que nadie en el ministerio se asombraba de aquellos hechos. Según la regla, se prescribía una investigación; si los resultados eran demasiado abrumadores para el mayor asesino, cantor (1), traficante de su cualidad ó negligente, para el oficial licencioso, cruel, imbécil ó dilapador, se castigaba á distancia al culpable, pero de una manera anodina (2). Un simple soldado que hubiese tenido la cuarta parte de esa culpabilidad habría sido condenado á muerte, á trabajos forzados ó á las compañías disciplinarias por un consejo de guerra. Y cuando la

(1) Véase el apéndice, nota D.

(2) Véase el apéndice, nota E.

investigación dejaba una duda, una obscuridad en favor del oficial ó médico, se clasificaba la investigación y no se hablaba más del asunto.

Además de esos expedientes sobre hechos netamente criminales, Juan de Santa Clara vió cada mes centenares de otros, de donde sacaba la consecuencia de que el Servicio de Sanidad del ejército francés no tiene el número de médicos y de enfermeros necesarios; que en muchas circunstancias y lugares, la arbitrariedad ocupa el sitio de la justicia y del reglamento, que un mayor de tres galones no puede ser independiente, con motivo de una cura médica ó quirúrgica, frente á un mayor de cinco galones, sin comprometer su porvenir, y esto solo es una monstruosidad.

Entonces, Juan de Santa Clara, que había visto la obra del mayor de regimiento y del mayor de hospital, podía ahora examinar todo el engranaje administrativo y militar del Servicio de Sanidad del ejército; estudió ese engranaje y se dedicó á descubrir los vicios y los defectos. Estuvo dos años y dos meses en la 7.^a dirección del Ministerio de Guerra; durante dos años y dos meses primero como cabo, luego como sargento-jefe de oficina de los empleados-enfermeros, tuvo en sus manos los expedientes de todos los asuntos concernientes al Servicio de Sanidad, y cuando por tomar la licencia, dejó el Ministerio, estaba convencido de que el hospital militar sería siempre un infierno para todo ser humano.

—Si llegase á ser hombre político,—se decía, algunos días después de estar en libertad, clasificando las piezas de un expediente que había constituido,—si alguna vez llegó á ser hombre político, extraeré de todas esas notas la materia de un discurso y de una proposición de ley ó de un decreto. Discurso, ley y decreto que regularán una nueva manera de ser del Servicio de Sanidad del ejército, y entonces en los hospitales no habrá mayores, oficiales, enfermeros de visita ignorantes, soldados insensibles; sino que habrá allí solamente dos clases de seres: unos que sufren, los enfermos, los otros que tratan de disminuir este sufrimiento, médicos, enfermeras y enfermeros... Esto no sería la perfección aún, pero

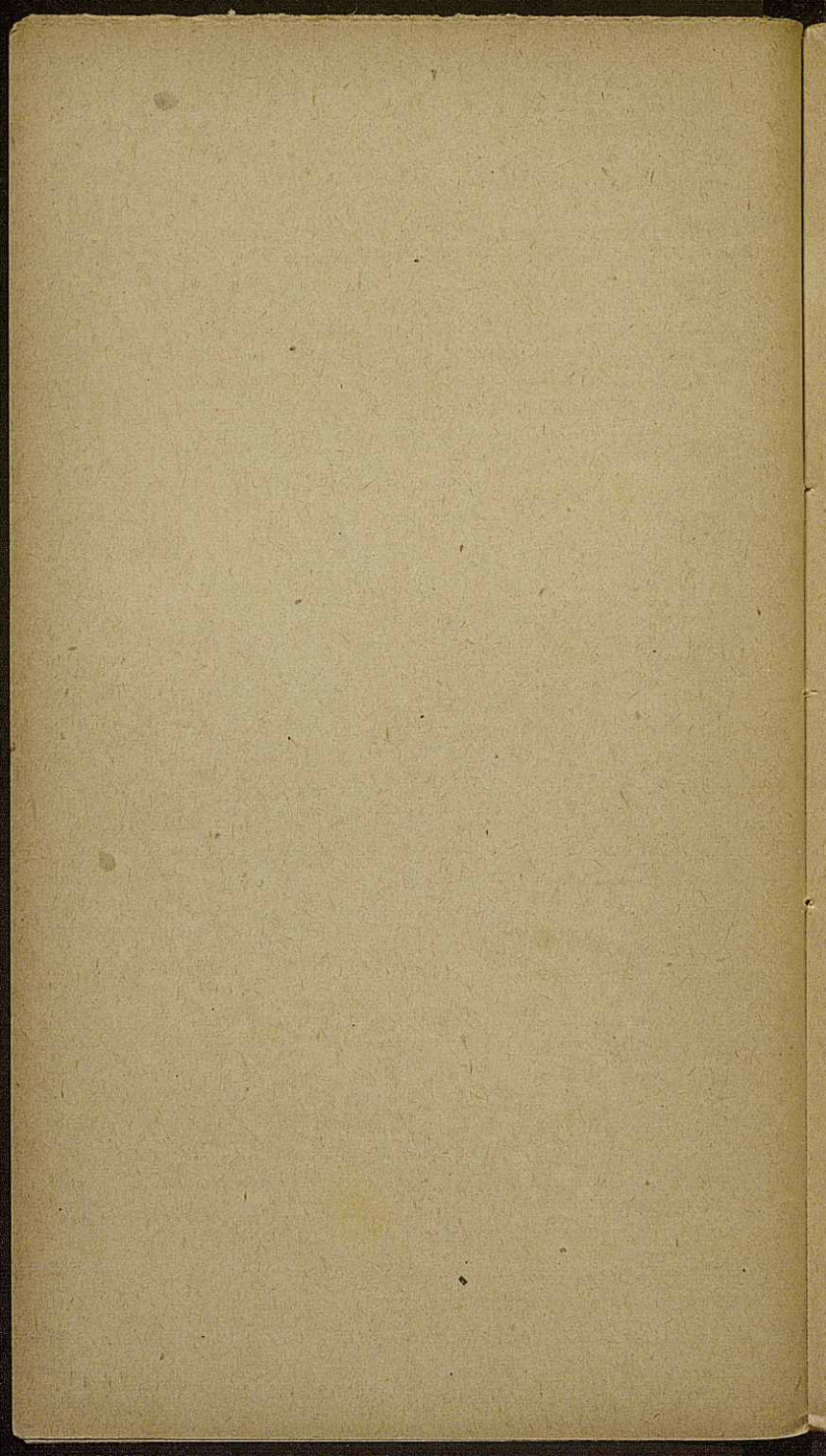
sería un nuevo paso dado hacia una perfección, que por otra parte no se encuentra en el ejército ni en las instituciones que hace necesario el servicio militar.

Cerró el expediente, lo puso en un cajón de su escritorio, y como todavía no se había saciado de aire libre y puro, el antiguo enfermero fué gozosamente á pasearse tomando el sol del día hermoso que hizo en París el 28 de septiembre de 1897 (1).



(1) Hizo bien el simpático Santa Clara, y bueno será que no insista en la idea de ser hombre político, y así se evitará otra serie de desengaños y el peligro de caer en el abismo de mentiras y horrores que entraña la política, no menos repugnante que la farsa hospitalaria que acababa de pasar en el día de la fecha.

¡Lástima que el autor no haya estudiado la una con la minuciosidad que lo ha hecho con la otra! — *Nota editorial.*



Apéndice

Me hubiera sido fácil acumular aquí los relatos limpios, precisos, detallados, fechados y circunstanciados de hechos análogos á los que explico en la novela. Pero no, he querido que el ensayo de una obra de arte terminara con una acusación. Sólo he puesto aquí algunas notas destinadas á sostener con la fría armazón *real*, la construcción novelesca de mi libro. Leyendo las páginas precedentes algunos espíritus ciegos han tenido la imprudencia de exclamar: «*¡cosas de literatura!*» Leyendo las dos ó tres que siguen aprenderán que la *buena literatura* no es más que la servidora de *la vida*.

Nota A

El médico-mayor de 1.^a clase B*** (1), estando de guarnición en el 70^o regimiento de Infantería en V***, atormentaba brutalmente á los soldados y raramente quería reconocerlos enfermos. En marcha, un día, seguía al paso de su caballo un soldado enfermo y fatigado; el médico prohibía á los demás soldados que prestasen socorros al desgraciado que, bajo la amenaza de castigos severos, reunía sus últimas fuerzas, se levantaba solo y continuaba penosamente la marcha hasta caer de nuevo. El mismo B*** dejó morir un soldado, cuando habría podido salvarle; impidió que se avisase al padre del difunto, y, durante la enfermedad, cuando el padre venía á ver á su hijo, B*** se arreglaba siempre para que un oficial asistiese á la entrevista.

(1) Se comprenderá que sólo ponga la inicial del nombre; es el hecho lo que importa, no el individuo. Además me sería muy fácil hacer conocer el nombre entero si fuese necesario. (*Nota del autor.*)

Estos hechos fueron objeto de una relación dirigida al Ministro (*entonces general André*) quien ordenó el envío de B*** á la peor guarnición de Francia, á L*** (junio, 1902).

Por hechos análogos B*** había sido castigado cinco ó seis años antes y destinado á la reserva por retiro de empleo; y hace tres meses le fueron impuestos 15 días de arresto riguroso.

Nota B

El 1.º de septiembre de 1900 ocurrió un fallecimiento por fiebre amarilla en el hospicio mixto de H***.

El muerto era un sargento del primer regimiento de tiradores senegaleses, que formaba parte de un destacamento de 479 hombres, repatriado del Senegal por el *Campana*.

La falta de hospitalización del enfermo sospechoso (estaba en la enfermería de á bordo desde hacía 10 días) cayó entera sobre el médico del *Campana*, quien dió un diagnóstico insignificante.

Hay razón para asombrarse de la facilidad con que un vapor que conducía un enfermo sospechoso fué admitido á libre plática. ¡Qué terribles consecuencias habrían podido resultar del envío de este enfermo al hospital de la población! Faltaría, pues, en el puerto de H*** un lazareto *perfectamente organizado*, pues *el temor* de verse obligado, en caso de enfermedad contagiosa declarada, *á hacer escala en otro puerto, provisto de un lazareto que responda á todas las necesidades, induce á hacer declaraciones inexactas ó incompletas sobre el estado sanitario de los pasajeros.*

Nota C

El 21 octubre de 1900, el soldado Urbain, que formaba parte de un destacamento del 4.º regimiento de ingenieros, que iba de Briançon á Grenoble, se quejaba de dolores en la garganta durante el trayecto de Saint-Bonnet á Corps. Con arreglo á las prescripciones del médico de esta última localidad, fué enviado al día siguiente custodiado por un sargento á La Mure, en ferrocarril, para su ingreso en el hos-

pital de Grenoble. Cuando llegaron á La Mure el soldado no se sintió en estado de proseguir el viaje; Urbain pidió quedarse hasta el día siguiente y ser cuidado, entre tanto, en el hospital de La Mure. Fué entonces visitado por el doctor C*** requerido para prestarle sus cuidados. C*** diagnosticó un «estado anginoso», y, á pesar de la gravedad del caso, rehusó admitir á Urbain porque «JEL HOSPITAL DE LA MURE NO RECIBÍA MILITARES!» Y C*** ordenó el traslado á Grenoble. El enfermo fué transportado á la estación en coche, acompañado de un cabo, que tomó con él el tren. Pero, poco después, llegando á la estación de la Motte-les-Bains, Urbain perdió el conocimiento y no tardó en espirar, á pesar de los cuidados que le fueron «prodigados» por un médico que viajaba en el mismo tren.

Estos hechos fueron objeto de una carta que, bajo el sello de la 7.^a Dirección, el Ministro de la Guerra envió al Presidente del Consejo, el 3 de diciembre de 1900. La carta concluía pidiendo al Presidente del Consejo que se tomaran medidas para que en el porvenir los reglamentos de los hospitales pudiesen ser «interpretados de una manera menos estrecha y más humanitaria».

Pues el 9 de marzo de 1901 el Ministerio del Interior no había aún contestado, puesto que la 7.^a Dirección le escribió de nuevo con esa fecha por el mismo asunto.

Pero ¿qué se le hizo al doctor C*** que supo interpretar los reglamentos de manera que causaran la muerte de un soldado!... Probablemente se le condenaría.

Nota D

En enero de 1896 el médico-mayor A*** escribió una carta al desgraciado y célebre Max Lebaudy. En esta carta el mayor solicitaba dinero; no es inútil decir que Max Lebaudy estaba entonces en el convoy de equipajes y procuraba hacerse reemplazar...

Yo no sé si Max Lebaudy envió el dinero; creo que no fué reemplazado, pero de lo que estoy seguro es que á causa de esta carta de préstamo el médico-

mayor A*** fué castigado con seis meses de reserva por suspensión de empleo.

Pero cinco años después, en febrero de 1901, ese A*** que estaba entonces de guarnición en N***, que no le gustaba, encontró nada menos que á un senador B*** que se interesó por él para que se le cambiase de cuerpo. Quizá B*** ignorara la tentativa de *chantage* de que se había hecho culpable A***.

Nota E

El 6 de julio de 1902 el médico-mayor de 1.^a clase C*** del 128.^o regimiento de infantería, fué castigado con 30 días de arresto simple por el general de Torcy, comandante de la 3.^a división de infantería por:

«En el curso de tres días, habiendo pedido dejar el hospital civil de Jinnes, un soldado gravemente atacado de insolación y á quien juzgaba tan enfermo *que ninguna medicación activa se intentó para curarle*, se limitó á asegurar el traspaso al hospital y dejarlo allí á los cuidados de la comunidad sin aguardar la llegada del médico civil y sin esperar á que su médico auxiliar (que espontáneamente lo había seguido) continuase dirigiendo los cuidados que se prodigaban al enfermo; además, por haber hecho en este asunto, respondiendo á las preguntas que le dirigía el general de división, en las declaraciones á que estuvo sujeto, declaraciones falsas reconocidas luego como tales ante afirmaciones contrarias y categóricas de diversos testigos, principalmente del médico auxiliar.»

En la carta que el 8 de julio de 1902, el general de Torcy escribía al comandante general del 2.^o cuerpo de ejército, el general de Torcy decía que estimaba este castigo muy ligero y que si no había impuesto arréstop de rigor es porque temía desorganizar el servicio médico, ya difícil en el 128.^o.

¡Siempre la falta de médicos!

Antes de estos hechos el médico-mayor C*** había sido castigado por «negligencias» semejantes á 15 días de arresto riguroso.

¡El ejército merecía tal médico!

II

El 19 de julio de 1902 el médico ayudante-mayor D*** fué castigado con ocho días de arresto por no haber dado con precisión la orden de que continuase en la enfermería el soldado Zielenski, del 161.^o regimiento de infantería, y por no haber vigilado la ejecución de esta orden, lo cual causó la muerte de Zielenski, fallecido el 6 de marzo de 1902 en el hospicio mixto de Saint-Mihiel.

La investigación prescrita por la 7.^a Dirección del Ministerio de la Guerra había concluído, sin embargo, con la irresponsabilidad de D***.

Pero por carta del 12 junio 1902 el general de división Hagron, comandante del 6.^o cuerpo, concluía con la responsabilidad de D***.

Fué objeto de una comunicación al Ministro (*general André*). El Ministro estudió el expediente y en última sentencia concluyó con la culpabilidad.

D*** fué, pues, castigado con ocho días de arresto... por haber causado la muerte de un hombre. Sin el general André, ni siquiera habría sido castigado.

FIN DEL APÉNDICE

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
A las mujeres.	v
Prefacio á la edición española de 1906.	vii
LIBRO PRIMERO	
El asesinato reglamentario.	9
La Visita.	29
La muerte del soldado.	41
El envilecimiento.	61
LIBRO SEGUNDO	
La marcha á la muerte.	69
El triunfo del Cristianismo	91
La fiebre amarilla	103
LIBRO TERCERO	
La segunda égloga de Virgilio	117
El Loco simulador	139
La inspección general.	161
Las exequias del voluptuoso general	179
Conclusión.	193
Apéndice	197



PUBLICACIONES

DE LA

ESCUELA MODERNA



La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente. Atendiendo á esta importantísima consideración, la ESCUELA MODERNA, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo fin, ha fundado su Biblioteca, para la cual ha publicado ya las obras siguientes:

Cartilla (Primer libro de lectura). Dedicado á la enseñanza racionalista de niños y adultos; contiene, además de la enseñanza del mecanismo de la lectura fundado en un sistema original, una aplicación práctica del conocimiento recién adquirido, en que se expone de modo conciso y sencillísimo la existencia del universo.

Las Aventuras de Nono (Segundo libro de lectura), por JUAN GRAVE, traducción de A. LORENZO, 2.^a edición con prólogo del traductor. Destinado á robustecer el sentido común inicial en la inteligencia de los niños y á que rechacen la preocupación estacionaria.

León Martín La miseria, su causa, su remedio, por CARLOS MALATO. (Otro segundo libro de lectura). Es este librito como una exposición de la eflorescencia intelectual de la infancia, racionalmente desarrollada por el sentido común.

Preludios de la lucha (Otro segundo libro de lectura), por F. PI y ARSUAGA, con notas editoriales. Exposición clara y precisa de las injusticias sociales que sufre la humanidad.

El Niño y el Adolescente

DESARROLLO NORMAL.-VIDA LIBRE. (Otro segundo libro de lectura), por MICHEL PETIT, dedicado á los alumnos de la Escuela Moderna. Indispensable á las madres de familia.

Sembrando flores

(Otro segundo libro de lectura), por FEDERICO URALES. Hermosísimo poema de la vida, tan delicioso como instructivo.

Primer Manuscrito

Interesante correspondencia escolar, y varios modelos de dictados.

Epítome de Gramática Española

por FABIÁN PALASÍ. Segunda edición. Obra exenta de sofismas religiosos y sociales, abundantes, como ejemplos, en los libros análogos de la enseñanza rutinaria. Con notas editoriales

Elementos de Aritmética

Dos tomos (*Volumen de los principiantes*). LA NUMERACIÓN Y LAS CUATRO REGLAS, por CONDORCET.—LOS PRIMEROS PRINCIPIOS DE LA ARITMÉTICA, por PARAF-JAVAL.—EJERCICIOS, por HENRY VOGT. Demostración de que la base de las matemáticas es experimental y que su objeto es utilitario. (*Volumen del curso medio*), por PARAF-JAVAL. Contiene las materias que se han de enseñar en las clases elementales y superiores de las escuelas primarias.

Resumen de Historia de España

por NICOLÁS ESTÉVANEZ con notas editoriales y un apéndice de VOLNEY sobre *La Historia*, á propósito para generalizar la crítica histórica y desvanecer prejuicios nacionalistas.

Pequeña Historia Natural

por ODÓN DE BUEN. Dos tomos. Resumen á propósito para las escuelas libres.

Patriotismo y Colonización

(Tercer libro de lectura). Instruídos los alumnos por la lectura anterior acerca de la diferencia entre la sociedad real y la ideal, en éste hallarán base segura para abominar la defensa de intereses mezquinos.

Segundo Manuscrito

Facilita la
lectura de

los múltiples caracteres de letra usados en la vida práctica, y secunda en la parte que le corresponde el criterio de la verdad.

Origen del Cristianismo

(Cuarto
libro de

lectura). Crítica positiva é irrefutable, que ilumina la inteligencia del alumno, si no en la infancia, después, hombre ya, cuando intervenga en el mecanismo social; utilísimo además por no dirigirse exclusivamente á las escuelas primarias, sino también á las libres escuelas de adultos.

Geografía Física

por ODÓN DE BUEN,
prefacio de Elíseo Re-

clus. Descripción científica del Mundo, necesaria para formar idea clara del planeta que habitamos, base obligada del estudio de la Naturaleza.

Compendio de Historia Universal

© por CLEMENCIA JACQUINET ©

Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano © Tomo II. Edad media y Tiempos modernos © Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días. Lectura indispensable para los niños de ambos sexos, como inspirada en la moderna pedagogía; utilísima para los adultos, por ser un resumen histórico, concienzudo, breve y verídico.

Mineralogía

por ODÓN DE BUEN. El au-

tor, inspirándose en un criterio experimental y biológico, demuestra que los minerales son seres de la Naturaleza, que cambian y evolucionan, como todo.

La Substancia Universal

por A.
BLOCH

y PARAF-JAVAL, traducción de A. LORENZO. (Lectura verdaderamente racional y positivamente instructiva).—Última palabra de la ciencia; resumen de la filosofía natural; obra útil para fijar las ideas de los maestros y suministrar base racional y científica á sus conocimientos, é iniciar á los alumnos en la vía de la verdad.

Nociones de idioma Francés

por LEOPOLDINA BONNARD.—Método producto de la práctica y de la experiencia, sancionado además por el éxito, y adaptado á la generalidad de las condiciones de los alumnos.

Psicología Étnica por CH. LETOURNEAU. (Traducción de A. LORENZO). Cuatro tomos. Importantísimo estudio científico-sociológico que explica racionalmente y sin nebulosidades metafísicas la historia de la humanidad.

Evolución Super-orgánica

(**La Naturaleza y el Problema social**) por ENRIQUE LLURIA; prólogo de S. RAMÓN Y CAJAL y notas editoriales. Demostración de que la Sociología sigue la ley de la Evolución.

Nociones sobre las primeras edades de la Humanidad

por GEORGES ENGERRAND.—Esta obrita es un estudio breve y completo de la ciencia prehistórica. Utilísima á las personas deseosas de poseer conocimientos sobre hechos comprobados por la ciencia.

Humanidad del Porvenir por ENRIQUE LLURIA, epílogo de CARLOS MALATO.

Jamás aparecieron, como en esta obra, aliados en tan estrecha y feliz conjunción, los datos irrefutables de la ciencia positiva y las especulaciones ideales por los amplios horizontes del progreso futuro.

Botiquín Escolar por A. MARTÍNEZ VARGAS.

Auxilios que deben prestarse á los niños cuando sufren perturbaciones en la escuela; tratado útil para los profesores y también para las madres de familia.

Cantos de la Escuela Moderna

LOS JUGUETES, coro á tres voces, letra de Nicolás Estévez, música de A. Codina.—EMPECEMOS, coro á dos voces, letra de Fermín Salvochea, música de A. Codina.—LA VIDA, coro á tres voces, letra de Jaime Bausá, música de Pedro Enrique de Ferrán.—LA MAÑANA, EL DÍA, LA TARDE, coros á dos voces, letra de Jaime Bausá, música de A. Codina.

Para cada volumen se fija el precio de 2 ptas.—El precio de la CARTILLA y CANTOS, por excepción, es de 1 pta. y del BOTIQUIN ESCOLAR 0'50 cénts.—A los señores corresponsales se les descuenta el 25 por 100. A los envíos del exterior se carga además el franqueo.—A las escuelas se les bonifica con un descuento especial.

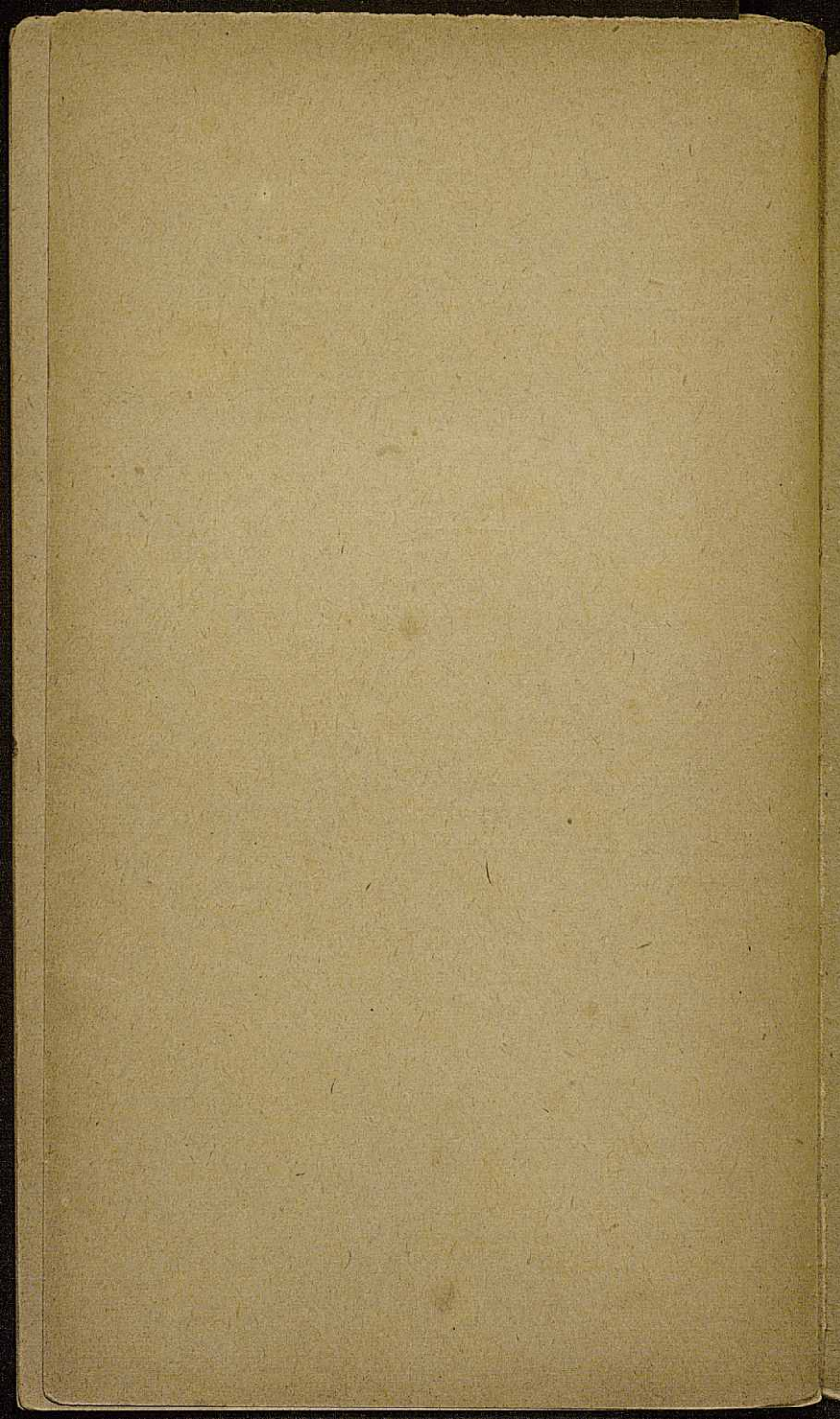
Boletín de la Escuela Moderna

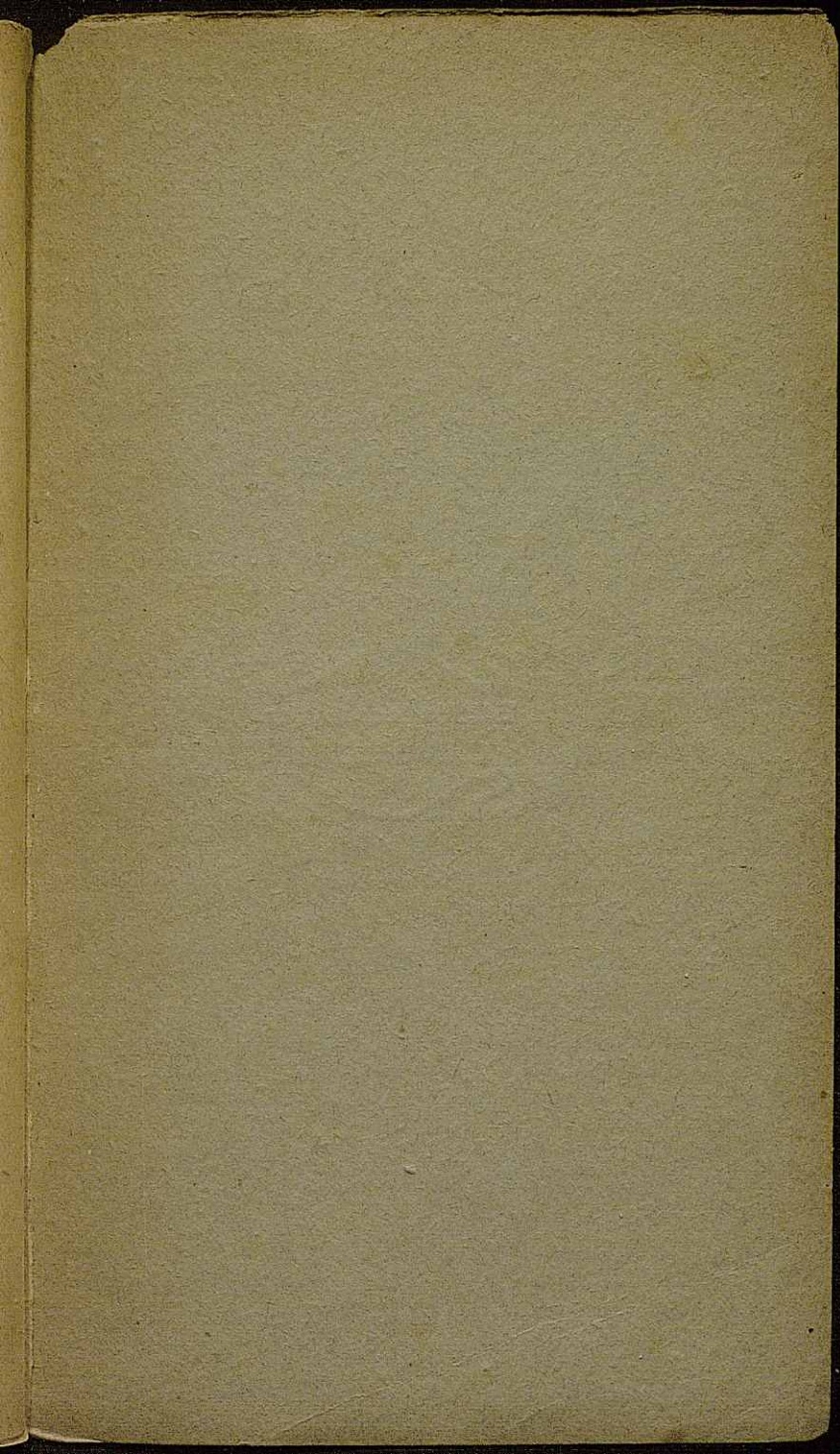
Publicación mensual, á excepción de Julio y Agosto. Dedicado á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad. Utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.—Precio: 2 pesetas anuales.—Exterior: 2'50 pesetas.



Obras en rústica editadas ó no por la ESCUELA MODERNA

Origen del Cristianismo	1'— pta.
El Niño y el Adolescente, de <i>Michel Petit</i> .	1'— »
El Banquete de la Vida, de <i>Anselmo Lorenzo</i>	1'50 »
En Guerra, de <i>Carlos Malato</i>	0'40 »
Pensamientos Revolucionarios, de <i>N. Estévez</i>	1'— »
(Prohibida su venta).	
Preludios de la Lucha, de <i>F. Pi y Arsuaga</i>	1'— »
Floreál de <i>J. P. Chardon</i>	1'— »
Sembrando Flores, de <i>Federico Urales</i>	1'— »
Humaidad del Porvenir, de <i>Enrique Llu- ria</i>	1'— »







Edición económica
UNA PESETA

